

A caballo entre el socialismo utópico y el científico, la obra de Flora Tristan constituye un hito sorprendente en la bibliografía socialista y feminista.

Adelantada en cuatro años a las ideas expuestas por Marx en el Manifiesto Comunista, reconocidos sus méritos por Marx y Engels en la Sagrada Familia, la obra de Flora Tristan sienta las bases de un feminismo científico dentro de una original concepción de la emancipación humana: para ella, la emancipación de la clase obrera viene indisolublemente ligada a la emancipación real de las mujeres, las cuales devienen en termómetro social de toda emancipación. El destino trágico de Flora Tristan se erige en paradigma de la condición y de la historia personal y social de toda mujer.



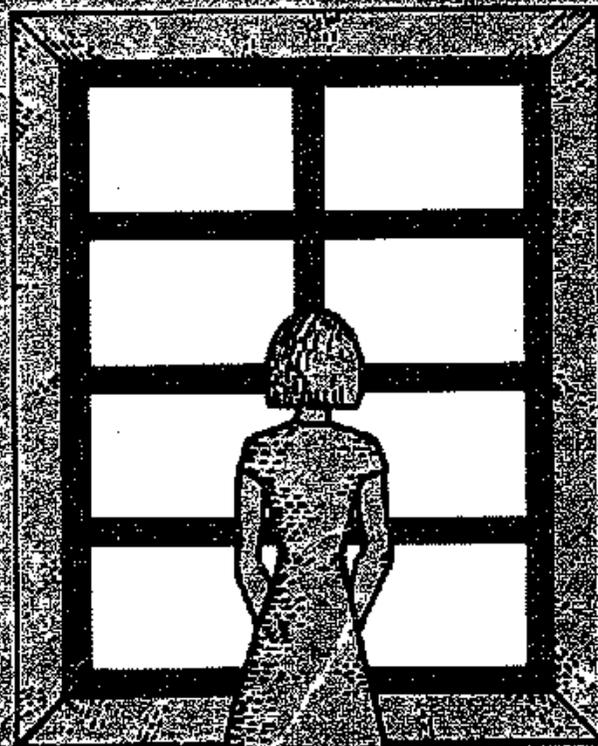
FEMINISMO Y UTOPIA • Flora Tristan

Flora Tristan

FEMINISMO Y UTOPIA

UNION OBRERA

editorial fontamara



DE LA NATURALEZA DE LAS COSAS

UNION OBRERA
FLORA TRISTAN

EDICION A CARGO DE YOLANDA MARCO



editorial fontamara

INDICE GENERAL

Título Original: *Union Ouvrière*
Édition populaire, Prévot et Rouanet, libraires,
Paris, 1843.

Primera edición: diciembre de 1977.

Traducción del francés:
Yolanda Marco

Diseño portada: Albert Vázquez Berenguer
Estudi DAT

© De la presente edición y traducción:
EDITORIAL PONTAMARA, S. A.
Entenza, 116, 3.º, 3.ª - Barcelona-15
Teléfono: 325 16 83

Reservados todos los derechos conforme a la ley.

N.º I.S.B.N.: 84-7367-055-8
Dep-sito Legal. B-48.182-1977

Impreso en España

GRAFICAS PASAJE. Castellbisbal, 20.
BARCELONA-32

| | |
|--|----|
| <i>Nota editorial</i> | 9 |
| INTRODUCCION, por Yolanda Marco | 13 |
| | |
| FLORA TRISTÁN: UNA MUJER, UNA PARRA | 14 |
| | |
| <i>El Amor</i> | 18 |
| <i>La maternidad</i> | 21 |
| <i>El matrimonio</i> | 22 |
| | |
| EL FEMINISMO DE FLORA TRISTÁN | 22 |
| | |
| <i>Influencias de Fourier en el pensamiento femi- nista de Flora Tristán</i> | 28 |
| | |
| EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE FLORA TRISTÁN | 29 |
| | |
| <i>Análisis del que parte el pensamiento político de Flora Tristán</i> | 31 |
| <i>Rasgos específicos del pensamiento de Flora Tristán</i> | 33 |
| <i>El internacionalismo de Flora Tristán</i> | 37 |
| | |
| CRONOLOGIA DE FLORA TRISTÁN | 43 |
| BIBLIOGRAFIA FUNDAMENTAL | 49 |

UNION OBRERA

| | |
|---|----|
| Prefacio | 53 |
| Nombres de los suscriptores | 61 |
| Dedicatoria | 67 |
| A LOS OBREROS Y A LAS OBRERAS | 71 |

| | |
|--|-----|
| I. DE LA INSUFICIENCIA DE LAS SOCIEDADES DE SOCORRO, COMPANERISMO, ETC. | 79 |
| II. DE LOS MEDIOS PARA CONSTITUIR LA CLASE OBRERA | 83 |
| III. POR QUE MENCIONO A LAS MUJERES | 109 |
| IV. PLAN DE LA UNION UNIVERSAL DE LOS OBREROS Y OBRERAS | 135 |
| | |
| I. CÓMO DEBEN PROCEDER LOS OBREROS PARA CONSTITUIR LA UNIÓN OBRERA | 136 |
| II. CÓMO DEBE PROCEDER LA UNIÓN OBRERA DESDE EL PUNTO DE VISTA MATERIAL | 139 |
| III. DESDE EL PUNTO DE VISTA INTELECTUAL | 141 |
| <i>Llamada al rey de los franceses</i> | 143 |
| <i>Al clero católico</i> | 145 |
| <i>A la nobleza francesa</i> | 147 |
| <i>A los amos de fábricas</i> | 148 |
| <i>A los financieros, propietarios y burgueses, de todas las edades, de todas las opintones, de todos los países</i> | 149 |
| IV. SOBRE EL EMPLEO DE LOS FONDOS | 152 |
| V. CONSTRUCCIÓN DE LOS PALACIOS | 153 |
| VI. CONDICIONES DE ADMISIÓN EN LOS PALACIOS PARA LOS ANCIANOS, LOS HERIDOS Y LOS NIÑOS | 155 |
| VII. ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO EN LOS PALACIOS | 156 |
| VIII. EDUCACIÓN MORAL, INTELECTUAL Y PROFESIONAL A DAR A LOS NIÑOS | 158 |
| IX. RESULTADOS QUE NECESARIAMENTE DEBERÁ TENER ESTA EDUCACIÓN | 163 |
| | |
| RESUMEN DE LAS IDEAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO | 167 |
| LLAMAMIENTO A LOS OBREROS | 169 |
| CONSEJOS A LOS OBREROS | 171 |
| A LOS BURGUESES | 173 |
| LA UNION, himno de Charles Poncy | 181 |

Existen tres ediciones francesas de Union Ouvrière, todas ellas realizadas en vida de la autora. La segunda (finales de 1843) y la tercera (1844), prácticamente idénticas entre ellas, presentan respecto a la primera las únicas diferencias de una ampliación de la introducción, fundamentalmente con una crítica de Cabet, y de la inclusión de una canción, «La Marseillaise de l'Atelier», del obrero Thys, seleccionada por concurso. Para este concurso, anunciado en la primera edición, Flora había recibido, ya en julio de 1843, cartas de diversas partes de Francia.

La presente edición es una versión de la primera edición (Unión Ouvrière, édition populaire, Prévot et Rouanet, libraires, París, 1843). En la introducción de Yolanda Marco se toman en cuenta las variantes de las ediciones segunda y tercera y se sintetiza su contenido. No hemos creído oportuna una edición crítica, que recogiera todas las variantes de las distintas ediciones, por no existir tal edición ni siquiera en el idioma de la autora. Es de esperar que el creciente interés por la figura y la obra de Flora desemboque, en breve plazo, en reediciones modernas de al menos sus obras fundamentales, pero, como hemos indicado repetidamente, esto no se ha dado aún.

La forma en que se realizaron las distintas ediciones, aparte de interesantes aspectos anecdóticos, descritos pintorescamente por la propia Flora en su introducción, presenta datos significativos. La primera edición, pagada mediante la cuestión personal de Flora, tuvo aportaciones económicas,

fundamentalmente, de intelectuales, políticos y amigos personales de Flora. Puede decirse que alrededor de la mitad de los suscriptores son personajes o bien de cierta relevancia histórica, o bien con un papel importante en la vida de Flora. Así, incluso algunos de los que aparecen en la lista de suscriptores designados mediante siglas son perfectamente identificables; G. de B. es Gustave de Beaumont, cuya obra sobre Irlanda tanto influyó en el proyecto de «Unión Obrera»; el Dr. E. es, sin duda, el doctor Evrat, uno de los varios enamorados, platónicos «malgré eux», de Flora, etc. En general, lo fundamental de las aportaciones proviene de diputados demócratas, artistas (Béranger, Masson, Bocage, Frédérick-Lemaître), escritores y escritoras (entre ellas la gran poeta romántica Marceline Desbordes-Valmore, George Sand, la dramaturga Virginie Ancelot), pensadores, pedagogos o profesionales vinculados con el fourierismo y el owenismo (Considérant, Phiquepal d'Arusmont, el arquitecto Daly). En el resto de las aportaciones se mezclan pequeños burgueses (rentistas, etc.), obreros (entre ellos algún destacado militante del naciente movimiento, como Poncey), aristócratas, miembros de profesiones liberales, y hasta militares.

La tercera edición, en cambio, realizada en París y Lyon durante el «Tour de France» en el que Flora Tristán realizó propaganda oral y trabajo organizativo entre los obreros, fue costeada casi exclusivamente por grupos de obreros. Con la «Unión Obrera», Flora se había integrado decididamente en el movimiento obrero, y la demarcación según un criterio de clase, que tan nitidamente aparece, aunque envuelta aún en las ilusiones utópicas sobre las clases superiores, en distintos pasajes del libro Unión Obrera, se había ya consolidado, en la actividad y en la conciencia de la autora, en el corto período que media entre la primera y la tercera edición.

La traducción se ajusta estrictamente al estilo de la autora, reflejando por tanto sus defectos, derivados, sin duda, de las descompensaciones de una educación autodidacta y de una mediocre asimilación de distintas lecturas, arbitrariamente seleccionadas. Flora, como toda su generación, leía a los románticos; pero en su estilo se mezclan, al frescor literario que de ellos pudo obtener, buen número de ampulósidades, tan propias de la literatura académica como de los na-

cientes melodramas, los «dramas burgueses», las novelas sentimentales por entregas, etc. Es también común en Flora la grandilocuencia que caracteriza a gran parte de la literatura obrera, así como el procedimiento de repetición de consignas que se consagrará en el lenguaje militante del proletariado consciente.

Se ha considerado admisible y aconsejable agilizar la puntuación, empleada por Flora de una forma muchas veces caprichosa y hasta incorrecta. Se ha limitado, por ejemplo, el abuso del empleo de guiones en todo lo que permitía la fidelidad al estilo, y se han aplicado, en la construcción de las frases, los criterios usuales en castellano siempre que ha sido posible sin alterar el tono y el ritmo general del texto.

Debido a la intencionalidad y función política y propagandística del libro, se ha respetado escrupulosamente los subrayados, la utilización de mayúsculas, y otros procedimientos tipográficos que si bien, bajo otros criterios, pudieran parecer arbitrarios, tienen aquí el valor y la misión de destacar y repetir frases clave o de acentuar la importancia y alcance atribuidos por la autora a distintas frases que adquieren así, a veces, el valor de consignas.

de la obra hace que se publique un extracto: *La cité monstre (La ciudad monstruo)*, en 1840.

Unión Ouvrière (Unión Obrera), obra donde sintetiza su pensamiento social. Escrita a fines de 1842-1843. La primera edición aparece en junio de 1843. Llega a la tercera edición.

En 1967, Editions d'Histoire Sociale de París hizo una edición facsímil de *Unión Obrera* de 500 ejemplares.

Le Journal du Tour de France (Diario del Tour de France), notas publicadas después de su muerte según la preparación de Jules-L. Pusch. Publicada en 1913.

L'émancipation de la femme ou le Testament de la Paria (La emancipación de la mujer o el Testamento de la Paria), obra póstuma de Flora Tristán, publicada según la preparación de A. Constant, en 1845.

Cartas, dispersas, algunas han sido publicadas por André Breton en su obra: *Le même surréalisme (El mismo surrealismo)*, en 1953.

UNION OBRERA

Hoy en día, el trabajador lo crea todo, lo hace todo, lo produce todo y, sin embargo, no tiene ningún derecho, no posee nada, absolutamente nada.

(Adolphe BOYER)

Obreros, sois débiles y desgraciados porque estáis divididos. Unidos. La UNION hace la fuerza.

(Proverbio)

PREFACIO

AL PÚBLICO

Al encontrarse la publicación de este librito, por una circunstancia especial, fuera del curso habitual de las cosas, me veo forzada a dar una explicación al respecto.

A juzgar por la *reputación establecida*, ¿no debería editar el libro de la UNION OBRERA el *único editor popular* que nos queda, el señor Pagnerre?

Efectivamente, todo el mundo me decía: el señor Pagnerre es el *único editor* que puede encargarse de su obra. Yo pensaba a este respecto como todo el mundo. Así que me dirigí sin vacilar al señor Pagnerre; le envié una parte de mi manuscrito (los tres primeros capítulos), diciéndole que el libro de la UNION OBRERA, por su espíritu, su propósito, su especialidad, *le pertenecía por derecho*. He aquí la respuesta del señor Pagnerre:

París, 31 de marzo de 1843.

Señora,

Tengo el honor de devolverle las pruebas que ha tenido a bien confiarme; lamento que las operaciones a las que me veo obligado a dedicar mi tiempo y todos mis cuidados no me permitan participar en la publicación de su trabajo. El objetivo que usted se propone es loable y generoso, y, aunque yo no compartía todas sus opiniones sobre los medios para mejorar la situación de los trabajadores, no por ello dejo de hacer mis votos más sinceros para que todos los proyectos que tiendan a

este resultado sean examinados, discutidos seriamente y puestos en práctica si ha lugar.

Reciba usted, señora, con mi sincero pesar, mi respetuoso saludo.

PAGNERRE

Si el señor Pagnerre, el editor de los *Icones de la democracia*, el editor *popular* por excelencia, rehusaba publicar el libro de la UNION OBRERA, no me quedaba ya esperanza de encontrar otro editor que quisiera encargarse de esta publicación. Sin embargo, como me era imprescindible encontrar uno, me dirigí sucesivamente a tres o cuatro. Todos me enviaban al señor Pagnerre diciéndome: «Solamente él puede editar este tipo de obra porque pertenece a la *especialidad* que él ha adoptado».

Tengo varias razones para referir este hecho:

1.º He querido responder a la siguiente pregunta: ¿Por qué pues no ha hecho editar su libro por el señor Pagnerre? (ya se me ha hecho esta pregunta desde todos lados). Con él hubiese asegurado una venta considerable, sus relaciones son muy extensas y su libro hubiera estado en buenas manos. Ha cometido un fallo en esto, y el libro la UNION OBRERA saldrá perdiendo.

La carta del señor Pagnerre responde de sobra a las personas tentadas de hacerme este reproche.

2.º Además, este rechazo encierra una gran enseñanza. Demuestra cuán a menudo son falsas las *reputaciones establecidas*. Dentro de cien años, aquellos que escriban sobre el reinado de Luis Felipe presentarán al señor Pagnerre como el *editor popular de la época*.

¡Pobre pueblo que hoy no tiene ni siquiera un solo editor que consienta en publicar un librito cuyo propósito es defender los intereses de la clase obrera!

3.º También se deduce de este rechazo otra enseñanza: hoy más que nunca, la inteligencia está *subordinada* a los medios puramente materiales.

Mi posición se convertía en muy apurada. Hacían falta de 1.000 a 1.200 francos para publicar la obra y yo no los tenía. Al hacer propaganda a costa de uno, se termina, cuando las fuentes son poco abundantes, por agotarlas. Durante

varios días, soporté un suplicio que solamente podrán comprender las personas que viven en los dominios del espíritu. Tenía *consciencia del valor*, de la *utilidad* de las ideas que acaba de plasmar en el papel, y sentía un dolor desgarrador al pensar que estas ideas iban a quedarse allí, como letra muerta, por falta de un billete de 1.000 francos. Pero cuando Dios concede la fe a un individuo, se la da plena y total.

Después de tres o cuatro noches de insomnio doloroso, una mañana me quedé asombrada al sentirme llena de calma, de confianza y más fuerte que nunca.

Desde mi ventana veo las torres de San Sulpicio. En la disposición de espíritu en que me encontraba, la vista de esta hermosa iglesia produjo en mí un efecto muy particular. Me recordó de inmediato todas las grandes acciones, generosas y a veces sublimes que la fe había inspirado a los cristianos. ¡Cómo! pensaba, *mi religión es amar a mis hermanos en la humanidad, mi fe, amar y servir a Dios en la humanidad*; ¡vamos! una religión tan sublime, *cuyas consecuencias* son tan hermosas, tan limpias de cualquier impureza, ¿no ha de darme tanta fuerza y poder como tuvieron los católicos, que aman a Dios y sirven a los pobres *con vistas a la recompensa en el cielo*? ¡Pues vaya! un sacerdote, un solo hombre, *confiando en su fe*, se impuso como misión hacer construir una de las más hermosas iglesias de París, San Sulpicio, y para conseguir este objetivo este sacerdote no retrocedió ante ninguna fatiga, ninguna humillación; fue de puerta en puerta a *mendigar para su iglesia* y, gracias a *pequeñas limosnas*, esta grande y magnífica iglesia se ha levantado majestuosamente hacia el cielo (1). ¡Y no podría yo, imitando el ejemplo de este sacerdote, pedir como él de puerta en puerta suscripciones para hacer imprimir este librito *útil para la instrucción de la clase más numerosa*! ...¡Ah! si vacilase, si retrocediese frente a esta noble tarea, sería como reconocer tácitamente la nulidad de la re-

(1) Véase en la *Biografía* de Michaud, la vida de Jean Baptiste Languet de Gergy, cura de San Sulpicio.

ligión que profeso, sería como renegar del Dios que yo sirvo; en una palabra, ¡sería reconocer que mi fe es *menos* poderosa que la de los católicos!

¡Oh! ¡Bienaventurados los que tienen fe!

En ese mismo instante me sentí poseída por un amor tan grande, por una fuerza tan poderosa, que ninguna fatiga, ninguna humillación, me asustaban ya. Me decidí a ir yo misma a pedir de puerta en puerta hasta obtener los 1.200 francos necesarios. Este proyecto se apoderó de forma tan súbita de mi espíritu que me parecía *como si una voluntad ajena a mí me ordenase actuar*. Tomar una hoja grande de papel; escribir al comienzo: LLAMAMIENTO A TODAS LAS PERSONAS INTELIGENTES Y ABNEGADAS, *les pedimos su concurso para hacer imprimir el libro de la UNION OBRERA*; escribir mi nombre el primero; hacer firmar a mi hija, a mi criada, a mi aguador; correr de inmediato a casa de mis amigos para explicarles mi resolución, todo esto fue asunto de veinticuatro horas.

Mi tarea, debo hacerlo observar, era mucho más difícil que la del cura de San Sulpicio. El actuaba dentro de la UNION CATOLICA; estaba seguro de encontrar casi en todas partes ayuda, simpatía, buena acogida, confianza, aprobación y alabanza; mientras que yo actuaba *aisladamente*, y casi con la certeza de que sería generalmente *mal acogida*.

Puesto que doy estas explicaciones con miras a las enseñanzas que se pueden sacar de ello, permitidme entrar en más amplios detalles.

Hacia una colecta para la impresión de un libro destinado a *instruir a la clase obrera*, era pues muy natural que, después de haber pedido a mis amigos, me dirigiese en primer lugar a todas aquellas personas que se presentan como verdaderos amigos y ardientes defensores del pueblo. ¡Oh! ¡qué crueles decepciones me esperaban!...

No mencionaré aquí a nadie; pero se verá por la ausencia de ciertos nombres en mi lista de suscripción que ha ocurrido con respecto a los *Amigos del pueblo* (salvo algunas excepciones) absolutamente igual que con el *Editor popular*, con la diferencia, sin embargo, de que el señor Pagnerre puso en su rechazo una extremada cortesía, mientras que entre los *Amigos del pueblo* varios me han recibido,

todo lo más, educadamente (tres o cuatro incluso se han negado a recibirme), y han negado su cooperación a mi obra en los términos más secos.

¿Cómo explicar esto?

Que cada cual lo interprete como le parezca: yo me limito, por el momento, a constatar el hecho.

No es aquí lugar para relatar cuántas de estas recepciones frías, secas y completamente *antifraternales*, me han causado agudos dolores; cuántas veces, al salir de las casas de estos *amigos del pueblo*, que tienen siempre la gran palabra *fraternidad* en la punta de la pluma, lágrimas de indignación han quemado mis mejillas.

¡Pobre pueblo!... Los que se dicen *tus amigos se sirven de ti*... Pero, en el fondo, ninguno de ellos tiene realmente la intención de *servirte*.

No hablaré tampoco del valor que me ha hecho falta para perseverar en el cumplimiento de mi tarea. En un tiempo de egoísmo y de *Robert-Macairismo** como el nuestro, presentarse en casa de gente que no se conoce y osar pedirles dinero para hacer imprimir un libro cuyo objetivo es enseñar al pueblo cuáles son sus derechos, ciertamente era realizar una verdadera proeza.

Jesús tenía razón cuando decía: «Tened fe y levantaréis montañas». Acabo de experimentar por mí misma que decía la verdad exacta. Durante casi un mes que duró *mi vida apostólica* (en acción), no me sentí ni un minuto desalentada. ¡Y, sin embargo, cuántas decepciones no he tenido que sufrir, sin contar los desaires groseros de ciertos burgueses *advenedizos*, que simplemente me tomaban por una *pobre escritora que pedía limosna*! Sería muy curioso contar todas las escenas extrañas y cómicas que me han ocurrido a propósito de esto. Más tarde daré a conocer cuántas fatigas morales y físicas me ha costado este acto de elevada ca-

(*) Robert Macaire, tipo de bandido fanfarrón, es un personaje del melodrama de Antier, Saint-Amand y Polyanthe *L'Auberge des Adrets*. El actor Frédérick-Lemaître popularizó el personaje.

El dibujante Daumier tomó a Robert Macaire como prototipo del negociante rapaz. (N.d.T.).

ridad. No exagero al decir que he hecho más de *doscientos recorridos* en todas las direcciones de París (y a pie). Lo confieso, en cuanto a fatiga física, estoy agotada; incluso he enfermado. Pero también me apresuro a añadir que, en medio de tantas penas, he tenido muchas alegrías. He encontrado entre personas con las que no había contado en absoluto, almas magnánimas, generosas, que desean ardientemente poder hacer el bien. Y, al comprender todo lo que había de hermoso en la misión que yo llevaba a cabo, me testimoniaban una consideración llena de bondad y respeto. Los pocos momentos de charla que he tenido con estas personas me han resarcido completamente de todos los desengaños que otros me han hecho soportar.

Si lo que he dicho de los pretendidos *amigos del pueblo* asombra y causa tristeza a algunas personas lo bastante ingenuas para juzgar sobre el corazón de un hombre por las bellas frases que *el escritor* pone en sus libros... lo que podrá asombrar en otro sentido, sobre todo a los obreros, es saber que unos burgueses de modales aristocráticos han acogido la idea que les llevaba con una viva simpatía y me han entregado con este fin importantes suscripciones. En cuanto a los artistas, casi todos me han recibido perfectamente, y solamente *tres* me ha negado su ofrenda.

Ahora debo decir, para evitar cualquier interpretación enojosa, que ninguna de las personas que han firmado con su nombre en mi lista y han tenido a bien hacer un donativo para que el libro de la UNION OBRERA pudiera aparecer, ninguna de ellas *ha tenido conocimiento de mi manuscrito* (2); por consiguiente, ninguna puede ser *solidaria* con las ideas que yo he emitido.

La fe que me animaba al hablarles, les ha dado *fe en mí*. Me veían tan profundamente convencida de la bondad de mi obra, que, a su vez, han quedado *convencidas de que yo no podía obrar mal*; y, a menudo, sin pedirme explicaciones me han ayudado con su concurso.

Si hay en mi libro algunas ideas *demasiado avanzadas* y expresadas de manera que puedan herir la susceptibilidad

(2) Algunas personas solamente han leído los tres primeros capítulos.

de ciertos espíritus, ruego a las personas que me han honrado con su benévola cooperación que estén bien seguras de que jamás he tenido el pensamiento de *sorprender su confianza*. Creo firmemente que doy publicidad a un libro *bueno, útil*; y si estoy errada, si me equivoco, juro que *mis intenciones son puras, leales*, y que voy *con buena fe*.

Hablemos ahora de la parte material.

Con los *donativos* y *suscripciones*, he podido hacer componer, imprimir y grabar el libro de la UNION OBRERA. Este libro constituye una pequeña propiedad. Si los obreros comprenden bien el alcance de este libro, se venderá un gran número de ejemplares y el producto de esta propiedad podrá ser entonces más o menos considerable. Desde aquí me comprometo a no emplear nunca el producto de esta propiedad *en mis gastos personales*. Mi intención es hacer, con este dinero, otros libritos cuyo objetivo sería el mismo: *la instrucción de las clases obreras*.

En cuanto a esta primera edición (con una tirada de 4.000 ejemplares) no reportará casi nada, y he aquí la razón. En primer lugar habrá que regalar un gran número de ejemplares a todos los donantes; además enviaré a *todas las sociedades de compañerismo del «Tour de France»** a

(*) Hemos traducido por "compañerismo" la palabra francesa *Compagnonnage*. Con este nombre eran denominadas las asociaciones gremiales que agrupaban a los *compagnons*. Los *compagnons* eran los oficiales que tenían la obligación, antes de poder ser considerados maestros y tener derecho por lo tanto a mantener su propio taller artesanal, a hacer el Tour de France (recorrido a través de Francia por todos los talleres de los grandes maestros para conocer sus técnicas). Estas asociaciones perduraron, con modificaciones, hasta el primer tercio del siglo XIX y son consideradas como antecedentes directos de los sindicatos obreros.

El *compagnon* de comienzos del siglo XIX tenía un estatuto distinto al *compagnon* de los gremios medievales. Al pasar a depender las industrias artesanales de las modernas industrias capitalistas, y ser, a su vez, el *compagnon* un asalariado del maestro del taller, vio transformada su condición en la de un semi-proletario, asalariado indirectamente del capitalista pero que mantenía unas relaciones de producción no capitalistas en lo referente a su relación con el objeto

la sociedad de la Unión, etc., etc. (de 1.500 a 2.000 ejemplares). También habrá que enviar a un gran número de personas de toda condición. Como quiero *extender la idea*, pienso que alrededor de 3.000 ejemplares serán distribuidos de esta forma. Por lo demás, en la segunda edición daré cuentas con exactitud de la utilización de los 4.000 ejemplares de la primera tirada, y cada donante recibirá un nuevo ejemplar.

Voy a poner ante el lector la lista de las suscripciones. Varias personas han deseado guardar el anonimato y he respetado su voluntad. Otras han querido aparecer sólo con sus iniciales. He puesto, en la medida de lo posible, la condición o la profesión de cada uno, para hacer ver que me he dirigido a todas las clases de la sociedad. En cuanto a los diputados, he creído un deber no publicar el nombre de ninguno de ellos para dejarles perfectamente libres de atacar o sostener las ideas emitidas en este libro.

que realizaba, y por su calidad de director y ejecutor pleno de su obra.

La importancia de su papel dentro de la producción en el primer tercio del siglo XIX hizo surgir una serie de repetidos intentos para unir los *compagnonnages* en una sola organización general, intentos que siempre habían fracasado ante la rivalidad y exclusivismo que existía entre los distintos oficios. En 1830 se fundó "La Société de l'Union des Travailleurs du Tour de France" que abarcaba varias asociaciones de *compagnons*, que sostenían en distintas ciudades hospederías en las que acogían a los compañeros procedentes de otras ciudades y que buscaban colocación. Tenían una especie de bolsa de trabajo y se ayudaban entre ellos. Era un primer intento de construcción de un sindicato. Llegó a tener muchos partidarios y grandes proyectos para convertir al *compagnonnage* en una unión más eficaz. (N.d.T.).

Suscriptores

NOMBRES DE LOS SUSCRIPTORES

| Nombre | francos | cts. |
|--|---------|------|
| 1. Sra. Flora Tristán | 100 | — |
| 2. Srta. Aline Tristán, obrera modista | 5 | — |
| 3. Jules Laure, pintor | 20 | — |
| 4. Marie Madelaine, criada | 1 | 50 |
| 5. Adolphy, arquitecto de parques y jardines | 10 | — |
| 6. E., rentista | 10 | — |
| 7. Dr. E., suscripción de varios amigos que se han unido | 100 | — |
| 8. Coronel Bory de St. Vincent | 10 | — |
| 9. De La Suhardière | 5 | — |
| 10. G. de B., diputado | 30 | — |
| 11. S., diputado | 20 | — |
| 12. Un soldado | 1 | 50 |
| 13. Noël Taphanel, aguador | — | 50 |
| 14. P. J. de Béranger | 10 | — |
| 15. Victor Considérant | 10 | — |
| 16. Desroches, ingeniero | 10 | — |
| 17. L., diputado | 25 | — |
| 18. Viuda de Augendre, lavandera | 1 | — |
| 19. Marie Mouret, criada | — | 50 |
| 20. Un anónimo | — | 50 |
| 21. Un sacerdote | 2 | — |
| 22. Alphonse Masson, pintor | 10 | — |
| 23. H. Raimond, propietario | 5 | — |
| 24. S., par de Francia | 15 | — |

| <i>Nombre</i> | <i>francos</i> | <i>cts.</i> |
|--|----------------|-------------|
| 25. Un anónimo | 5 | — |
| 26. Ch., negociante | 200 | — |
| 27. L., diputado | 5 | — |
| 28. Marteau, portero | — | 50 |
| 29. Sra. Dumoutier | 5 | — |
| 30. Jules Delecluse, negociante | 3 | — |
| 31. Déchevaux-Dumesnil, relojero | — | 30 |
| 32. M. B. Levillain, abogado | 1 | — |
| 33. G. C. | 10 | — |
| 34. Guérin, propietario | 40 | — |
| 35. Renaud, propietario | 10 | — |
| 36. Dr. Voisin | 20 | — |
| 37. Ed. de Pompéry | 5 | — |
| 38. Eugène Sue | 100 | — |
| 39. Sra. Lormeau | 1 | 50 |
| 40. George Sand | 40 | — |
| 41. V. Schoelcher | 40 | — |
| 42. M. P. E. | 10 | — |
| 43. Srta. Joséphine Fournier | — | 50 |
| 44. Un anónimo | 100 | — |
| 45. Sra. de Marliani | 10 | — |
| 46. C., diputado | 20 | — |
| 47. El caballero de R., propietario | 20 | — |
| 48. de B., diputado | 10 | — |
| 49. Jules Lefevre, literato | 5 | — |
| 50. Rossi | 10 | — |
| 51. General Jorry | — | 50 |
| 52. Bustache J. | 10 | — |
| 53. Charles Poncy, obrero albañil en Tolón | 3 | — |
| 54. Piquépal d'Arusmont | 25 | — |
| 55. Sra. Hortense Allart | 5 | — |
| 56. Arsenne, pintor | 10 | — |
| 57. A. Etex, estatuario | 5 | — |
| 58. Sra. Pauline Roland | 5 | — |
| 59. Blanqui, director de escuela de comercio | 15 | — |
| 60. Bocage, artista dramático | 20 | — |
| 61. Frédérick-Lemaître, artista dramático | 10 | — |

| <i>Nombre</i> | <i>francos</i> | <i>cts.</i> |
|---|----------------|-------------|
| 62. Agricol Perdiguier, obrero carpintero | 3 | — |
| 63. Vezé, negociante | — | 50 |
| 64. de L., diputado | 10 | — |
| 65. Sra. Sophie D., rentista | 5 | — |
| 66. de L., diputado | 10 | — |
| 66. Jacques Legrand, obrero de géneros de punto | 1 | 50 |
| 67. H., diputado | 5 | — |
| 68. M., diputado | 5 | — |
| 69. Martínez de la Rosa, ex ministro | 5 | — |
| 70. Sra. Virginie Ancelet, autora dramática | 20 | — |
| 71. Louis Blanc | 3 | — |
| 72. Sra. J. Bachellery, dueña de pensión | 5 | — |
| 73. B., diputado | 10 | — |
| 74. Victor Hennequin, abogado | 5 | — |
| 75. F. Ponsard, autor dramático | 3 | — |
| 76. Sra. Desbordes - Valmore | 5 | — |
| 77. Victor Hennequin, abogado | 5 | — |
| 78. Rosenfeld, obrero tipógrafo | 3 | — |
| 79. Blaere, obrero zapatero | — | 50 |
| 80. Un anónimo | 2 | — |
| 81. Vinçard, obrero delineante | 2 | — |
| 82. Srta. Cécile Dufour | 1 | — |
| 83. Sra. Anaïs Ségalas | 5 | — |
| 84. Sra. baronesa d'Aurillac | 5 | — |
| 85. Conde de Laroche-Lambert | 5 | — |
| 86. Un anónimo | 3 | — |
| 87. Chaales, rentista | 5 | — |
| 88. Sra. baronesa Aloyse de Carlowitz | 5 | — |
| 89. Srta. Sydonie de Carlowitz | 3 | — |
| 90. Una dama polaca | 10 | — |
| 91. Sr. César Daly, arquitecto | 10 | — |
| 92. C., peluquero | 1 | — |
| 93. P. Durand, obrero carpintero en Fontainebleau | 3 | — |
| 94. de Chénier, abogado | 5 | — |
| 95. Emile Souvestre | 5 | — |

| | | |
|--|------|----|
| 96. Louis Wolowski, profesor de legislación industrial en el Conservatorio | 5 | — |
| 97. de C., diputado | 20 | — |
| 98. J. L. | 5 | — |
| 99. A. C., diputado | 10 | — |
| 100. Tissot, de la Academia Francesa | 5 | — |
| 101. Pierre Moreau, obrero cerrajero en Auxerre | 5 | — |
| 102. Sra. Louise Collet | 5 | — |
| 103. Paul Renouard, impresor | 5 | — |
| 104. Auguste Barbier | 10 | — |
| 105. Firmin Didot, hermanos, impresores | 10 | — |
| 106. A., diputado | 10 | — |
| 107. Lacour y Maistrasse, impresores | 10 | — |
| 108. L., propietario | 10 | — |
| 109. Sra. Eugénie Lemaitre | 1 | 50 |
| 110. E. Barrault | 10 | — |
| 111. G. Duprez, artista lírico | 3 | — |
| 112. Sra. Emelie, obrera de la moda | 1 | — |
| 113. L. Pareto, arquitecto | 25 | — |
| 114. Paul de Kock | 1 | — |
| 115. P. Poulitier, artista lírico | 5 | — |
| 116. Gustave Barba, editor-librero | 5 | — |
| 117. E. D., procurador judicial | 10 | — |
| 118. Un anónimo | 5 | — |
| 119. Sra. M., rentista | 2 | — |
| 120. Un anónimo | 3 | — |
| 121. L. Desnoyers | 5 | — |
| 122. Cuatro estudiantes | 4 | — |
| 123. Marie Dorval, artista dramática | 5 | — |
| | 1538 | — |

Gastos: Gastos de impresión, de papel, de grabado, etc. 932 —

Pagados todos los gastos, me quedan, como se ve, 606 fr. Este dinero se empleará en gastos de correos. (No puedo

decir aquí a qué total se elevarán estos gastos, pero, para 2.000 ejemplares, será considerable.)

Quizá todos estos detalles parezcan excesivos; pero ruego al lector que tenga en cuenta lo excepcional de mi situación, y comprenderá que no podía hacer mucho más que dar esta explicación.

No me queda más que rogar a todas las personas que han tenido a bien ayudarme con su concurso y honrarme con su simpatía, que reciban aquí mi más sincero agradecimiento.

FLORA TRISTÁN

A LOS HOMBRES Y A LAS MUJERES

QUE SE SIENTAN
FE — AMOR — INTELIGENCIA
FUERZA — ACTIVIDAD

Nada me hubiese gustado más que comenzar este librito con una *canción* que resumiese mi idea: LA UNION, y que tuviese por estribillo: «¡Hermanos, unámonos! — ¡Hermanas, unámonos!» El canto ejerce sobre los obreros reunidos en masa un efecto extraordinario que tiene algo de magnético. Con la ayuda de una canción se puede, a voluntad, hacer de ellos héroes dispuestos para la guerra, hombres religiosos inclinados a la paz.

He ido directamente a casa de Béranger, el poeta de todos, a pedirle la canción de la UNION. El gran poeta y hombre excelente me ha recibido muy fraternalmente y me ha dicho, con una ingenuidad digna del buen La Fontaine: —¡El título es hermoso, muy hermoso! pero componer una canción que responda a este título será difícil, y yo no puedo componer cuando y como yo quisiera. Me es necesario esperar la *inspiración...*, además me estoy haciendo viejo, estoy enfermo, y, en este estado, la inspiración se hace esperar mucho. En fin, si me sale esta *canción* se la ofreceré a los obreros como expresión de mi afectuosa simpatía.

Escribí inmediatamente al señor de Lamartine; me respondió que componer una *Marsellesa de la paz* presentaba grandes dificultades; terminaba su carta prometiéndome que *se lo pensaría*, y que, si lograba hacer algo satisfactorio, me lo enviaría para el librito de la UNION OBRERA.

También he escrito con esta misma propuesta a varios obreros poetas. Esperemos que respondan a mi llamada; que este grande y hermoso ideal de la fraternidad humana les inspire y que cantarán la UNION.

A LOS OBREROS Y A LAS OBRERAS

OBREROS Y OBRERAS

Escuchadme: desde hace veinticinco años, los hombres más inteligentes y más abnegados han consagrado su vida a la defensa de vuestra sagrada causa (1); ellos, con sus escritos, discursos, informes, memorias, encuestas, estadísticas, han señalado, han constatado, han demostrado al Gobierno y a los ricos que la clase obrera, en el actual estado de cosas, se encuentra material y moralmente en una situación intolerable de miseria y de dolor; han demostrado que, de este estado de abandono y sufrimiento, resultaba necesariamente que la mayoría de los obreros, amargados por la desgracia, embrutecidos por la ignorancia y por un trabajo que excede sus fuerzas, se convertían en seres peligrosos para la sociedad; han demostrado al Gobierno y a los ricos que no solamente la justicia y la humanidad imponían el deber de acudir en socorro de las clases obreras mediante una ley sobre la organización del trabajo, sino que incluso el interés y la seguridad general reclamaban imperiosamente esta medida. ¡Pues bien! desde hace veinticinco años, tantas voces elocuentes no han logrado despertar la solicitud del Gobierno en torno a los peligros a que está expuesta la sociedad frente a 7 u. 8 millones de obreros exasperados por el sufrimiento y la

(1) Saint-Simon, Owen, Fourier y sus escuelas; Parent-Duchâtelet, Eugène Buret, Willermé, Pierre Leroux, Louis Blanc, Gustave de Beaumont, Proudhon, Cabet; y, entre los obreros, Adolphe Boyer, Agricol Perdiguier, Pierre Moreau, etc.

desesperación, un gran número de los cuales se ve empujado entre el suicidio... o el robo!..

Obreros, ¿qué se puede decir ahora en defensa de vuestra causa?... Acaso no ha sido dicho y redicho todo, desde hace veinticinco años, en todas las formas posibles y hasta la saciedad? No hay nada más que decir, nada más que escribir, porque vuestra desgraciada situación es bien conocida por todos. No queda más que una cosa por hacer: *actuar conforme a los derechos escritos en la Carta.*

Ha llegado el día en que se hace necesario *actuar*, y a vosotros, a vosotros solos, os corresponde actuar en interés de vuestra propia causa. ¡Os va en ello la vida... o la muerte!, esa muerte horrible que mata a cada instante: ¡la miseria y el hambre!

Obreros, dejad pues de esperar por más tiempo la intervención que se pide en vuestro favor desde hace veinticinco años. La experiencia y los hechos os dicen suficientemente que el Gobierno *no puede o no quiere* ocuparse de vuestra suerte cuando se trata de mejorarla. De vosotros solos depende, si lo deseáis firmemente, salir del laberinto de miserias, dolores y degradación en el que os consumís. ¿Queréis asegurar a vuestros hijos el beneficio de una buena educación industrial, y a vosotros mismos la certeza del descanso en vuestra vejez? Podéis hacerlo.

Vuestra forma de acción no es la revuelta a mano armada, ni el motín en la plaza pública, ni el incendio ni el saqueo. No, porque la destrucción, en lugar de remediar vuestros males, no haría más que empeorarlos. Los motines de Lyon y de París* así lo han atestiguado. No tenéis más que una posibilidad de acción, legal, legítima, con-

(*) Flora Tristán se refiere a los movimientos huelguísticos de 1831 y 1834 que se desarrollaron en toda Francia pero fundamentalmente en Lyon y París. Sin duda fue el movimiento de 1830-31 el que más la impresionó puesto que lo vivió personalmente en París; en 1833, F. Tristán se encontraba en Perú. Por las consecuencias desmovilizadoras y desorganizativas que tuvo el fracaso de esta insurrección de 1833-34 para la clase obrera francesa, tras la brutal represión contra los obreros de Lyon, debe referirse fundamentalmente a ella.

fesable frente a Dios y los hombres: LA UNION UNIVERSAL DE LOS OBREROS Y DE LAS OBRERAS.

Obreros, vuestra condición en la sociedad actual es miserable, dolorosa: con buena salud, no tenéis *derecho al trabajo*; enfermos, lisiados, heridos, viejos, tampoco tenéis *derecho a la hospitalización*; pobres, faltos de todo, no tenéis *derecho a la limosna*, porque la mendicidad está prohibida por la ley. Esta situación precaria os sume en el estado salvaje en que el hombre, habitante de los bosques, se ve obligado cada mañana a pensar en el medio de procurarse el alimento de la jornada. Semejante existencia es un verdadero suplicio. La suerte del animal que rumia en el establo es mil veces preferible a la vuestra; él está seguro de *comer al día siguiente*; su dueño le guarda en la granja paja y heno para el invierno. La suerte de la abeja, en su cavidad del árbol, es mil veces preferible a la vuestra. La suerte de la hormiga, que trabaja en verano para vivir tranquila en invierno, es mil veces preferible a la vuestra. Obreros, sois desgraciados, sí, sin duda; pero, ¿de dónde viene la causa principal de vuestros males?... Si a la abeja y a la hormiga, en lugar de trabajar concertadamente con las otras abejas y hormigas para aprovisionar la vivienda común de cara al invierno, se les ocurriera separarse y querer trabajar solas, también ellas morirían de frío y de hambre en su rincón solitario. ¿Por qué pues vosotros permanecéis aislados?... ¡Aislados sois débiles y caéis aplastados bajo el peso de toda clase de miserias! ¡Pues salid de vuestro aislamiento! ¡uníos! *La unión hace la fuerza.* Tenéis a vuestro favor el número, y esto ya es mucho.

Yo vengo a proponeros una *unión general* de los obreros y obreras, sin distinción de oficios, que vivan en el mismo reino; una unión que tendría por objetivo **CONSTITUIR LA CLASE OBRERA** y construir varios edificios (Palacios de la UNION OBRERA), igualmente repartidos por toda Francia. En ellos se educaría a los niños de ambos sexos, desde los seis a los dieciocho años, y se acogería a los obreros lisiados o heridos y a los ancianos (2).

(2) Ver en el capítulo V cómo se procederá para las admisiones.

Oíd hablar a las cifras y os haréis una idea de lo que se puede hacer con la UNION.

Hay en Francia alrededor de 5 millones de obreros y 2 millones de obreras (3). Que unan estos 7 millones de obreros su pensamiento y su acción para una gran obra común, en beneficio de todos y todas: que dé cada uno de ellos 2 francos al año para esta obra, y al cabo de un año LA UNION OBRERA poseerá la enorme suma de catorce millones.

Vosotros me diréis: ¿Pero, cómo podríamos unirnos para esta gran empresa?... Estamos todos dispersos según la posición y por la rivalidad entre los oficios, incluso en muchas ocasiones nos transformamos en enemigos y peleamos unos contra otros. Además, ¡2 francos de cotización anual es mucho para unos pobres jornaleros!

Responderé a estas dos objeciones: *unirse* para la realización de una gran obra no es lo mismo que *asociarse*. Los soldados y marinos que contribuyen con lo que se les deduce de su paga, cada uno en la misma proporción, al fondo común que sirve para mantener a 3.000 soldados y marinos en el Hotel de los Inválidos, no están sin embargo *asociados* entre ellos por este motivo. No necesitan ni conocerse, ni tener las mismas opiniones, los mismos gustos o los mismos caracteres. Les basta con saber que todos los militares, de un extremo a otro de Francia, cotizan la misma cantidad; que esto asegura a los heridos, lisiados y ancianos *su derecho* a entrar en el Hotel de los Inválidos.

En lo referente a la cantidad, yo pregunto: ¿cuál es el obrero, incluso entre los más pobres, que economizando un poco, no podría dedicar 2 francos de cotización, en el transcurso de un año entero, para asegurarse una jubilación en sus días de vejez? (4). ¡Ah! Vuestros vecinos, los desgra-

(3) Ver, para una mayor exactitud en las cifras, las obras de los estadísticos, y el notable trabajo del señor Pierre Leroux: *Sobre la Plutocracia*.

(4) Esto no representaría más que 17 cts. al mes.

ciados irlandeses, *el pueblo más pobre de toda la tierra*, el pueblo que sólo come patatas, ¡y sólo las come cada dos días!... (5) un pueblo así (que sólo tiene siete millones de almas) ha encontrado los medios para conseguir casi dos millones de renta para un solo hombre (O'Connell) (6), que ciertamente es su defensor, pero al fin y al cabo un solo hombre, ¡y esto durante doce años! Y tú, pueblo francés, *el más rico de toda la tierra*, no encontrarías los medios para construir vastos palacios, saludables, cómodos, que acojan a tus hijos, tus heridos y tus ancianos? ¿Sería una verdadera vergüenza, una vergüenza eterna que acusaría tu egoísmo, tu despreocupación y tu falta de inteligencia! Si, si, si los obreros irlandeses que van con los pies descalzos y la *barriga vacía*, durante doce años han dado dos millones como honorarios a su defensor O'Connell bien podréis vosotros, obreros franceses, dar catorce millones por año para alojar y alimentar a vuestros *bravos veteranos del trabajo* y educar a los *aprendices*.

¡Dos francos por año!... ¿Cuál de vosotros no paga diez o veinte veces esta suma en sus *pequeñas asociaciones par-*

(5) Los irlandeses no comen carne más que una vez al año, el día de Navidad. "Siendo todos pobres, consumen en su alimentación el alimento menos caro del país, las patatas, pero todos no las consumen en la misma cantidad: unos, los privilegiados, las comen tres veces al día; otros, menos afortunados, dos veces; los que están en la indigencia, solamente una vez, y hay quienes, aún en una mayor indigencia, pasan un día, incluso dos días, sin tomar ningún alimento".

(La Irlanda social, política y religiosa, de M. G. de Beaumont, primera parte, capítulo I. Ver, para mayores detalles, la continuación del capítulo.)

(6) O'Connell ha dirigido la respuesta siguiente a lord Shrewsbury, quien le había reprochado la subvención anual y voluntaria de 75.000 libras esterlinas (1.875.000 fr.) que le paga Irlanda.

Sigue la respuesta de O'Connell, que es muy hermosa, y termina con estas palabras: "Me siento orgulloso de proclamarlo: soy el servidor asalariado de Irlanda, y ésta es una *servidumbre* que me glorifico de llevar".

(Sesión de la Cámara de los Comunes, octubre de 1842)

ticulares de oficio, de socorro mutuo y otras, o también para sus *pequeños vicios* habituales como tabaco, café, aguardiente, etcétera? Es fácil a cada uno de vosotros conseguir dos francos (7), y cada uno de vosotros al dar *este poquito* [produce un total de *catorce millones!*... ¡Ved qué riqueza poseéis tan sólo por *vuestro número!* Pero, para gozar de esta riqueza, es necesario que el número se reúna, forme un todo, una unidad.

Obreros, dejad pues de lado vuestras pequeñas rivalidades de oficio y formad, fuera de vuestras asociaciones particulares, una UNION compacta, sólida, indisoluble. Que mañana, que inmediatamente, se levante espontáneamente de todos los corazones un mismo y único ideal: ¡LA UNION! Que este grito de *unión* resuene por toda Francia y, en el plazo de un año, si lo deseáis firmemente, ESTARA CONSTITUIDA LA UNION OBRERA, y en dos años tendréis en caja, para vosotros, sólo para vosotros, catorce millones, para construir un palacio digno del gran pueblo de los trabajadores.

En su fachada, debajo del frontón, inscribiréis en letras de bronce:

PALACIO DE LA UNION OBRERA

CONSTRUIDO Y CONSERVADO GRACIAS A LA COTIZACIÓN ANUAL DE 2 FRANCOES HECHA POR LOS OBREROS Y OBRERAS PARA HONRAR EL TRABAJO, TAL COMO SE MERECE, Y PARA RECOMPENSAR A LOS TRABAJADORES, A ELLOS *que alimentan a la nación, la enriquecen y constituyen su verdadera fuerza.*

¡HONOR AL TRABAJO!

¡RESPECTO Y GRATITUD A LOS BRAVOS VETERANOS DEL TRABAJO!

(7) Se podrá cotizar en dos veces.

Si, a vosotros, campeones del trabajo, os corresponde ser los primeros en levantar la voz para honrar *la única cosa realmente honorable*, el Trabajo. A vosotros, productores, despreciados hasta ahora por aquellos que os explotan, os corresponde ser los primeros en levantar un PALACIO para jubilar a nuestros viejos trabajadores. A vosotros, obreros que construís los palacios de los reyes, los palacios de los ricos, los templos de Dios, las casas y asilos donde se cobija la humanidad, os corresponde por fin construir un asilo en el que podáis morir en paz, vosotros, vosotros que no habéis tenido nunca donde apoyar la cabeza salvo el hospital *cuando hay sitio*. ¡Manos a la obra, pues! ¡manos a la obra!

Obreros, pensadlo bien, el esfuerzo que voy a intentar ante vosotros para arrancaros de la miseria es probablemente el último que pueda hacerse, porque si no respondéis a esta LLAMADA DE UNION, si, por egoísmo o por despreocupación, no queréis UNIROS..., habría que abandonaros pronunciando sobre vosotros las palabras que se pronuncian sobre los muertos.

Hermanos, un pensamiento desolador golpea en el corazón de todos los que escriben para el pueblo; que el pobre pueblo está tan abandonado, tan sobrecargado de trabajo desde su infancia, que sus tres cuartas partes *no saben leer* y la otra cuarta parte *no tiene tiempo para leer*. Por lo tanto, hacer un libro para el pueblo es echar una gota de agua en el mar. Por esto he comprendido que si me limitaba a poner mi proyecto de UNION UNIVERSAL sobre el papel, el proyecto, con todo lo magnífico que es, sería letra muerta, como lo han sido tantos otros planes ya propuestos. He comprendido que, después de publicado mi libro, tenía otra misión que cumplir: ir yo misma, con mi proyecto de unión en la mano, de ciudad en ciudad, de un extremo a otro de Francia, a hablar a los obreros *que no saben leer* y a *los que no tienen tiempo de leer*. Me he dicho a mí misma que ha llegado la hora de actuar; y para el que ame realmente a los obreros, el que quiera dedicarse en cuerpo y alma a su causa, hay una hermosa misión que cumplir. Es necesario que siga el ejemplo dado por los primeros apóstoles de Cristo. Aquellos hombres,

desafiando la persecución y las fatigas, tomaban las alforjas y el cayado y se iban de país en país predicando la NUEVA LEY: *la fraternidad en Dios, la unión en Dios.* ¡Pues bien! ¿por qué yo, mujer que me siento llena de fe y fuerza, no puedo ir igual que los apóstoles de ciudad en ciudad, anunciando a los obreros la BUENA NUEVA y predicándoles *la fraternidad en la humanidad, la unión en la humanidad?*

En la tribuna de las Cámaras, en los púlpitos cristianos, en las reuniones mundanas, en los teatros, y sobre todo en los tribunales, se ha hablado a menudo *de los obreros*; pero todavía nadie ha intentado hablar *a los obreros*. Es un medio que es necesario intentar. Dios me dice que triunfaremos. Por eso inicio con confianza esta nueva vía. Sí, iré a buscarles a sus talleres, a sus buhardillas, les buscaré hasta en las tabernas si es necesario, y allí, frente a su miseria, les conmoveré sobre su propia suerte y les forzaré, *a pesar suyo*, a salir de la espantosa miseria que les degrada y les mata.

DE LA INSUFICIENCIA DE LAS SOCIEDADES DE SOCORRO, COMPANERISMO, ETC.

La lectura del *Libro del Compañerismo* del señor Agricol Perdiguier (obrero carpintero), el folletito del señor Pierre Moreau (obrero cerrajero) (8), y el *Proyecto de regeneración del Compañerismo* del señor Gosset, padre de los herreros, impresionó mi espíritu, iluminado por la gran idea de la UNION UNIVERSAL DE LOS OBREROS Y LAS OBRERAS.

En las tres obritas tan notables que acabo de citar, se plantea la cuestión de los obreros enfocada *por obreros*, hombres inteligentes y conscientes, que conocen perfectamente el tema del que hablan. Se trata de tres obras pensadas y escritas de buena fe: en cada página se descubre un ardiente y sincero amor por la humanidad, cualidades preciosas que no siempre se encuentran en las sabias obras escritas por nuestros célebres economistas.

Después de habernos mostrado el compañerismo tal como es hoy, los tres *obreros escritores*, cada uno según su carácter y su perspectiva, proponen reformas importantes a las diferentes asociaciones del compañerismo (sobre todo el señor P. Moreau). Sin duda alguna, estas reformas podrían mejorar *las costumbres de los obreros*; pero debo

(8) Cuando escribí este capítulo, la última obra de M. P. Moreau no había aparecido todavía.

decir que lo que me ha llamado la atención ha sido ver que, entre las mejoras propuestas por los señores Perdiguier, Moreau y el padre de los herreros, ninguna era de tal naturaleza que aportase una mejora verdadera y positiva en la situación material y moral de la clase obrera. Supongamos que, según los deseos del señor Perdiguier, los compañeros no se peleen más entre ellos; que, como desea el señor Moreau, desaparezca cualquier distinción entre oficios, y que el compañerismo forme tan sólo una Unión General; supongamos también que, tal como desea el padre de los herreros, los compañeros dejen de ser explotados por los taberneros (*madres*); supongamos incluso que todos se aman entre ellos como buenos hermanos: —[esto ya sería obtener un buen resultado!— Pues bien, incluso imaginando un cambio tan completo, tan feliz, yo pregunto: ¿estas reformas en qué cambiarían la posición precaria y miserable en que se halla sumida la clase obrera? En nada, o, al menos, en muy poca cosa.

No sé cómo explicarme por qué los tres obreros-escritores, que han dado pruebas de tanta inteligencia cuando se trataba de señalar pequeñas reformas particulares, no han pensado en proponer un plan de unión general, cuya finalidad sería situar a la clase obrera en una posición social que la pusiera en condiciones de reclamar su derecho al trabajo, su derecho a la instrucción, y su derecho a la representación frente al país; porque es muy claro que de esto se desprenden naturalmente todas las demás mejoras. El mismo olvido, tan importante, en los tres escritos mencionados, hizo en mí una profunda impresión, y entonces mi espíritu se iluminó con este grande y hermoso ideal: LA UNION UNIVERSAL DE LOS OBREROS Y OBRERAS.

Reflexionando sobre las causas que producen los abusos y males de toda especie señalados por los obreros-escritores, vi de dónde partía el mal y comprendí al instante qué remedio se le puede aplicar. La causa verdadera, la causa única de todos los males que afligen a la clase obrera, ¿no es acaso la MISERIA?

¡Sí, la MISERIA: porque a causa de la miseria la clase obrera se ve condenada a perpetuidad a pudrirse en la ig-

norancia; y, a causa de la ignorancia, la clase obrera está condenada a perpetuidad a pudrirse en el embrutecimiento y la esclavitud. Por lo tanto, es contra la miseria que debe luchar; ¡éste es su enemigo más temible!...

Según mi opinión, proponer un medio que, por la simplicidad y facilidad de su ejecución, procure a la clase obrera la posibilidad de salir, gradualmente y sin sacudidas violentas, del estado de precariedad en que se halla sumida es la única finalidad que deben proponerse todos los que sinceramente desean la verdadera y eficaz mejora de la clase social más numerosa y más útil (9). Este es el medio, fácil de llevar a cabo, eficaz por los importantes resultados que asegura, que quiero proponer.

Obreros, debo preveniros de que no os adularé en absoluto —odio la adulación—; mi lenguaje será franco, severo; en ocasiones lo encontraréis un poco rudo. Creo que es útil, urgente, indispensable, que os diga franca y claramente, sin temer lastimar vuestro amor propio, cuáles son vuestros defectos. Cuando se quiere curar una herida hay que ponerla al desnudo para observarla bien, después se corta por lo sano, y sólo así se cura.

Si os hablo con esta franqueza a la que no estáis acostumbrados, en vez de rechazarme escuchadme con más atención, porque debéis tener siempre presente en el pensamiento que los que os halagan pretenden servirse de vosotros, y no servirlos.

«Os digo estas verdades sobre vuestros defectos, decía Jesús, porque os amo; los que os adulan no os aman.»

(9) No sé por qué los saintsimonianos dicen: "la clase más numerosa y la más pobre". La pobreza no es una cualidad, ¡muy lejos de esto! Yo he reemplazado la palabra pobre por la palabra útil, porque es exacta; y al ser la utilidad una cualidad preciosa, se convierte para la clase trabajadora en un título indiscutible.

Es importantísimo que los obreros comprendan bien la diferencia que existe entre LA UNION OBRERA, cuya idea he concebido yo, y lo que existe hoy bajo los nombres de *Asociación de compañerismo*, *La unión*, *Socorros mutuos*, etc.

El objetivo de estas diversas asociaciones particulares es simplemente la ayuda mutua entre sus miembros, socorrerse mutua e individualmente entre *miembros de la misma sociedad*. Estas sociedades se han establecido pues para la previsión de casos de *enfermedades*, *accidentes*, y *largos paros*.

En el actual estado de aislamiento, abandono y miseria en que se encuentra la clase obrera, estos tipos de sociedades son muy útiles, porque su finalidad es ayudar, mediante pequeños donativos, a los más necesitados, y suavizar así los sufrimientos personales, que a menudo sobrepasan las fuerzas y el valor de aquellos sobre los que caen. Estoy muy de acuerdo con estas sociedades, y aconsejo a los obreros multiplicarlas, aunque depurándolas de los abusos que puedan contener. Pero *aliviar la miseria* no significa *destruirla*; *suavizar el mal* no es *extirparlo*. Si, finalmente, se quiere optar por atacar el mal en su raíz, es necesario evidentemente algo más que *sociedades particulares*, cuya finalidad única es *aliviar los sufrimientos individuales*.

Veamos qué ocurre en estas sociedades particulares, analicemos si este modo de actuar puede realmente mejorar la suerte de la clase obrera.

En cada una de estas sociedades se suele emplear el importe de las cotizaciones para dar un tanto por día (50 ctms., 75 ctms., 1,50 francos, 2 francos) a los que están enfermos, y, en algunos casos, a los que carecen de empleo desde hace un cierto tiempo. Si se dan casos fortuitos como, por ejemplo, el de encarcelamiento, también se tiene derecho a unas ayudas hasta el juicio. En las sociedades de compañerismo la ayuda mutua es todavía más eficaz: los compañeros buscan trabajo a los que llegan a las ciudades de provincia, y responden por ellos frente a la madre*, hasta un cierto límite, de los gastos que los recién llegados puedan hacer mientras se les haya encontrado trabajo. Esto es en lo referente a la parte material. En lo que respecta a la cuestión moral, la ayuda consiste en que cada miembro de la misma sociedad considera un deber el ir a visitar a los asociados enfermos, en su casa, o en el hospicio, y lo mismo con los encarcelados. Repito, en el actual estado de cosas, estos tipos de sociedades, que como mínimo denotan una gran simpatía, son muy útiles porque unen a los obreros entre sí, dan un sentido moral a sus sentimientos, suavizan sus costumbres y alivian sus crueles sufrimientos. Pero, ¿es esto suficiente? ¡no, de verdad que no! ya que, en definitiva, esta clase de sociedades no pueden cambiar en absoluto (ni tampoco tienen esta pretensión), y ni siquiera pueden mejorar la posición material y moral de la clase obrera. El padre, miembro de una de estas sociedades, vive miserablemente, sufre, y no tiene la esperanza consoladora de pensar que sus hijos estarán mejor que él; éstos, a su vez, serán miembros de la misma sociedad, y vivirán tan miserablemente como su padre, sin ninguna esperanza de que sus hijos estén mejor que ellos. Fijémonos bien, toda sociedad que actúe en nombre de la

(*) Como especifica la misma autora en otro pasaje, la "madre" es el tabernero del que los obreros consiguen crédito en espera de la paga. (N.d.T.).

individualidad, y tenga por objetivo aliviar temporalmente al individuo, tiene invariablemente el mismo carácter. A pesar de todos sus esfuerzos no podrá crear nada grande, nada adecuado y capaz de producir un resultado notable (10). De esta forma, obreros, con vuestras sociedades particulares, tal como se vienen estableciendo desde el rey Salomón hasta nuestros días, así, ni en cincuenta siglos habrá cambiado la posición material y moral de la clase obrera: seguirá teniendo siempre por patrimonio LA MISERIA, LA IGNORANCIA y LA ESCLAVITUD, con la única variación y cambio del nombre que se dé a los esclavos.

¿Dónde está pues el mal?... El mal está en esta organización bastarda, mezquina, egoísta, absurda, que divide a la clase obrera en multitud de pequeñas sociedades particulares, como ocurría en la Edad Media con los grandes imperios (11), que hoy vemos tan fuertes, tan ricos y tan poderosos, que estaban divididos en pequeñas provincias, y las pequeñas provincias en pequeños burgos, cada uno de los cuales gozaba de sus derechos y sus franquicias. ¡Ah! Pero, ¡de qué derechos! Unas pequeñas provincias y pequeños burgos, en guerra continua unos contra otros (hoy en día la guerra es la concurrencia), eran pobres, débiles, y por todo derecho tenían el de gemir bajo el peso de su miseria, de su aislamiento y de las horribles calamidades que eran el inevitable resultado de esta di-

(10) Después del establecimiento del cristianismo, siempre existieron en los países cristianos millares de sociedades llamadas caritativas cuya finalidad era aliviar los sufrimientos individuales de la clase pobre. ¡Pues bien!, a pesar de las buenas intenciones de estas sociedades, la clase pobre ha permanecido siempre igualmente pobre. En Inglaterra, donde la clase pobre muere de hambre literalmente, existen, sin embargo, un número infinito de estas sociedades caritativas. Además, la caridad forzosa, los impuestos de los pobres, se elevan de 2 a 300 millones al año, sin contar Escocia ni Irlanda (Inglaterra tiene 12 millones de habitantes). Todos los años este impuesto de los pobres aumenta; ¡pues bien! la pobreza de la clase obrera aumenta a escala mucho mayor todavía.

(11) Francia, Inglaterra, Rusia, Austria, Estados Unidos, son los únicos todavía constituidos como una unidad.

visión. No me canso de repetirlo: el vicio de raíz, que es necesario atacar en todos sus aspectos, es el sistema de parcelación que diezma a los obreros, sistema que sólo pueda engendrar el mal.

Pienso que este breve análisis de lo que ocurre será suficiente para aclarar a los obreros la verdadera causa de sus males: *la división*.

Obreros, tenéis que salir lo más pronto posible de este camino de división y aislamiento en que estáis, y avanzar valiente y fraternalmente en la única vía que os conviene, *la unión*. El proyecto de unión que he concebido tiene una amplia fundamentación, y su espíritu es capaz de satisfacer plenamente las exigencias morales y materiales de un gran pueblo.

¿Cuál es el objetivo y cuál será el resultado de la unión universal de los obreros y obreras?

Tiene por objeto:

1.º CONSTRUIR LA UNIDAD compacta, indisoluble, de la CLASE OBRERA; 2.º Convertir LA UNION OBRERA en propietaria de un enorme capital mediante la cotización voluntaria de cada obrero; 3.º Adquirir, por medio de este capital, un poder real, el del dinero; 4.º Prevenir, por medio de este poder, la miseria y extirpar el mal en su raíz, dando a los niños de la clase obrera una sólida educación, racional, capaz de hacer de ellos hombres y mujeres instruidos, razonables, inteligentes y hábiles en su profesión; 5.º Recompensar el trabajo tal como debe serlo, con largueza y dignamente.

Exclamarán: ¡es demasiado hermoso! Es demasiado hermoso; pero *es imposible*.

Lectores, antes de que se paralicen los impulsos de vuestro corazón y de vuestra imaginación con esta fría palabra: *imposible*, tened siempre presente en vuestro espíritu que Francia tiene de 7 a 8 millones de obreros; que con 2 francos de cotización harían 14 millones de francos anuales —y con 4 francos 28 millones—; con 8 francos, 56 millones. Estas cifras no son una quimera. Entre los obreros los hay acomodados, y, sobre todo, muchos que tienen un alma generosa: unos darán 2 francos, otros 4,

8, 10 ó 20 francos, ¡y pensad en vuestro número, 7 millones! (12)

Veamos ahora cuáles pueden ser los resultados de esta UNION OBRERA.

Acabo de demostrar que no es en absoluto imposible que 7 millones de obreros, unidos por este pensamiento: *servir a su causa y a sus propios intereses*, puedan conseguir, mediante una cotización voluntaria, 15, 20, 30, 40 ó 50 millones de francos al año. Estos 20, 30 ó 50 millones no representan casi nada si se aplican a los engranajes de una gran máquina como la del gobierno; pero, aplicados a un objetivo especial y empleados con orden, economía e inteligencia, 20, 30 ó 50 millones representan una enorme riqueza. He dicho que con este capital la UNION OBRERA podría alcanzar un poder real, el que da el dinero. Veamos cómo:

(12) LA UNION OBRERA, tal como yo la he concebido, tendría por finalidad: 1.º, *constituir la clase obrera propiamente dicha* y, como último objetivo, *unir* en torno a un mismo pensamiento a los 25 millones de trabajadores *no propietarios* de todas condiciones que pueden contarse en Francia, para defender sus intereses y reclamar sus derechos. La clase obrera no es la única que tiene que sufrir los privilegios de la propiedad: los artistas, los profesores, los empleados, los pequeños comerciantes, y una multitud de gente diversa, incluso *los pequeños rentistas*, que no poseen ninguna propiedad como tierras, casas, capitales, sufren fatalmente las leyes hechas por los propietarios que se sientan en la Cámara. Tampoco podemos dudar que, desde el momento en que la clase *realmente superior*, la que domina por sus capacidades, talentos (aunque los propietarios le nieguen la entrada a la Cámara), haya comprendido lo importante que sería para ella estar ligada por propio interés y por simpatía con la clase obrera, será evidente que los 25 millones de no-propietarios unirán sus esfuerzos para aniquilar los efectos de los privilegios. Y, por este objetivo, todos cotizarán más o menos, según como entiendan cuáles deben ser los resultados de la UNION OBRERA. Entonces, en vez de 14, 28 o 56 millones, citados aquí como provenientes de los 7 u 8 millones de obreros, bajo la hipótesis de la cooperación de los 25 millones de *no-propietarios*, el importe de las cotizaciones podría elevarse a 100 millones por año, y más aún.

Por ejemplo, el pueblo irlandés, con su unión, ha podido establecer y mantener lo que se llama la ASOCIACION (13); además ha podido constituir, con una cotización voluntaria (14), una fortuna colosal para un hombre de corazón y talento, O'Connell. Prestad mucha atención y ved cuáles pueden ser los resultados de una unión. O'Connell se ha convertido en el defensor de Irlanda. Retribuido generosamente por el pueblo que lo había investido con su mandato, ha podido extender a una amplia escala sus posibilidades de ataque y de defensa. ¿Creía oportuna la publicación de 10, 20 ó 30 escritos, para hacerlos llegar por miles a toda Irlanda? teniendo dinero a su disposición, los publicaba y sus agentes los distribuían por todas las ciudades. ¿Creía importante hacer llegar a la Cámara de los Comunes a su hijo, su yerno o un amigo de toda confianza? entonces hacía repartir a sus agentes guineas en cantidad entre los electores, y el diputado de la asociación llegaba a la Cámara para defender los intereses de Irlanda.

Si cito siempre a Irlanda como ejemplo es porque Ir-

(13) El nombre de la asociación irlandesa ha cambiado muy a menudo: cada vez que ha sido disuelta por el Gobierno, a continuación ha sido reformada bajo un nuevo nombre. Ha sido llamada *Irlandeses Unidos*, *Asociación católica*, *Asociación general de Irlanda*, *Sociedad de los precursores*. O'Connell asegura que pronto se llamará *Asociación nacional*. Pero, bajo todas estas denominaciones, siempre la ha guiado el mismo espíritu. He aquí lo que dice el señor de Beaumont a este respecto:

"Una de las características específicas de la asociación es no solamente vigilar al gobierno, sino gobernar ella misma; no se limita a controlar el poder, lo ejerce. Funda escuelas, establecimientos de caridad, percibe impuestos destinados a su mantenimiento, protege el comercio, ayuda a la industria y hace mil cosas más; porque, como la definición de sus poderes no se encuentra en ninguna parte, no tiene marcado ningún límite.

"A decir verdad, la asociación es un gobierno dentro del gobierno: autoridad joven y robusta, nacida en el seno de una vieja autoridad moribunda y decrepita; potencia nacional centralizada que tritura y reduce a polvo todos los pequeños poderes dispersos aquí y allá por una aristocracia antinacional" (t. II, p. 21).

(14) Se recibe desde cinco céntimos hasta...

landa aún es el único país que ha sabido comprender que el pueblo, si quiere salir de la esclavitud, debe primero comenzar por constituir una vasta UNION, compacta, sólida, indisoluble, porque *la unión hace la fuerza*, y para reclamar sus derechos, para llamar la atención general sobre lo justo de una reclamación, antes que nada hay que ponerse en condiciones de poder hablar con bastante autoridad para hacerse escuchar.

La posición de la clase obrera en Francia no puede compararse en nada a la cruel posición del pueblo irlandés. Irlanda, país conquistado, pero cuyo espíritu independiente no puede resignarse a soportar el yugo de la opresión; reclama a sus señores y conquistadores sus derechos religiosos, políticos y civiles. El solo enunciado de esta reclamación demuestra que este desgraciado pueblo es tratado como esclavo, porque no goza de ningún derecho. Es nuestro país, al menos en principio, y esto ya es mucho, no existen esclavos frente a la ley, al menos entre la población masculina.

¿Cuál es hoy en día la posición social de la clase obrera en Francia, y cuáles derechos le quedan por reclamar?

En principio, la ley orgánica que rige la sociedad francesa desde la declaración de los derechos del hombre de 1791 es la más alta expresión de la justicia y la equidad, porque esta ley es el reconocimiento solemne que legitima la santidad del principio de igualdad absoluta, y no solamente de esa igualdad ante Dios pedida por Jesús, sino esa *igualdad viva* practicada en nombre del espíritu y en nombre de la carne ante la humanidad.

Obreros, ¿queréis saber cuáles son vuestros derechos en principio? Abrid el código de leyes que rige la sociedad francesa y vedlos:

Art. 1.º Los franceses son iguales frente a la ley, cualesquiera sean sus títulos y rangos.

Art. 2.º Contribuyen indistintamente, en proporción a su fortuna, en las cargas del Estado.

Art. 3.º Todos tienen acceso por igual a los empleos civiles y militares.

Art. 4.º Su libertad individual está igualmente garanti-

zada, nadie puede ser perseguido o detenido más que en los casos previstos por la ley, y en la forma prescrita por ella.

Art. 8.º Todas las propiedades son inviolables, sin otra excepción que las consideradas *nacionales*, no estableciendo la ley ninguna diferencia entre ellas.

Verdaderamente, según el espíritu y la letra de los artículos de la Carta, el obrero francés, conforme a la dignidad del hombre y del ciudadano, no tiene nada que reclamar. Si juzgamos desde el punto de vista de la Carta, su posición social es todo lo buena que pudiera desear. En virtud de un principio reconocido, goza de *igualdad absoluta*, de una completa libertad de opinión y de conciencia; se le garantiza la seguridad a su persona y a sus propiedades: ¿qué más puede pedir? Apresurémonos a decirlo, gozar de igualdad y libertad *en principio*, es como vivir sólo en *espíritu*, y si aquél que vino a traer al mundo la *ley del espíritu* habló con sabiduría al decir: «No sólo de pan vive el hombre», creo que también es inteligente decir: «No sólo de espíritu vive el hombre».

Al leer la Carta de 1830, nos sorprende una grave omisión que encontramos en ella. Nuestros legisladores constitucionales han olvidado que, antes que los derechos del hombre y del ciudadano, existe un derecho imperativo, imprescriptible, que prima y domina a todos los otros, *el derecho a vivir*. Pues bien, para el pobre obrero que no posee ni tierras, ni casas, ni capitales, ni nada absolutamente más que *sus brazos*, los derechos del hombre y del ciudadano no tienen ningún valor (y, es más, en este caso se convierten en una amarga burla hacia él), si previamente no se le reconoce *el derecho a vivir*, y, para el obrero, el derecho a vivir es *el derecho al trabajo*, lo único que puede darle la posibilidad de *comer*, y, en consecuencia, la posibilidad de vivir.

El primer derecho que posee cualquier ser al nacer es justamente el que se ha olvidado inscribir en la Carta. Es

pues este *primer derecho* el que hay que proclamar (15). Hoy la clase obrera no debe ocuparse más que de una sola reclamación, porque se fundamenta en la más estricta equidad, y porque no se puede hacer otra cosa que concederla si no se quiere faltar a los *derechos de la persona*. Pues bien, ¿qué tiene que reclamar?

EL DERECHO AL TRABAJO.

Su propiedad, la única que puede tener, son *sus brazos*. ¡Sí, sus brazos! ¡Este es su patrimonio, su única riqueza! Sus brazos son *los únicos instrumentos de trabajo* que posee. Son *su propiedad*, y a esta propiedad no se le puede, creo yo, poner en duda su *legitimidad* ni, sobre todo, su *utilidad*, porque si la tierra produce es gracias al *trabajo de los brazos*.

Negar la *propiedad de los brazos* sería no querer comprender el *espíritu* del Art. 8.º de la Carta. Sin embargo, no se pone en duda la propiedad de los brazos, y el día en que se pusiera en discusión, no habría más que una opinión al respecto. Mas, para que la clase obrera pueda gozar *con seguridad* y *con garantías* de su propiedad (como dice el Artículo 8.º), se le tiene que reconocer *en principio* (y también en la realidad) el *libre disfrute* y garantía de su propiedad. Ahora bien, el ejercicio de este libre disfrute de propiedad consistiría, para la clase obrera, en poder *utilizar sus brazos* cuando y como gustase, y para ello debe tener *derecho al trabajo*. En cuanto a la garantía de su propiedad, consiste en una sabia y equitativa ORGANIZACION DEL TRABAJO.

(15) La Convención nacional casi había reconocido el *derecho al trabajo* o, al menos, a la *asistencia pública*. La Carta no dice ni una palabra de esto.

"21. La asistencia pública es una deuda sagrada. La sociedad debe la subsistencia a los ciudadanos desgraciados, ya sea procurándoles trabajo, ya sea asegurándoles los medios de existencia a quienes no están ya en condiciones de trabajar".

(Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, 27 de junio de 1793.)

Así pues, la clase obrera tiene dos importantes reivindicaciones a hacer: 1.º EL DERECHO AL TRABAJO; 2.º LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO.

Pero aún habrá quien diga que lo que pido para la clase obrera es un imposible: ¡el derecho al trabajo! eso nunca se conseguirá. Esta reivindicación, por justa y legal que sea, será considerada como un ataque a la propiedad propiamente dicha (tierras, casas, capitales); en cuanto a la organización del trabajo, será considerada como un ataque al derecho de la libre concurrencia; y por consiguiente, como los que dirigen la máquina gubernamental son propietarios de tierras y de capitales, resulta evidente que jamás consentirán reconocer semejantes derechos a la clase obrera.

Pensemos: si, en la situación de división y aislamiento en que están los obreros, se les ocurre reclamar el *derecho al trabajo y a la organización del trabajo*, los propietarios no les harán siquiera el honor de considerar su reivindicación como un ataque: ni les escucharán. Un obrero de mérito, Adolphe Boyer, ha escrito un librito en el que reclama ambas cosas: nadie ha leído su libro. Y el desgraciado, de pena y de miseria, y acaso también con el pensamiento de que su trágico fin haría leer su libro, *se ha suicidado*. Por un corto espacio de tiempo, cuatro días, ocho días quizá, la prensa se conmovió; después, tanto el suicidio como el librito de Adolphe Boyer fueron completamente olvidados. Aunque la obra de Boyer hubiera sido perfecta, ¿quién la habría leído? ¿Quién la habría defendido? ¿Quién la habría hecho conocer? ¿Qué resultado habría tenido?... ninguno. Boyer era un pobre obrero que escribía solo, en su rincón; defendía la causa de sus pobres hermanos, es verdad, pero no estaba ligado a ellos por una idea, ni siquiera por un sentimiento, ni por un interés: tanto es así que se mató porque le faltaban 200 francos para pagar los gastos de su librito. ¿Creéis que a Boyer le habría ocurrido esto si hubiera formado parte de una amplia unión? No, indudablemente. En primer lugar, la Unión hubiese pagado los costes del libro; además, el libro habría sido leído, se habría discutido la validez de los medios que él proponía. Boyer, al ver que su trabajo era apreciado y que sus ideas podían ser útiles, habría sentido una gran satisfacción, y al sentirse alentado por sus herma-

nos, en vez de suicidarse de desesperación, Boyer habría continuado trabajando al servicio de la causa. ¡Ved qué resultados tan distintos! En medio de la división, Boyer, hombre de corazón, inteligencia y talento, *se vio forzado a suicidarse* por haber escrito un libro. Si hubiera habido unión, este mismo hombre habría vivido honrado, satisfecho, y *trabajando con valor*, precisamente por haber escrito este mismo libro.

Obreros, ya lo véis, si queréis salvaros, no tenéis más que un medio, tenéis que UNIROS.

Si os predico la UNION es porque sé la fuerza y el poder que os dará. Abrid los ojos, mirad a vuestro alrededor y ved de cuántas ventajas gozan todos los que se han UNIDO con el objetivo de servir la misma causa y los mismos intereses.

Observad cómo han procedido todos los hombres inteligentes, por ejemplo, los fundadores de religiones. Lo primero de lo que se han ocupado ha sido de UNIRSE. Moisés unió a su pueblo, y con unos lazos tan fuertes que ni el tiempo mismo pudo romperlos. Jerusalén cae, el templo es arrasado, la nación judía es destruida; el pueblo de Moisés vaga disperso por la tierra a la aventura. ¡Qué importa! Cada judío, en el fondo de su corazón, se siente *unido* por su forma de pensar a sus hermanos. De esta manera, mirad, la nacionalidad judía *no muere*, y después de dos mil años de persecuciones y de miserias sin par, el pueblo judío está todavía en pie! ¿Qué hace Jesús antes de su muerte? Reúne a sus doce apóstoles y los UNE en su nombre y por la *comunión*. El maestro muere. ¡Y qué importa! LA UNION YA ESTA CONSTITUIDA; desde entonces el espíritu del maestro *vive en la unión*, y mientras que en el Calvario Jesús, el hombre temible cuya enérgica protesta ha hecho tambalear el poder del César, expira en la cruz... en Jerusalén y en todas las ciudades de Judea, Jesucristo *vive en sus apóstoles y vive eternamente*, porque después de Juan nacerá Pedro, y después de Pedro, nacerá Pablo, y siempre así hasta el fin de los tiempos.

Doce hombres UNIDOS han establecido la *Iglesia cató-*

lica (16), vasta unión que se vuelve tan poderosa que de ella se puede decir que, desde hace dos mil años, gobierna casi toda la tierra.

Observad, en dimensiones más reducidas, reproducirse el mismo principio de fuerza: Lutero, Calvino y todos los disidentes católicos. Desde el momento que se forma entre ellos una UNION, pronto se vuelven poderosos.

Pasando a otro orden de cosas. Estalla la revolución del 89. Como un torrente que lo devasta todo a su paso, lo cambia todo, exilia, mata. Pero se construye la UNION REALISTA. Aunque aplastada por el número de sus adversarios, es tan fuerte que sobrevive a la destrucción del 93, y, veinte años después, ¡regresa a Francia con su rey a la cabeza! ¡Y frente a semejantes resultados os obstináis en permanecer en vuestro aislamiento! No, no, no podéis hacerlo sin cometer una locura.

En el 89 la clase burguesa conquistó su independencia. Su Carta, el reconocimiento de sus derechos, data de la toma de la Bastilla. Obreros, durante doscientos años o más, los burgueses han luchado valerosa y descarnadamente contra los privilegios de la nobleza y por el triunfo de sus derechos (17). Pero, llegado el día de la victoria, aunque reconocieron la igualdad de derechos para todos, de hecho acapararon para ellos solos todos los beneficios y las ventajas de esta conquista.

Después del 89 SE HA CONSTITUIDO la clase burguesa. Observad qué fuerza puede tener un cuerpo unido por los mismos intereses. Desde el momento en que SE HA CONSTITUIDO esta clase, se vuelve tan poderosa que puede apoderarse con exclusividad de todos los poderes del país. En 1830 su poder llega a su apogeo, y, sin preocuparse por las consecuencias, sentencia la inhabilitación del último rey de

(16) Las palabras Iglesia católica significan Asociación universal.

(17) En verdad, si los burgueses eran la cabeza, tenían por brazos al pueblo, del que sabían servirse hábilmente. En cuanto a vosotros, proletarios, no tenéis a nadie que os ayude. Es necesario pues, que vosotros seáis a la vez la cabeza y los brazos.

Francia*; escoge un rey para sí misma, procede a su elección sin tomar consejo del resto de la nación y, en fin, siendo de hecho soberana, se pone a la cabeza de los asuntos y gobierna el país a su guisa.

Esta clase burguesa-propietaria se representa ella misma en la Cámara y frente a la nación, no para defender sus intereses porque nadie los amenaza, sino para imponer a los 25 millones de proletarios, sus subordinados, sus condiciones. En una palabra, se constituye en juez y parte, absolutamente igual como actuaban los señores feudales a quienes derrocó. Al ser propietaria del suelo, hace las leyes de acuerdo a los productos que tiene para vender, y así regula, según su capricho, el precio del vino, de la carne y del pan que come el pueblo.

Ya lo veis, a la clase noble ha sucedido la clase burguesa, ya mucho más numerosa y más útil; falta ahora por CONSTITUIR LA CLASE OBRERA. Es imprescindible pues que los obreros, a su vez, la parte viva de la nación, formen una vasta UNION y SE CONSTITUYAN EN UNA UNIDAD. ¡Ah! Entonces la clase obrera será fuerte; entonces podrá reclamar a los señores burgueses SU DERECHO AL TRABAJO y LA ORGANIZACION DEL TRABAJO; y se harán escuchar.

La ventaja de que gozan todas las grandes corporaciones constituidas es la de poder contar para algo en el Estado, y, a ese título, tener derecho a hacerse representar. Hoy en día, la UNION REALISTA tiene su representante en la Cámara, su delegado frente a la nación para defender allí sus intereses; y este defensor es el hombre más elocuente de Francia: el señor Berryer. LA UNION COLONIAL tiene sus representantes en la Cámara, sus delegados frente a la madre patria para defender allí sus intereses. Pues bien, ¿por qué la clase obrera, después de haberse CONSTITUIDO COMO CORPORACION, ella que, ciertamente, por su número y sobre todo por su importancia, bien vale la corpora-

(*) En la revolución de 1830 fue derrocado el último "rey de Francia", Carlos X, y subió al trono Luis Felipe de Orleans, el "rey burgués", como rey de los franceses, reconociéndose así, a nivel de institución monárquica, la soberanía nacional. (N.d.T.).

ción realista y la corporación de los propietarios coloniales, no puede tener también su representante en la Cámara y su delegado frente a la nación para defender allí sus intereses?

Obreros, pensad bien en esto: lo primero de lo que tenéis que ocuparos es de haceros representar delante de la nación.

He dicho anteriormente que la UNION OBRERA gozaría de un poder real, el del dinero. ¡Efectivamente, le será fácil asignar 500.000 francos anuales, de 20 o 30 millones de francos que obtenga, para pagar generosamente a un defensor digno de servir a su causa!

No podemos poner en duda que hombres de una abnegación y talento como los de O'Connell podrían encontrarse en nuestra bella Francia, tan generosa, tan caballeresca.

Si la UNION OBRERA comprende bien su posición, entiendo bien cuáles son sus verdaderos intereses, el primer acto que emanará de ella será una LLAMADA solemne a los hombres que se sientan con bastante amor, fuerza, valor y talento para atreverse a encargarse de la causa más sagrada, la de los trabajadores.

¡Oh! ¡quién sabe cuántos corazones generosos y hombres capaces encierra todavía Francia! ¿Quién podría prever el efecto que producirá un llamamiento hecho en nombre de 7 millones de obreros que reclamen el DERECHO AL TRABAJO?

¡Pobres obreros! aislados no contáis para nada en la nación; pero tan pronto esté CONSTITUIDA LA UNION OBRERA, la clase obrera se convertirá en un cuerpo poderoso y respetable; y los hombres de mayor mérito aspirarán al honor de ser elegidos como defensores de la UNION OBRERA.

Ante la posibilidad de que la UNION se formase próximamente, echemos una rápida ojeada a los hombres que han mostrado su simpatía hacia la clase obrera, y veamos cuáles serían los más capacitados para servir la sagrada causa.

Situémonos en el punto de vista humanitario, y puesto que solamente busquemos hombres con amor e inteligencia, hagamos abstracción de las opiniones religiosas y políticas de cada uno de ellos. Por otra parte, el representante de la UNION no deberá ocuparse ni de cuestiones políticas ni

de cuestiones religiosas. Su misión se limitará a llamar la atención general sobre dos puntos: EL DERECHO AL TRABAJO para cualquier individuo, y, con vistas al bienestar de todos y todas, LA ORGANIZACION DEL TRABAJO.

Desde el advenimiento de Napoleón, Francia ha tenido generales ilustres, sabios distinguidos, artistas de mérito; pero hombres dedicados al pueblo y que comprendan lo que hay que hacer para servirle eficazmente, muy pocos. Hoy solamente se nos ocurren algunos nombres.

Gustave de Beaumont, al escribir su hermosa obra sobre Irlanda, ha dado pruebas de un gran amor por la clase pobre. Le ha hecho falta un gran valor para tantear heridas tan vivas y tan repulsivas. Dotado de una inteligencia elevada, el señor de Beaumont ha reconocido muy pronto dónde estaba la causa del mal, y cuando ha indicado el remedio a aplicar, ha dicho: Al pobre hay que concederle el derecho al trabajo o la caridad y, en fin, que se cuide de organizar el trabajo.

El señor Louis Blanc no reclama en positivo el derecho al trabajo para todos, pero aprueba la justicia de esta reclamación. Además, cree haber encontrado la forma de organizar el trabajo. No discutiremos aquí el valor de su planteamiento; es solamente su proyecto, y quedaría fuera de la misión que pretendemos cumplir. Sus títulos, hélos aquí: el señor Louis Blanc se ha consagrado desde su juventud a la defensa de los intereses del pueblo; en todos sus trabajos se encuentra al hombre que, por amor a la felicidad de la humanidad, reivindica con calor, con pasión, unos derechos para la clase más numerosa y más útil; finalmente, en su obra sobre la organización del trabajo, ha señalado con audacia los sufrimientos del pueblo, y, como único remedio, también él ha indicado la absoluta necesidad de la organización del trabajo.

El señor Enfantin: este nombre inspira a mucha gente una viva antipatía; sin embargo, hay que hacer justicia a todo el mundo, y saber ver lo bueno y lo malo que hay en cada hombre. Siendo cabeza de una escuela, ¿qué ha hecho el señor Enfantin? Ha cometido errores graves, incluso puede decirse que ha sido él, el primer discípulo de Saint-Simon, quien ha destruido, saniquilado para siempre... esta

escuela saintsimoniana, a la que se ligaban hombres tan relevantes, y que tenía sobre todas las cuestiones sociales puntos de vista tan avanzados. Pero al lado de estos errores realmente desastrosos e irreparables —hay que reconocerlo—, ha dado un gran ejemplo. El señor Enfantin ha sido el primero que ha intentado la realización del precepto de Saint-Simon, y ha proclamado también, como ley fundamental de la doctrina saintsimoniana, *la rehabilitación y la santidad del trabajo manual*. Esta rehabilitación, en sí misma, *encierra el cambio radical de la sociedad*.

El trabajo manual ha sido *despreciado* en todos los tiempos, y todavía hoy lo sigue siendo. El que trabaja con sus manos se ve rechazado con desdén en todas partes; éste es un hecho que ha penetrado las costumbres de todos los pueblos, su manera de ver las cosas e incluso sus lenguas. Desde este punto de vista, no existe más que una opinión válida: considerar el trabajo manual como *degradante, vergonzoso, y casi deshonoroso para quien lo ejerce* (18). Esto es verdad de tal forma que el trabajador *esconde* tanto como

(18) Para que los obreros no crean que hago *poesía o ficción*, voy a reproducir, en parte, un proceso extremadamente curioso que podrán leer detalladamente en la *Gaceta de los Tribunales* del 27 de julio de 1841. Verán cómo en nuestros días se aprecia el *trabajo manual*, y esto en pleno tribunal.

TRIBUNAL CIVIL DEL SENA (4.ª sala)
(Preside el Sr. Michelin)

Audiencias del 27 de junio y del 6 de julio

Doctrinas de Robert Owen. New-Harmony. Educación utilitaria.

El señor Durant-Saint-Amand, abogado del señor Phiquepal d'Ausmont, expone así los hechos de esta singular causa:

"El señor barón de Beanséjour, diputado, amigo del general La Fayette, cuyas avanzadas opiniones compartía, tenía un sobrino del que era tutor y al que tenía intención de dar una sólida educación. Lo confió a los cuidados del señor Phiquepal d'Ausmont y se comprometió a pagar por él una pensión anual de 1.200 francos.

"El señor Phiquepal, que desde hacía tiempo se consagraba a la instrucción, había aceptado con entusiasmo, y el señor de Beanséjour lo sabía, las doctrinas del célebre reformador escocés Robert Owen.

puede su condición de obrero, porque a él mismo le *humilla*. ¡Pues bien! hay que reconocer que, frente a tal estado de

"Robert Owen había fundado en New-Lanark un establecimiento agrícola dedicado a la juventud, que había adquirido un gran desarrollo y le había dado una justa celebridad. Este filósofo pronto pensó en extender aún más su sistema; resolvió llevarlo a la práctica en un territorio más vasto, y a este efecto puso los ojos sobre una región de América.

"Recibido en el congreso nacional, expone su plan, sus proyectos son aceptados, aplaudidos, alentados, y obtiene una concesión de tierras en New-Harmony, donde funda una nueva institución bajo el nombre de *Sociedad cooperativa*.

"El señor Phiquepal, imbuido de estas mismas ideas, había pensado para Francia un proyecto parecido; pero las dificultades sin número que encontró en su camino, especialmente por parte de la Universidad, que no permite que se la libere de su inflexible monopolio, detuvo sus pasos. Volvió entonces sus ojos hacia América, y, después de haber obtenido la aprobación de los padres de sus alumnos, partió con ellos para el Nuevo Continente.

"Después de una feliz travesía, el señor Phiquepal y sus alumnos llegaron a New-Harmony, situada en el distrito de Indiana, a orillas del Wabash, uno de los caudalosos ríos que riegan América del Norte. Robert Owen había adquirido allí treinta mil áreas de tierra, una parte de las cuales estaba en producción, en una aldea que podía alojar dos mil almas; prosiguió con ardor una hermosa experiencia a la que había consagrado su vida y su fortuna de varios millones. En la parte superior del edificio principal se leía esta inscripción, acaso un poco ampulosa: *Hall of sciences, Palacio de las ciencias*. Owen difundía sus doctrinas por medio de un periódico titulado: "Free-Enquirer", "la libre investigación", que redactaba con la ayuda de sus alumnos.

"Tal era pues el lugar donde el señor Phiquepal había llevado a sus alumnos; tales eran los maestros bajo cuya dirección el joven Dufour era llamado a recibir una educación que, por no parecerse en absoluto a la que le había sido dada en Europa, no era menos adecuada para hacer de él un hombre, como testimoniaba, en su correspondencia, el señor barón de Beanséjour."

Aquí el abogado analiza la correspondencia del señor de Beanséjour y de su pupilo; de ella se deduce que éste estaba perfectamente enterado de lo que pasaba en New-Harmony y del género de estudios a los que su sobrino estaba sometido, sin haber jamás manifestado ningún descontento.

cosas, el señor Enfantin ha dado pruebas de una gran fuerza y de una superioridad al enseñar a sus discípulos a

"Sin embargo, juzgando el señor Phiquepal necesaria su presencia en Francia, dejó momentáneamente New-Harmony, confiando sus alumnos a los cuidados del hijo de Owen. Llevó consigo a la señorita Frances Wright, con la que había decidido casarse, y desembarcaron en el continente a fines de 1830. La unión proyectada fue consagrada en presencia del general La Fayette.

"En esta época, las ideas del señor barón de Beauséjour emprendieron otra dirección. Quiso tener a su sobrino cerca de él y le llamó hacia el mes de julio de 1831. Por otra parte, acogió de forma muy favorable al señor y la señora Phiquepal, les entregó una obligación de 7.200 francos que saldaba la retribución adeudada al maestro.

"De regreso a Francia, el joven Dufour, colocado en el instituto comercial del señor Blanqui, dio por finalizada su educación y hoy ocupa, en la casa del impresor Everat, un puesto que le procura un sueldo anual de 6.000 francos.

"Sin embargo, al vencimiento de la obligación que había contraído, el señor barón de Beauséjour se ha negado a pagarla, y ni numerosas gestiones, ni poderosos intermediarios, han podido vencer su negativa. El señor Phiquepal se ha encontrado pues en la penosa necesidad de actuar judicialmente, de la misma manera que su sobrino. Este no se ha contentado con rechazar la demanda principal, sino que ha hecho contra el señor Phiquepal una demanda reconvenicional por 25.000 francos por daños y perjuicios, fundamentada sobre *el vicio y la insuficiencia de su educación*. Sin duda, será curioso oír cómo pretenderá justificar esta pretensión".

El abogado, al abordar la discusión, mantiene que el señor de Beauséjour sabía perfectamente que la instrucción dada a su sobrino era completamente agrícola; que conocía el género de ejercicios a los que se entregaba; que se le había dicho que su sobrino se desenvolvía mejor construyendo una cabana o dirigiendo un barco que disertando en griego o latín, y que estando enterado de todos estos hechos al suscribir la obligación de 7.200 francos, hoy no puede rehuir el pago.

En cuanto a la demanda reconvenicional de Amédée Dufour, queda refutada por la misma posición que éste ocupa en estos momentos. Si ha sido capaz de cumplirla, lo debe en gran parte a la educación que ha recibido en la colonia de New-Harmony.

El señor Flandin, en defensa del señor barón de Beauséjour, combatió la demanda principal. En una rápida discusión, estableció que el señor Phiquepal no ha cumplido en forma alguna el mandato que

honrar el trabajo manual. Después de haber escrito la ley, ha querido que la ley sea ley viva, y con esta autoridad su-

le había sido hecho. En lugar de educar el espíritu de su alumno con las letras y ciencias, le había convertido en un salvaje, en un verdadero hurón. El señor de Beauséjour no cree tener que darle las gracias por esto; sino todo lo contrario.

"En cuanto a la obligación de 7.200 francos, cuando la suscribió provisionalmente, el señor de Beauséjour no había vuelto a ver todavía a su sobrino; ignoraba todo lo que había ocurrido en New-Harmony. Viendo con placer a Amédée inducido a un viaje que podía, bien orientado, convertirse en muy provechoso, estaba muy lejos de pensar que se le llevaría a 900 leguas de distancia, al seno de una colonia bárbara. Su mantenimiento ha debido costar bien poco, en vista de los recursos y las costumbres del país. Habría pues lugar en todo caso, a reducir singularmente las pretensiones del señor Phiquepal".

El abogado Sudre toma a su vez la palabra a favor del joven Dufour, y se expresa así:

"Desde que estuvieron instalados sus alumnos, el señor Phiquepal reemprendió su educación, pero cambió totalmente su objetivo: les sometió a los trabajos más toscos. Sus ocupaciones consistían en la labranza, la herrería, la mampostería, la confección de sus vestidos y la preparación de sus alimentos; todo lo demás fue descuidado, abandonado. En cuanto a los alimentos, eran ligeros: un poco de maíz cocido en agua y convertido en galletas era lo habitual, a lo que se añadía el domingo algo de caza cuando ésta había sido buena".

"Dos años más tarde, se añadió una nueva ocupación a las que habían ocupado el tiempo de los alumnos del señor Phiquepal, desde su estancia en la colonia. Owen hijo redactaba el periódico de la nueva doctrina; esta hoja, llamada "New-Harmony Gazette", era confiada a un impresor que, al dejar la colonia, fue reemplazado por los alumnos del señor Phiquepal".

He aquí un párrafo de una carta de Amédée Dufour, que denota que, antes de volver a ver a su tío, sabía apreciar la educación que recibía del señor Phiquepal:

"Vivimos ahora en New York, a orillas de un bonito río, a cinco millas de la ciudad, en la misma casa que el señor Owen y la señorita Wright; usted debe conocerlos, al menos de reputación; redactan un periódico muy apreciado que nosotros imprimimos, mis compañeros y yo. Empiezo a conocer aceptablemente todos los aspectos de este hermoso arte. Escribo, según dicen, el inglés sin hacer muchas faltas. Espero prepararme igualmente en el francés, cuando ten-

perior que le daba su rango de jefe religioso ha obligado a sus discípulos a trabajar con sus manos, a mezclarse entre

gamos, el verano próximo, la ocasión de imprimir en esta lengua. Por lo demás, hemos aprendido muchas cosas que pueden, creo, contribuir a hacernos independientes, en cualquier situación en la que podamos encontrarnos. No me vería turbado para hacer mis zapatos, mis vestidos, mi gorra, mi pan, mi comida, mi jabón, mi mantaquilla, mi fuego, mis escobas, en una palabra, todo lo que puede contribuir al gobierno de la casa; cultivar mi jardín, mi granja, construir mi cabaña, mi barco, salvarme a nado si fuera preciso; y esto no me ha hecho mal servicio en una reciente ocasión en la que nuestro barco había sido volcado por un golpe de viento y pudimos, sin grandes esfuerzos, salvar al señor Phiquepal y a nosotros mismos".

"Desde que el señor de Beauséjour tuvo conocimiento de todas estas circunstancias, intentó aclarar la inexperiencia de su sobrino sobre el tipo de educación que se le había dado y le llamó a Francia".

"Pero la presencia del joven Dufour pronto disipó las ilusiones que su tío se había hecho. La instrucción propiamente dicha, el estudio de las lenguas antiguas y modernas, el de las ciencias, habían sido casi olvidados; fue necesario colocar al muchacho en casa del señor Blanqui, donde ha permanecido tres años, para aprender las cosas esenciales y verdaderamente útiles en la profesión en la que su tío quería situarlo".

"A partir de esto se puede concebir por qué el señor de Beauséjour se niega hoy al pago de los 7.200 francos; se comprende también que Amédée Dufour tenga fundamentos para reclamar los daños y perjuicios que siempre estarán por debajo del perjuicio que le causa la orientación viciosa de su educación".

"El señor Sudre, abogado del joven Dufour, sostiene que el señor Phiquepal ha faltado por completo en las obligaciones que le habían sido impuestas; que sus alumnos, lejos de haberle sido una carga, le han rendido importantes servicios, y procurado beneficios que han sido durante cinco años el resultado del trabajo gratuito. Intenta justificar por los hechos y la correspondencia los daños y perjuicios reclamados, y termina insistiendo sobre la necesidad de recordar, con una condena severa a los maestros, lo extenso de sus deberes y lo sagrado de sus compromisos".

El sustituto señor Bourgoïn analiza los hechos de la causa y las posibilidades de las partes. Compara el mandato confiado al señor Phiquepal con la educación que sus alumnos han recibido, y

los obreros, y a trabajar con ellos en los oficios más rudos y más repugnantes. Me parece que actos de esta importancia revelan en el señor Enfantin, al menos, un carácter muy enérgico, y su naturaleza llama la atención sobre él (19).

concluye de ello que la institución se ha alejado por completo del objetivo de su misión.

El señor barón de Beauséjour, dice el señor abogado del rey, había confiado su sobrino al señor Phiquepal para hacer de él un hombre. Esto no era pedirle demasiado; ¡pues bien! ni siquiera ha hecho de él un hombre, sino un zapatero, un labrador, un albañil, como si él perteneciera a una de estas clases en las que la trulla, la garlopa o el cepillo son hereditarios, y ha descuidado el estudio tan esencial de las artes, las ciencias, las letras, las lenguas vivas y las lenguas muertas, ¡si se puede llamar de esta manera a las lenguas que han inmortalizado tantos personajes ilustres!".

De esta forma, he aquí al abogado del rey, es decir, al hombre que representa a la sociedad, declarando que un zapatero, un labrador, un albañil, NO SON HOMBRES...

(19) Cuando escribí este pasaje sobre el señor Enfantin, ignoraba que iba a publicar un libro tratando de nuevo la cuestión de la organización del trabajo. La opinión emitida aquí respecto al señor Enfantin se refiere pues únicamente a lo que ha profesado públicamente y hecho hacer a sus discípulos en 1830, 1831 y 1832. Desde entonces ya no había vuelto a hablar ni escribir. Hoy, el señor Enfantin reaparece en escena, y se presenta como economista, como organizador, como fundador. Necesariamente debía tomar conocimiento de su nueva obra, para asegurarme, para ver si después de doce años el antiguo jefe saintsimoniano era todavía el defensor de la clase más numerosa (los proletarios) y de la clase más oprimida (las mujeres). He terminado la lectura del libro que el señor Enfantin acaba de publicar (*Colonización de Argelia*; mi sorpresa, lo confieso, ha sido grande, mi dolor profundo, al ver cómo, en 1843, doce años después de las reuniones de la calle Monsigny, el señor Enfantin comprende la organización del trabajo. ¿Podrá creerse? Hoy, para el señor Enfantin, la organización del trabajo consiste simplemente en regimientar a los obreros de forma regular. En el espíritu del señor Enfantin, las palabras organización del trabajo tienen el mismo significado que: organización del ejército. ¡Tal manera de ver las cosas es verdaderamente incalificable! ¡Dios os guarde, obreros, de una organización semejante! ¡Oh! ¡que la clase más numerosa perezca de miseria y de hambre antes que consentir

Considerant

Todavía existe otro hombre que reclama a gritos el *derecho al trabajo* y a la *organización del trabajo*: no habla en nombre de la caridad cristiana, como el señor de Beaumont; o en nombre de la libertad y de la igualdad republicanas, como el señor Louis Blanc. No: se apoya, dice él, en una base más sólida, la ciencia. Sí, en nombre de la ciencia, y de una ciencia llamada *exacta* (las matemáticas), el señor Victor Considerant, primer discípulo de Fourier, cabeza de la escuela societaria, redactor jefe del periódico «La Falange», escritor distinguido, reclama, y lo reclama como si fuera el *único medio de conseguir la salud de la sociedad*. EL DERECHO AL TRABAJO y a LA ORGANIZACION DEL TRABAJO.

El señor Victor Considerant posee una ciencia con la que piensa poder *organizar armónicamente todo el globo* a imitación de ésta, y para llegar a un resultado tan hermoso, *daros cuenta*, declara que hay que *comenzar por organizar el trabajo y reconocer a todo el mundo el derecho al tra-*

dejarse regimentar, es decir, dejarse cambiar su libertad contra la seguridad de la razón!

Las teorías expuestas por el señor Enfantin, como *bases para la constitución de un nuevo orden social*, son extremadamente *alarmantes para la conservación de nuestras libertades*, ¡a tan alto precio conquistadas! ¡Pero lo que debe tranquilizarnos es que ¡las doctrinas del señor Enfantin sobre la *regimentación* son un anacronismo de dos mil años! Desde la venida de Jesucristo ya no es posible la misma encarnación del despotismo, establecer una dominación absoluta, exigir la obediencia pasiva; en fin, atentar de una manera permanente contra la libertad de los hombres. Reyes, emperadores, todos los que lo han intentado, han fracasado. ¡Jesús fue el primero en proclamar los derechos del hombre! ¡y en 1791, la Asamblea Nacional ha ratificado esta santa proclamación!

En verdad, no se concibe cómo hoy todavía se encuentran gentes que vienen, con sangre fría y muy *seriamente*, a proponer *regimentar a hombres, mujeres y niños*. ¡Semejantes proposiciones son de ejecución tan *imposible!* son necesariamente absurdas y no pueden emanar más que de cerebros afectados de monomanía. Después de la publicación de semejante obra, es evidente que no se puede ya contar con el señor Enfantin para defender los *derechos y libertades de la clase obrera*.

bajo (20). Así, ¡he aquí a la cabeza de la escuela societaria, un hombre de la mayor inteligencia, que pide, como *único medio para regenerar a la sociedad*, la organización del trabajo! Luego, todo el problema estriba en esto. Los títulos del señor Considerant son distintos de los de los hombres citados anteriormente. El hombre de ciencia actúa con su ciencia y no con su corazón. Sin embargo, él podría ofrecer grandes ventajas. El señor Considerant es activo, habla con inspiración y con una gran convicción científica; y escribe de igual manera. También está a la cabeza de una escuela a la que pertenecen hombres de mérito y sobre los que él tiene influencia. Además, ha sabido situarse en una posición desde la que se hace escuchar por los hombres del gobierno. Si el señor Considerant fuera elegido por la UNION, eso le convertiría en alguien muy importante, lo cual a su vez le pondría en condiciones de servir poderosamente los intereses de la santa causa (21).

Ahora abordaremos una cuestión muy delicada: el importe de los honorarios que LA UNION OBRERA deberá asignar a su defensor.

Yo creo, en consideración a la importancia del objetivo a alcanzar, que desde luego es en interés de la UNION OBRERA, que ésta debe pagar muy generosamente a su defensor: por ejemplo, 200.000 francos, 300.000 francos, quizá incluso 500.000 francos al año.

Pero, se me puede argumentar, ¿cree que existe en Francia un hombre que se atreva a aceptar una suma tan elevada obtenida gracias a las pequeñas cotizaciones voluntarias de los pobres obreros? ¿No temerá ser acusado, como

(20) Véase los *Destinos sociales* —la Falange—, las obras de Fourier y de la escuela societaria.

(21) Independientemente de los hombres que acabo de citar, aún existen algunos otros que han dado muestras de una gran simpatía hacia la clase obrera, por ejemplo: los señores Pierre Leroux, Jean Reynaud, Olinde Rodrigue, Pecqueur, de Lamartine, Hippolyte Carnot, Schutzenberger, Cormenin, de Lamennais, Ledru-Rollin, etc.

¿lo es O'Connell, de convertir en *oficio y mercancía* su abnegación por el pueblo?

Es concebible que los enemigos políticos de O'Connell utilicen la táctica de agobiarle con reproches, injurias, y calumnias, por el *sueldo* que recibe de Irlanda. Animada por el odio de partido, la aristocracia inglesa quisiera arrancar a O'Connell del espíritu del pueblo irlandés, para que Irlanda *no tuviera ya defensor*. Sin embargo, la conducta de O'Connell no es sino muy leal, muy legal y conforme a las reglas establecidas por la sana moral.

Obreros, vosotros que os ganáis la vida con el sudor de la frente, ¿no comprendéis que todo trabajo merece un salario? Pues bien, ¿por qué O'Connell, que trabaja para sacar a Irlanda de su esclavitud, no puede recibir el salario merecido por sus trabajos? Y, ¿cuánto trabajo el de un hombre que da toda su vida en la defensa de la causa popular! Hay que darle más descanso: su pensamiento está ocupado sin cesar en buscar medios de defensa, de día, de noche, en cada momento está trabajando. ¿Se habla de los 2 millones que recibe O'Connell!... ¿Acaso la vida del corazón, del alma, del espíritu, puede pagarse con dinero?

Ya es tiempo de que se retribuyan los servicios según su *utilidad*.

Obreros, ¿sabéis por qué se calumnia a O'Connell, y por qué se calumniará igualmente a vuestro defensor? Voy a deciroslo: la *aristocracia* que gobierna no quiere que la *clase proletaria* forme una UNION compacta, sólida, indisoluble, no quiere que hombres de valía se conviertan en defensores *reconocidos* y *asalariados* de la clase obrera. Y es por esta razón que esta aristocracia, que da pruebas de su habilidad cuando se trata de velar por la conservación de sus privilegios, acusa a los hombres que se atreven a abrazar esta noble defensa de ser *codiciosos* y *faltos de delicadeza*.

Pero el temor a pasar por un *charlatán de la abnegación* no detendrá, con toda seguridad, al hombre realmente superior que se sentirá con fe y fuerza. Por otra parte, la posición del representante de la UNION OBRERA será muy distinta a la de O'Connell. Este ha *ofrecido* sus servicios a Irlanda; mientras que será la UNION OBRERA la que

haga un *llamamiento* al país para conseguir un defensor: ella será quien lo elegirá, ella quien fijará el importe de sus honorarios. El no tendrá más que aceptar y cumplir dignamente su mandato.

¿Qué cantidad le asignaría usted al defensor! me dirán algunos. ¿No cree usted que un hombre que amara realmente la causa de los obreros la defendería también recibiendo 25 ó 30.000 francos de paga?

Obreros, daros cuenta de que la posición de vuestro defensor será completamente excepcional. La defensa de vuestra causa, con todo lo sagrada que sea, no es cosa fácil. No abuséis: para obtener *el derecho al trabajo* y, además, *la organización del trabajo*, habrá que luchar encarnizadamente y durante mucho tiempo.

Si queréis que vuestro defensor se haga escuchar, ponedle desde el comienzo en una posición que le deje en condiciones de conseguir un gran poder. Ahora bien, para tener poder, en nuestros días, es necesaria la publicidad; y la publicidad, bajo todas sus formas, exige dinero, mucho dinero.

Si le dais 25.000 francos a vuestro defensor, ¿qué ocurrirá? que tendrá las manos atadas, como quien dice, y no podrá actuar según él crea conveniente. Pensad que es necesario que tenga acceso a todos los medios de publicidad, con sus escritos (gastos de imprenta), con los escritos de otros (gastos de colaboradores), por la prensa (gastos de anuncios), con los viajes a todas las ciudades de Francia (gastos de viajes), a través de las artes (gastos de dibujos, grabados, litografías, etc., etc.), por sus relaciones mundanas (gastos para los cuidados de una casa), en fin, la difusión por todas las vías posibles: esto significa gastos de toda clase (22).

(22) Desde el instante en que se difunde la idea, o la propuesta hecha es nueva, la multitud esencialmente rutinaria se vuelve en contra. En Inglaterra, donde O'Connell cumple desde hace quince años la misión de defensor del pueblo, se comienza a comprender que es *justo*, e incluso *indispensable*, que el hombre que consagra todo su tiempo, todas sus facultades, *toda su vida a la defensa del pueblo*, cobre de este mismo pueblo, del que vive materialmente así

Pensad bien que vuestro defensor, aparte de todas sus otras cualidades, debe ser lo que se llama *un hombre hábil*. Deberá aprovechar con tacto todas las ocasiones para utilizarlas como ayudas, y, para poder actuar de este modo con inteligencia y en gran escala, necesitará mucho dinero. El defensor, a fin de poner a salvo de cualquier sospecha su probidad, rendirá cuentas al final de cada año al comité central del empleo de los fondos que haya recibido, y si se advierte que los ha utilizado para *sus intereses particulares*, se le retirará su mandato.

Si insisto tanto en la cuestión del defensor, es porque deseo que los obreros comprendan bien la importancia que la UNION OBRERA debe poner en comenzar por hacerse *representar frente al país*.

En cuanto a los otros resultados que deberá obtener la UNION OBRERA, no los enumero aquí porque tendrán su lugar natural en el capítulo IV.

como su familia; no propongo pues para Francia algo que no exista entre nuestros vecinos.

He dicho que habría que dar 500.000 francos al defensor, para atender los gastos indispensables para el cumplimiento de su misión. Sin duda, el comité central podría reservarse la facultad de acordar los fondos que el defensor juzgase necesarios. Pero, como desde el momento en que pudiera negárselos, ocurriría que el defensor dejaría de ser responsable de la dinámica de la causa, y estaría en su derecho de achacar al comité central su falta de impulso; y, hay que comprenderlo, es de la mayor importancia que toda la responsabilidad recaiga *únicamente* sobre la cabeza del defensor.

Inmediatamente después de dar el salario al defensor, este hecho se relaciona con la constitución de la unión obrera, porque, por el solo hecho de que la clase obrera ha *elegido y pagado* un defensor, ha dado a conocer a todos que se ha *constituido como cuerpo*, y que este cuerpo es bastante poderoso, bastante rico, como para *invertir a un hombre honorable de su mandato*.

Después de lo dicho en el texto, esta larga nota sería para las tres cuartas partes de nuestros lectores *completamente innecesaria*; pero cuando hay que luchar contra las *prevenciones*, las *desconfianzas* de los unos, y los escrúpulos de los otros, todas las explicaciones son pocas.

1789 -
Revolución

POR QUE MENCIONO A LAS MUJERES

los proletarios - los P.

1989 - 2 un libro
augurio por los...

Obreros, hermanos míos, vosotros, para quienes yo trabajo con amor porque representáis la parte más viva, la más *numerosa* y la más *útil* de la humanidad, y porque con mi modo de ver las cosas yo encuentro mi propia satisfacción en servir vuestra causa, os ruego encarecidamente que tengáis a bien leer con la máxima atención este capítulo —porque falta mucho para persuadiros de ello, y os jugáis vuestros *intereses materiales* al comprender bien *por qué* menciono siempre a las mujeres designándolas como: *obreras o todas*.

A aquel cuya inteligencia está iluminada por los rayos del amor divino, el amor por la humanidad, le es fácil comprender la relación lógica de las relaciones que existen entre las causas y los efectos. Para él, toda la filosofía, toda la religión, se resumen en estas dos cuestiones: la primera, ¿cómo se puede y se debe amar a Dios y servirle bajo la perspectiva del bienestar universal de todos y de todas en la humanidad? la segunda, cómo se puede y se debe amar y tratar a la mujer, bajo esta misma perspectiva del bienestar universal de todos y todas en la humanidad. Estas dos cuestiones planteadas así son, en mi opinión, la base sobre la que debe descansar, con miras al orden natural, todo lo que se produce en el mundo moral y el mundo material (el uno se desprende del otro).

No creo que sea éste lugar para responder estas dos cuestiones. Más tarde, si los obreros me manifestaran desearlo, trataría muy gustosamente con ellos metafísica y filosóficamente cuestiones de orden más elevado. Pero, por el momento, aquí nos basta con plantear las dos cuestiones.

nes, como una declaración formal de un principio absoluto.

Sin remontarnos directamente a sus causas, limitémonos a examinar los efectos.

Hasta ahora, la mujer no ha contado para nada en las sociedades humanas. ¿Cuál ha sido el resultado de esto? Que el sacerdote, el legislador, el filósofo, la han tratado como verdadera paria. La mujer (la mitad de la humanidad) ha sido echada de la Iglesia, de la ley, de la sociedad (23). Para ellas no ha habido ninguna función en la Iglesia, ninguna representación frente a la ley, ninguna función en el Estado. El sacerdote le ha dicho: Mujer, tú eres la tentación, el pecado, el mal; tú representas la carne, es decir, la corrupción, la podredumbre. Lloro por tu condición, echa

(23) Aristóteles, menos sentimental que Platón, planteaba, sin llegar a resolverla, esta pregunta: ¿Tienen las mujeres un alma? pregunta que se dignó contestar positivamente el concilio de Mâcon, por una mayoría de tres votos. ("La Falange", 21 de agosto de 1842.)

De esta forma, con tres votos menos, se hubiera reconocido que la mujer pertenecía al reino de los animales irracionales, y siendo así, el hombre, el dueño, el señor, ¿se hubiera visto obligado a cohabitar con un animal irracional! ¿este pensamiento hace estremecer y hielar de horror!... Por lo demás, tal como están las cosas, debe ser un profundo motivo de dolor para los sabios entre los sabios, el pensar que ellos descienden de la raza mujer. Porque, si realmente están convencidos de que la mujer es tan estúpida como ellos pretenden, ¿qué vergüenza para ellos haber sido concebidos en el seno de criatura semejante, haber mamado su leche y haber permanecido bajo su tutela una gran parte de su vida! ¡Oh!, es muy probable que si esos sabios hubieran podido excluir a la mujer de la naturaleza humana, como la han excluido de la Iglesia, de la ley y de la sociedad, se hubieran ahorrado la vergüenza de descender de una mujer. Pero felizmente, por encima de la sabiduría de los sabios, está la ley de Dios.

Todos los profetas, a excepción de Jesús, han tratado a la mujer con una iniquidad, un desprecio y una dureza inexplicables. Moisés hizo decir a su Dios:

"16. Dios dijo también a la mujer: Te aquejarán infinidad de males durante tu embarazo; parirás con dolor; estarás bajo el poder de tu marido, y él te dominará. (Génesis, capítulo III).

El autor del *Eclesiastés* ha llevado el orgullo de su sexo hasta

ceniza sobre tu cabeza, enciértrate en un claustro, y allí, mortifica tu corazón, que ha sido hecho para el amor, y tus entrañas de mujer, que han sido hechas para la maternidad; y cuando hayas mutilado de esta forma tu corazón y tu cuerpo, ofrécelos ensangrentados y resecos a tu Dios para la remisión del pecado original cometido por tu madre Eva. Después, el legislador le ha dicho: Mujer, por ti misma no eres nada como miembro activo del cuer-

el punto de decir: "Más vale un hombre vicioso que una mujer virtuosa".

Mahoma dijo en nombre de su Dios:

"Los hombres son superiores a las mujeres por las cualidades con las que Dios les ha creado por encima de éstas, y porque los hombres emplean sus bienes para dotar a las mujeres.

Reprenderéis a aquellas de las que temáis desobediencia; las relegaréis en camas aparte, les pegaréis; pero tan pronto como os obedezcan, dejaréis de buscarles querrela". (Corán, capítulo IV, 38).

Las leyes de Manú (*) dicen:

"Durante su infancia, una mujer debe depender de su padre; durante su juventud, depende de su marido; al morir su marido, de sus hijos; si no tiene hijos, de los parientes más cercanos de su marido, o en su defecto, de los de su padre; si no tiene parientes paternos, del soberano: ¡una mujer no debe nunca gobernarse a su guisa!".

He aquí lo más curioso: "(Ella) debe estar siempre de buen humor".

215. La mujer no puede promover acción en justicia sin la autorización de su marido, aun cuando fuera vendedora pública, o estuviera en régimen de separación de cuerpos o de bienes.

37. Los testimonios que se presentan en actos de estado civil no podrán ser más que del sexo masculino. (Código civil).

"Uno (el hombre) debe ser activo y fuerte, el otro (la mujer) pasivo y débil". (J. J. Rousseau, *Emile*).

Esta fórmula se halla reproducida en el Código:

213. El marido debe protección a su mujer, la mujer obediencia a su marido.

(*) Manú: en el hinduismo, cada una de las individualidades de la serie de progenitores de la humanidad y autores de la sabiduría humana. El actual Manú, el séptimo, es el otorgador del Libro de las Leyes o Código de Manú. (N.d.T.).

po humanitario; no puedes esperar encontrar lugar en el banquete social. Si quieres vivir, deberás servir de anexo a tu señor y dueño, el hombre. Por lo tanto, de soltera, obedecerás a tu padre; casada, obedecerás a tu marido, viuda y anciana, no se te hará ya ningún caso. Después, el sabio filósofo le ha dicho: Mujer, ha quedado constatado por la ciencia que, por tu constitución, eres inferior al hombre (24). No tienes inteligencia, ni comprensión para las cuestiones elevadas, ni lógica en las ideas, ninguna capacidad para las ciencias llamadas exactas, ni aptitud para los trabajos serios, en fin, eres un ser débil de cuerpo y de espíritu, pusilánime, supersticiosa; en una palabra, no eres más que un niño caprichoso, voluntarioso, frívolo; durante 10 ó 15 años de tu vida eres una graciosa muñequita, pero llena de defectos y de vicios. Por esto, mujer, es necesario que el hombre sea tu dueño y tenga toda la autoridad sobre ti (25).

He aquí cómo, desde los seis mil años que el mundo existe, los sabios entre los sabios han juzgado la raza mujer.

Una condena tan terrible, y repetida durante seis mil años, podía impresionar al vulgo, puesto que la sanción del tiempo tiene mucha autoridad sobre él. Sin embargo, hay algo que debe hacernos concebir esperanzas de que se pueda recurrir ante este juicio, y es que, de la misma manera, durante seis mil años, los sabios entre los sabios han mantenido un juicio no menos terrible sobre otra raza de la humanidad: los PROLETARIOS. Antes del 89, ¿qué era el proletario en la sociedad francesa? Un villano, un patán, una bestia de carga, pechero y sujeto a prestación personal. Después llegó la revolución del 89, y, de golpe, hete aquí a los sabios entre los sabios que proclaman que la plebe se llama pueblo, que los villanos y los patanes se

(24) La mayoría de los sabios, ya sean naturalistas, médicos o filósofos, han concluido más o menos explícitamente la inferioridad intelectual de la mujer.

(25) La mujer ha sido hecha para el hombre. (San Pablo).

llaman ciudadanos. ¡En fin, proclaman en plena asamblea nacional los derechos del hombre (26).

El proletario, él, pobre obrero mirado hasta entonces como una bestia, quedó muy sorprendido al comprender que el olvido y el desprecio que se había hecho de sus derechos fueron los causantes de las desgracias del mundo.

¡Oh! quedó muy sorprendido al comprender que iba a gozar de derechos civiles, políticos y sociales, y que, finalmente, se convertía en el igual de su antiguo señor y dueño. Su sorpresa aumentó cuando se enteró de que poseía un cerebro absolutamente con la misma capacidad que el del príncipe real por herencia. ¡Qué cambio! Sin embargo, no tardó en apercibirse de que este segundo juicio manifestado sobre la raza proletaria era mucho más exacto que el primero, porque apenas se proclamó la aptitud de los proletarios para cualquier clase de funciones civiles, militares y sociales, se vio salir de sus filas a generales como ni Carlomagno, ni Enrique IV ni Luis XIV habían podido

(26) El pueblo francés, convencido de que el olvido y el desprecio de los derechos naturales del hombre son las únicas causas de las desgracias del mundo, ha resuelto exponer en una solemne declaración sus derechos sagrados e inalienables, para que todos los ciudadanos puedan permanentemente comparar los actos del gobierno con el objeto de toda institución social, y no se dejen jamás oprimir ni envilecer por la tiranía; para que el pueblo tenga siempre frente a sus ojos las bases de su libertad y de su felicidad; el magistrado la regla de sus deberes, el legislador el objeto de su misión.

En consecuencia, proclama, ante el Ser Supremo, la siguiente declaración de los derechos del hombre y del ciudadano:

1. El objetivo de la sociedad es la felicidad común. El gobierno se constituye para garantizar al hombre el disfrute de sus derechos naturales e imprescriptibles.

2. Estos derechos son la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad.

3. Todos los hombres son iguales por naturaleza y frente a la ley.

4. La ley es la expresión libre y solemne de la voluntad general.

(Convención Nacional, 27 de junio de 1793)

nunca reclutar en las filas de su orgullosa y brillante nobleza (27). Después, como por encanto, surgieron en tropel de las filas de los proletarios sabios, artistas, poetas, escritores, hombres de Estado, financieros, que dieron a Francia un esplendor que nunca había tenido. La gloria militar vino entonces a cubrirla como con una aureola; los descubrimientos científicos se enriquecieron, las artes la embellecieron; su comercio alcanzó una extensión inmensa, y en menos de 30 años la riqueza del país se triplicó. La demostración por los hechos y sin réplica. También hoy todo el mundo conviene en que los hombres nacen indistintamente con unas facultades más o menos iguales, y en que solamente deberíamos ocuparnos de *tratar de desarrollar todas las facultades del individuo con miras al bienestar general.*

Lo que ha ocurrido con los proletarios, hay que convenir en ello, es un buen augurio para las mujeres cuando les llegue su 89. Según un cálculo muy simple es evidente que la riqueza de la sociedad se cuadruplicará a partir del día en que se llame a las mujeres (la mitad del género humano) a aportar en la actividad social la suma de su inteligencia, fuerza y capacidad. Esto es tan fácil de comprender como que 2 es el doble de 1. Pero, ¡desgraciadamente! no hemos llegado todavía a este momento, y mientras esperamos ese feliz 89 constatamos lo que ocurre en 1843.

La Iglesia, que ha dicho que la mujer es *el pecado*; el legislador, que dice *que por ella misma no es nada, que no debería gozar de ningún derecho*; el sabio filósofo que afirma también que por su constitución *no tiene inteligencia*; de todo esto se ha concluido que es un pobre ser desheredado de Dios, y los hombres y la sociedad la han tratado en consecuencia.

No conozco nada tan poderoso como la lógica forzada, mecanicista, que se desprende de un principio dado o de la hipótesis que lo representa. La inferioridad de la mu-

(27) Todos los famosos generales del Imperio salieron de la clase obrera. Antes de 1789, sólo los nobles eran oficiales.

jer, una vez proclamada y dada como principio, ved qué consecuencias desastrosas ocasiona *para el bienestar universal de todos y de todas en la humanidad.*

De la creencia de que la mujer, por su constitución, carece de fuerza, de inteligencia, de capacidad, y que es poco apta para los trabajos serios y útiles, se ha concluido *muy lógicamente* que sería perder el tiempo darle una educación racional, sólida, severa, capaz de hacer de ella un miembro útil de la sociedad. Por lo tanto, se la ha educado para ser una *graciosa muñeca* y una esclava destinada a *distraer a su dueño* y a *servirle*. A decir verdad, de vez en cuando algunos hombres inteligentes, sensibles, que sufren por sus madres, por sus mujeres, por sus hijas, han clamado contra la barbarie y lo absurdo de semejante estado de cosas, y han protestado enérgicamente contra una condena tan inicua (28). Varias veces la sociedad se ha conmovido por un momento; pero, empujada por la lógica, ha respondido: ¡Pues bien! Imaginemos que las mujeres no sean lo que los sabios han creído; supongamos in-

(28) Fourier considera a la mujer, por sus sentimientos e inteligencia, muy por encima del hombre. Los saintsimonianos lo mismo.

He aquí, entre otras cosas, lo que dice Fourier:

"He encontrado en el curso de mis investigaciones sobre el régimen societario mucho más raciocinio entre las mujeres que entre los hombres; ya que ellas me han dado en varias ocasiones ideas nuevas que me han valido soluciones a problemas imprevistos.

Varias veces he debido a mujeres de las denominadas *espontáneas* (espíritus que captan rápidamente y devuelven sus ideas con exactitud, sin un paso intermedio), unas preciosas soluciones a problemas que me habían torturado el espíritu. Los hombres jamás me han supuesto ninguna ayuda de este tipo.

¿Por qué no se encuentra entre ellos esta aptitud para las ideas nuevas, exentas de prejuicios? Porque ellos tienen el espíritu envilecido, encadenado por las prevenciones filosóficas que se les ha imbuido en las escuelas. Salen de ellas con la cabeza atiborrada de principios contrarios a la naturaleza, y no pueden considerar ya con espíritu independiente una idea nueva. Si ésta discuerda de Platón o Séneca, se sublevan y anatematizan a aquél que ose contradecir al divino Platón, al divino Catón, al divino Ratón". (*La falsa industria*, pág. 526.)

cluso que tengan gran fuerza moral y gran inteligencia: ¡pues bien! en este caso, ¿para qué serviría desarrollar sus facultades, si no encontrarían *dónde emplearlas* útilmente en esta sociedad que las rechaza? ¡Qué suplicio más horrible, sentir en sí la fuerza y la capacidad de actuar y verse condenado a la inacción!

Este razonamiento es de una verdad irrefragable. También todo el mundo lo repetiría: es verdad, las mujeres sufrirían demasiado si desarrollasen las hermosas facultades con las que Dios las ha dotado, si desde su infancia se educasen para comprender bien su dignidad de ser y tener conciencia de su valor como miembros de la sociedad; jamás, no, nunca podrían soportar la condición envilecedora en que la Iglesia, la ley y los prejuicios las han situado. Vale más tratarlas como a niños y dejarlas en la ignorancia de sí mismas; sufrirán menos.

Fijáos bien y ved qué espantosa perturbación puede resultar tan sólo por haber aceptado un falso principio.

No quiero apartarme de mi tema, aunque aquí tengo una hermosa ocasión para hablar desde una perspectiva general: vuelvo a mi marco, la clase obrera.

En la vida de los obreros la mujer lo es todo. Es su única providencia. Si les falta, les falta todo. También lo dicen ellos: «La mujer es quien hace o deshace la casa», y esto es la pura verdad: por esto la frase se ha convertido en proverbio. Sin embargo, ¿qué educación, qué instrucción, qué dirección, qué desarrollo moral o físico recibe la mujer del pueblo? Ninguno. De niña, se la deja a la merced de una madre y de una abuela que, ellas mismas, no han recibido ninguna educación: una, según su temperamento, será brutal y malvada, la golpeará y la maltratará sin motivo; la otra, será débil, despreocupada, y le dejará hacer todos sus caprichos (en esto, como en todo lo que expongo, hablo en general; por supuesto, admito que hay muchas excepciones). La pobre niña se irá educando en medio de las contradicciones más chocantes, un día irritada por los golpes y los tratos injustos, al día siguiente ablandada, viciada por *mimos* no menos perniciosos.

La escuela de 2 años

En lugar de enviarla a la escuela (29), se la guardará en casa con preferencia sobre sus hermanos, porque se le saca mejor partido en las tareas de la casa, ya sea para acunar a los niños, hacer recados, cuidar la comida, etc. A los 12 años se la coloca de aprendiz: allí continúa siendo explotada por la patrona y a menudo también maltratada como cuando estaba en casa de sus padres.

Nada agría el carácter, ni endurece el corazón, ni vuelve el espíritu malvado, como el sufrimiento continuado que un niño soporta como consecuencia de un trato injusto y brutal. En primer término la injusticia nos hiere, nos aflige, nos desespera; después, cuando se prolonga, nos irrita, nos exaspera, y, al no soñar en otra cosa más que en las posibilidades de vengarnos, terminamos por volvernos nosotros mismos duros, injustos, malvados. Tal será el estado normal de la pobre muchacha de 20 años. Después se casará, sin amor, únicamente porque tiene que casarse si quiere sustraerse a la tiranía de sus padres. ¿Qué ocurrirá entonces? Supongamos que tenga cinco hijos; a su vez, por supuesto, será incapaz de educar convenientemente a sus hijos e hijas; se mostrará para con sus hijos tan brutal como su madre y su abuela lo han sido con ella (30).

(29) Me he enterado, por una persona que ha pasado unos exámenes para poder dirigir un hospicio, que, por órdenes recibidas de las altas esferas, los maestros de esta clase de escuelas deben ocuparse de *desarrollar la inteligencia de los muchachos más que la de las muchachas*. Generalmente, todos los maestros de escuela de pueblo actúan de esta misma manera con respecto a los niños que instruyen. Varios me han confesado *que recibían esta orden*. También ésta es una consecuencia lógica de la posición desigual que ocupan en la sociedad el hombre y la mujer. Existe a este respecto un dicho que es proverbial: «¡Oh! siendo mujer, ya sabe lo suficiente».

(30) Las mujeres del pueblo se manifiestan como madres muy tiernas para con los niños pequeños hasta que han alcanzado la edad de dos a tres años. Su instinto de mujer les hace comprender que el niño, durante sus dos primeros años, tiene necesidad de una solicitud continua. Pero, pasada esta edad, les tratan con brutalidad (salvo excepciones).

Mujeres de la clase obrera, observad bien, os lo ruego, que, al hacer aquí referencias a vuestra ignorancia e incapacidad para educar a vuestros hijos, no tengo ninguna intención de hacer la más mínima acusación *contra vosotras* ni *contra vuestro temperamento*. No, yo acuso a la sociedad de dejaros así de *incultas*, a vosotras, mujeres; a vosotras, madres, que, por el contrario, tenéis tanta necesidad de ser instruidas y desarrolladas, para a vuestra vez poder *instruir y desarrollar a los hombres, y niños confiados a vuestros cuidados*.

Las mujeres del pueblo, por lo general, son brutales, malvadas, a veces duras. Es verdad, pero ¿de qué proviene este estado de cosas tan poco conforme con el temperamento dulce, bueno, sensible, generoso, de la mujer?

¡Pobres obreras! ¡tienen tantos motivos para irritarse! En primer lugar, el marido. Hay que reconocerlo, existen pocos hogares obreros felices. El marido, que ha recibido más instrucción, que es *el jefe por ley*, y también *por el dinero que trae al hogar (31)*, se cree (y de hecho lo es)

(31) Hay que hacer notar que en todos los oficios ejercidos por los hombres y las mujeres, se paga por la jornada de trabajo de la obrera una *mitad menos* que la del obrero, o, si trabaja a destajo, su salario es menor en la mitad. Si no podíamos haber imaginado una injusticia tan flagrante, el primer pensamiento que se nos viene es éste: Esto se explica en razón de la fuerza muscular, el hombre hace, sin duda, el doble de trabajo que la mujer. ¡Pues bien! lector, ocurre justamente lo contrario. En todos los oficios en los que hacen falta dedos diestros y ágiles, las mujeres hacen casi el *doble* del trabajo que los hombres. Por ejemplo, en las imprentas, *para componer* (en verdad cometen muchas faltas, pero esto se debe a su falta de instrucción); en las hilaturas de algodón, hilo o seda, *para unir los hilos*; en una palabra, en todos los oficios en los que es necesaria una cierta ligereza de manos, las mujeres son excelentes. Un impresor me decía un día con una ingenuidad muy característica: "Se les paga la mitad, y es muy justo, ya que van más *rápido* que los hombres; ganarían demasiado si se les pagase al mismo precio". En efecto, se les paga, no en razón *del trabajo* que hacen, sino en razón *del poco gasto* que hacen como consecuencia de las privaciones que se imponen. Obreros, no habéis entrevisto las consecuencias desastrosas que para vosotros resultarían de una in-

may superior a la mujer, que no aporta más que el pequeño salario de su trabajo diario, y en la casa no es más que la más humilde sirvienta.

Resultado de esto es que el marido trata a su mujer, como mínimo, con profundo desprecio. La pobre mujer, que se siente humillada en cada palabra, en cada mirada que su marido le dirige, se rebela abierta o sordamente, según su carácter; de aquí surgen las escenas violentas, dolorosas, que terminan por provocar entre el *dueño* y la *sirvienta* (incluso se la puede llamar *esclava*, porque la mujer es, por así decirlo, *propiedad* del marido) un estado constante de irritación. Este estado se vuelve tan penoso que el marido, en lugar de quedarse en su casa para charlar con su mujer, se apresura a huir, y como no tiene absolutamente ningún otro lugar donde ir, va a la taberna a beber *vino tinto* con *otros maridos* no más felices que él, con la esperanza de *aturdirse* (32).

Justicia semejante hecha en detrimento de vuestras madres, de vuestras hermanas, de vuestras mujeres, de vuestras hijas. ¿Qué es lo que ocurre? Que los industriales, al ver a las obreras trabajar *más aprisa y a mitad de precio*, cada día despiden a los obreros de sus talleres y los reemplazan por obreras. ¡También el hombre se cruza de brazos y muere de hambre en la calle! De esta forma han actuado los jefes de las manufacturas en Inglaterra. Una vez se entra en esta dinámica, se termina por despedir a las mujeres para reemplazarlas por *niños de doce años*. ¡Se economiza *la mitad del salario*! Finalmente se llega a no ocupar más que a niños de *siete u ocho años*. Dejad pasar una injusticia, y estaréis seguros de que engendrará miles de ellas.

(32) ¿Por qué los obreros van a las tabernas? El egoísmo ha infligido a las clases altas, las que gobiernan, una ceguera completa. No comprenden que su fortuna, su felicidad, su *seguridad*, dependen de la mejora moral, intelectual y material de la clase obrera. Abandonan al obrero a la miseria, a la ignorancia, pensando, según la antigua máxima, que cuanto más *embrutecido* está el pueblo, más fácil es *amordazarlo*. Esto era así *antes de la declaración de los derechos del hombre*; desde entonces, pensar esto es cometer un burdo anacronismo, un grave error. Por lo demás, como mínimo, habría que ser consecuente: si se cree que es una *buena y sabia política* dejar a la clase pobre en un estado de *brutalidad*, ¿por qué

Esta forma de distracción agrava el mal. La mujer que espera la paga del domingo para hacer vivir a toda la familia durante la semana, se desespera al ver a su marido gastar la mayor parte en la taberna. Entonces su irritación llega al colmo, y su brutalidad, su maldad, se redoblan. Hay

recriminarle sin cesar sus vicios? Los ricos acusan a los obreros de ser perezosos, disolutos, borrachos; y para apoyar sus acusaciones escriben: "Si los obreros son miserables es únicamente culpa suya. Id a las puertas de la ciudad, entrad en las tabernas, las encontraréis llenas de obreros que han ido allí a beber y a perder su tiempo". Creo que si los obreros, en vez de ir a la taberna, se reúnen en grupos de siete (número que permiten las leyes de septiembre) en una habitación para instruirse en común sobre sus derechos y reflexionar sobre los medios a emprender para hacerlos valer legalmente, los ricos estarían más descontentos que de ver las tabernas llenas.

En el actual estado de cosas, la taberna es el TEMPLO del obrero; es el único lugar al que puede ir. La Iglesia, no cree en ella; el teatro, no lo comprende en absoluto. Por esto las tabernas están siempre llenas. En París, las tres cuartas partes de los obreros ni siquiera tienen domicilio: se acuestan en dormitorios alquilados; los que están de criados se alojan en graneros donde faltan el espacio y el aire, en consecuencia se ven forzados a salir de allí si quieren ejercitar un poco sus miembros y reavivar sus pulmones. ¡Vosotros no queréis instruir al pueblo, puesto que le prohibís reunirse bajo el temor de que también se instruya él, hable de política o de doctrinas sociales; no queréis que lea, que escriba, que piense, con el temor de que se rebele!... Pero ¿qué queréis que haga? Si le prohibís todo lo que compete al espíritu, está claro que, como único recurso, no le queda más que la taberna. ¡Pobres obreros! Abrumados de miserias, de penas de toda clase, ya sea en su casa o donde el patrono, o, en fin, porque los trabajos repugnantes y forzados a los que están condenados les irritan de tal forma el sistema nervioso, se vuelven a veces como locos; y, en este estado, para escapar a sus sufrimientos, no encuentran otro refugio que la taberna. También van allí a beber vino tinto, ¡medicina execrable!, pero que tiene la virtud de aturdir.

Frente a hechos semejantes, se encuentran en el mundo gentes a quienes se califica de virtuosas, religiosas, que, establecidas confortablemente en sus casas, beben, en cada comida y en abundancia, buen vino de Burdeos, añejo Chablis, excelente Champagne, y esas

que haber visto de cerca estos hogares obreros (sobre todo los pobres) para hacerse una idea de la desgracia que sufre el marido, del sufrimiento que padece la mujer. De los reproches, de las injurias, se pasa a los golpes, después a los lloros, al desaliento y a la desesperanza (33).

gentes meten hermosos rollos morales contra la embriaguez, la disipación, la intemperancia de la clase obrera!...

En el curso de los estudios que he hecho sobre los obreros (desde hace diez años me ocupo de eso), jamás he encontrado embriaguez, verdadera disipación, entre los obreros felices en su casa y que gozan de una cierta holgura. Mientras que, entre los que son desgraciados en su hogar y están sumidos en una miseria extrema, he encontrado borrachas incorregibles.

La taberna no es pues la causa del mal, sino simplemente su efecto. La causa del mal está únicamente en la ignorancia, la miseria, el embrutecimiento en que está sumida la clase obrera. Instruid al pueblo, y en veinte años los vendedores de vino tinto, que tienen tabernas en las puertas de la ciudad, cerrarán la tienda ante la falta de consumidores.

En Inglaterra, donde la clase obrera es mucho más ignorante y desgraciada que en Francia, los obreros y obreras llevan el vicio de la embriaguez hasta la demencia. (Ved a este respecto lo que dice E. Buret).

(33) Citaré en apoyo de lo que expongo aquí referente a la brutalidad de las mujeres del pueblo, y también a la excelencia de su naturaleza, un hecho que ocurrió en Burdeos en 1827, durante mi estancia en esta ciudad.

Entre las vendedoras de legumbres que tienen un puesto de venta al aire libre en la plaza del mercado, había una temida por todas las criadas, tan insolente era, mala y brutal. El marido de esta mujer era basurero, y recogía los lodos en las calles de la ciudad. Una noche regresó y la comida no estaba preparada. Se suscitó una disputa entre el marido y la mujer. De las injurias, el marido quiso llegar a la vía de los hechos y le dio una bofetada a su mujer. Esta, que en el preciso momento cortaba la comida con un gran cuchillo de cocina, exasperada por la ira, se abalanzó sobre su marido con el cuchillo en la mano y le atravesó el corazón. Este cayó muerto en redondo. La mujer fue llevada a prisión.

Al ver a su marido muerto, esta mujer tan brutal, tan malvada, se vio atenazada por un dolor tan grande, un arrepentimiento tan grande, que, a pesar de su crimen, inspiró a todo el mundo no solamente compasión sino incluso respeto. Fue fácil establecer que

Después de las agudas tristezas causadas por el marido, vienen a continuación los embarazos, las enfermedades, la falta de trabajo y la miseria, la miseria, que siempre está clavada en la puerta como una cabeza de Medusa. Añadid a todo esto la irritación permanente causada por cuatro o cinco niños chillones, revoltosos, fastidiosos, que están dando vueltas alrededor de la madre, y esto es la pequeña habitación del obrero, donde no hay lugar para

había sido el marido quien la había provocado; que el homicidio había sido cometido en un momento de ira, pero sin ninguna premeditación. Su dolor era tal que se temía por su vida, y, como alimentaba a un niño de cuatro meses, el juez de instrucción, intentando calmarla, le dijo que podía tranquilizarse porque sería absuelta. Pero cuál fue la sorpresa de todos los asistentes cuando oyeron las palabras que esta mujer gritaba: "¡Yo, absuelta! ¡Ay! señor juez, ¿qué se atreve usted a decir?... Si se absuelve a una miserable como yo, no habrá ya ninguna justicia sobre la tierra".

Se utilizaron todos los razonamientos para hacerle comprender que no era en absoluto una *criminal*, puesto que no había tenido la intención de cometer un homicidio. "¡Ah! ¿Qué importa la intención —repetía— si hay en mí una brutalidad que me lleva tan pronto a desgraciar a uno de mis hijos como a matar a mi marido? ¿No soy un ser peligroso, incapaz de vivir en la sociedad?" Al fin, cuando quedó bien convencida de que sería absuelta, esta mujer, ignorante, sin la menor educación, tomó una resolución digna de los hombres más fuertes de la República romana. Declaró que quería hacerse justicia ella misma y que iba a *dejarse morir de hambre*... ¡Y con qué fuerza, con qué dignidad, ejecutó esta terrible sentencia de muerte pronunciada por ella misma! Su madre, su familia, sus siete hijos, fueron a suplicarle llorando que consintiera en vivir para ellos. Ella le entregó su niño de pecho a su madre diciéndole: "Enséñales a mis hijos a sentirse felices por haber perdido una madre semejante, porque, en un momento de brutalidad, podría matarlos como he matado a su padre". Los jueces, los sacerdotes, las mujeres del mercado, y muchas personas de la ciudad, fueron a su lado para suplicarle *en favor de ellos*. Se mantuvo inquebrantable. Entonces se intentó otro medio: se puso en su habitación pasteles, frutas, productos lácteos, vino, carnes; incluso se llegó a hacer asar aves que se le llevaban muy calientes, para que el olor la incitara a comer. "Todo lo que hagáis es inútil, —repetía con mucha sangre fría y dignidad—; una mujer que es lo suficientemente brutal para matar al padre de sus siete hijos debe morir, y yo moriré". Sufrió horribles torturas sin lamentarse y, el séptimo día, expiró.

moverse. ¡Oh! Haría falta ser un ángel bajado a la tierra para no irritarse, no convertirse en brutal y malvada en semejante situación. Y entretanto, en tal ambiente familiar, ¿qué es de los niños? No ven a su padre más que por la noche y el domingo. Este padre, siempre irritado o borracho, no les habla más que enfurecido, y no reciben de él más que injurias y golpes; oyendo a su madre lamentarse continuamente, le cogen odio, desprecio. En cuanto a su madre, la temen, la obedecen, pero no la aman; pues el hombre está hecho así, no puede amar a los que le maltratan. ¡Y no es pues ya una gran desgracia para un niño no poder amar a su madre! Si tiene pena, ¿al seno de quién irá a llorar? Si por atolondramiento, o incitación de otros, ha cometido algunas faltas graves, ¿a quién podrá confiarse? No teniendo ningún atractivo quedarse cerca de su madre, el niño buscará todos los pretextos para alejarse de la casa materna. Las peores compañías son fáciles de encontrar, para las muchachas como para los muchachos. Del callejco se pasará al vagabundo, y a menudo del vagabundo al robo.

Entre las desgraciadas que pueblan las casas de prostitución..., y los desgraciados que gimen en los presidios, cuántos se encuentran que pueden decir: «Si hubiéramos tenido una madre *capaz de educarnos*, desde luego que no estaríamos aquí».

Lo repito, la mujer lo es todo en la vida del obrero: como madre, tiene acción sobre él durante toda su infancia; de ella, únicamente de ella, saca las primeras nociones de esta ciencia de adquisición tan importante, la ciencia de la vida, la que nos enseña a vivir en la forma conveniente para nosotros y para los demás, según el medio donde la suerte nos ha situado (34). Como amante, tiene acción sobre él

(34) He aquí cómo "La Falange" del 11 de septiembre de 1842 se expresa respecto a un artículo extremadamente notable de "La Prensa":

"La Prensa" ha tomado el sabio camino de dejar las vanas querellas sobre la pequeña sesión, sobre el carácter de los votos de la encuesta y de la ley de regencia, sobre la conversión del señor Thiers, y se ha puesto a estudiar las cuestiones que van a someterse a los

he
p
e
m
vi
de
or

durante toda su juventud, ¡y qué poderosa acción podría ejercer una muchacha bella y amada! Como esposa, tiene acción sobre él las tres cuartas partes de su vida. Finalmente, como hija, tiene acción sobre él en su vejez. Observad que la posición del obrero es completamente distinta que la del ocioso. Si el hijo del rico tiene una madre incapaz de educarle, se le pone en pensión o se le procura un aya. Si el muchacho rico no tiene amante, puede ocupar su corazón y su imaginación en el estudio de las bellas artes o de la ciencia. Si el hombre rico no tiene esposa, no le faltará encontrar distracciones en el mundo. Si el anciano rico no tiene hija, encuentra algunos viejos amigos o jóvenes sobrinos que consienten muy gustosamente en venir a jugar su partida de bostón, mientras que el obrero, al que todos los placeres están prohibidos, tiene por toda alegría, por todo consuelo, la compañía de las mujeres de su familia, sus compañeras de infortunio. De esta posición resulta que sería de la mayor importancia, desde el punto de vista de la mejora intelectual, moral, y material de la clase obrera, que las mujeres del pueblo reciban desde su infancia una educación racional, sólida, apta para desarrollar todas las buenas inclinaciones que hay en ellas, con el fin de que puedan convertirse en obreras hábiles en su oficio, en buenas madres de familia capaces de edu-

consejos generales... Hay muchos niños que aún están privados de instrucción, y 4.496 municipios no tienen escuelas. Para dejar sin pretextos a los padres, para triunfar sobre la despreocupación y la negativa de algunos consejos municipales, el publicista de "La Prensa" propone suprimir la retribución mensual pagada por los alumnos, y pide que el establecimiento y mantenimiento de todas las escuelas dejen de estar a cargo de los municipios y, en lo sucesivo, queden inscritos en el presupuesto del Estado. Nosotros siempre hemos dicho que la sociedad debe la educación a todos sus miembros, y es extremadamente deplorable que el gobierno de un país ilustrado no se preocupe al mismo, y con rigor, de que la infancia esté rodeada de todos los cuidados necesarios para su desarrollo. Citamos el final del artículo de "La Prensa". Las reflexiones de este periódico sobre la instrucción de las mujeres son justas y le honran. Nosotros hemos protestado en todas las ocasiones contra este odioso y estúpido abandono de un sexo entero del que es culpable nuestra sociedad

car y guiar a sus hijos y ser para ellos, como dice «La Prensa», *repetidores naturales y gratuitos de las lecciones de la escuela, y con la finalidad de que puedan servir también de agentes moralizadores a los hombres sobre los que tienen acción desde su nacimiento hasta su muerte.*

¿Empezáis a comprender, vosotros, hombres, que ponéis el grito en el cielo antes de querer analizar la cuestión, por qué reclamo yo *derechos para la mujer?* ¿comprendéis por qué quisiera que se la situase en la sociedad en un pie de *igualdad absoluta* con el hombre, y que gozase de ello en virtud del *derecho legal que todo ser tiene al nacer?*

Reclamo derechos para la mujer porque estoy convencida de que *todas las desgracias del mundo provienen de este olvido y desprecio que hasta hoy se ha hecho de los derechos naturales e imprescriptibles del ser mujer.* Reclamo derechos para la mujer porque es el *único medio de que se preste atención a su educación, y porque de la educación de la mujer depende la del hombre en general,*

llamada *civilizada* y realmente *bárbara* bajo muchos puntos de vista.

"Junto a esta importante reforma, hay otra, quizá más urgente, que los consejos generales deben recomendar igualmente a la administración y a las Cámaras, nos referimos a la organización de las escuelas primarias para las muchachas. ¿No es extraño que un país como Francia, que se considera a la cabeza de la civilización, que intenta demostrarlo extendiendo a todas las clases de ciudadanos las luces de la instrucción, que abre por todas partes escuelas para los niños y escuelas para sus maestros, descuide de forma tan absoluta de educar a las mujeres, las primeras maestras de la infancia? Este olvido no es solamente una injusticia, es una impudencia, es un fallo. ¿Qué resulta, en efecto, de la ignorancia de la mayoría de las madres de familia? Que cuando sus hijos llegan a los cinco años a la escuela, llevan una cantidad de malas disposiciones, de creencias absurdas, de falsas ideas, que han mamado con la leche materna; y el maestro tiene más trabajo para hacérselas olvidar, para destruirlas en su espíritu, que para enseñarles a leer. Pues, en definitiva, *cuesta más tiempo y dinero, consumir una injusticia y tener malos alumnos, que dar instrucción a las mujeres y, al mismo tiempo, hacer obreras más hábiles, amas de casa más útiles, y repetidoras naturales y gratuitas de las lecciones de la escuela.*"

Proletaria y, particularmente, la del hombre del pueblo.

Reclamamos derechos para la mujer porque es el único medio para obtener su rehabilitación frente a la Iglesia, frente a la ley y frente a la sociedad, y porque hace falta esta rehabilitación previa para que los mismos obreros sean rehabilitados. Todos los males de la clase obrera se resumen con dos palabras: miseria e ignorancia, ignorancia y miseria. Ahora bien, para salir de este dedaño no veo más que un medio: comenzar por instruir a las mujeres, porque las mujeres son las encargadas de educar a los niños varones y hembras.

Obreros, en el actual estado de las cosas, sabéis lo que ocurre en vuestros hogares. Tú, hombre, el dueño que tienes derecho sobre tu mujer, ¿acaso vives con ella con el corazón contento? di: ¿eres feliz?

No, no; es fácil ver que, a pesar de tu derecho, no estás contento ni feliz.

Entre el dueño y el esclavo, no puede haber más que la fatiga del peso de la cadena que los une el uno al otro. Allá donde la ausencia de libertad se hace sentir, la felicidad no puede existir.

Los hombres se quejan sin cesar del humor desabrido, del carácter artero y sordamente malvado que manifiesta la mujer en casi todas sus relaciones. ¡Ah! yo tendría la peor opinión de la raza mujer si, en el estado de abyección en que la ley y las costumbres las han dejado, las mujeres se sometiesen al yugo que pesa sobre ellas sin proferir un susurro. ¡Gracias a Dios no es así! su protesta, desde el comienzo de los tiempos, ha sido permanente. Pero desde la declaración de los derechos del hombre, acto solemne que proclamaba el olvido y el desprecio que los hombres nuevos hacían de ellas, su protesta ha adquirido un carácter enérgico y violento, que demuestra que la exasperación de la esclava ha llegado a su colmo (35).

Obreros, vosotros que sois sensatos y con quienes se

(35) Leed la Gaceta de los Tribunales. Allí, frente a los hechos, hay que analizar la exasperación que manifiestan hoy en día las mujeres.

puede razonar, porque no tenéis, como dice Fourier, el espíritu atiborrado de un montón de normas, ¿queréis suponer por un momento que la mujer sea de derecho la igual del hombre? ¡Pues bien! ¿qué resultaría de esto?

1.º Que, desde el instante en que ya no se temiera a las consecuencias peligrosas que conlleva necesariamente, en su actual estado de servidumbre, el desarrollo moral y físico de las facultades de la mujer, se la instruiría con mucho cuidado, con el fin de sacar el mejor partido posible de su inteligencia y de su trabajo; 2.º Que vosotros, hombres del pueblo, tendríais por madres obreras hábiles, ganando buenos jornales, instruidas, bien educadas y muy capacitadas para instruirlos, para educaros bien, a vosotros, obreros, como conviene a hombres libres; 3.º Que tendríais por hermanas, por amantes, por esposas, por amigas, mujeres instruidas, bien educadas, y cuyo trato diario sería para vosotros de lo más agradable: porque nada es más grato, más suave para el corazón del hombre, que la conversación con las mujeres cuando son instruidas, buenas, y charlan con discernimiento y benevolencia.

Hemos echado una ojeada a lo que ocurre actualmente en los hogares obreros; veamos ahora lo que ocurriría en estos mismos hogares si la mujer fuera la igual del hombre.

El marido, al saber que su mujer tiene derechos iguales a los suyos, no la trataría ya con el desdén, el desprecio que se muestra con los inferiores; al contrario, la trataría con este respeto y deferencia que se concede a los iguales. Entonces ya no habría motivos de irritación para la mujer, y, una vez destruida la causa de la irritación, la mujer ya no se mostrará ni brutal, ni artera, ni desabrida, ni colérica, ni exasperada, ni malvada. Al no vérsela ya en la casa como la sirvienta del marido, sino más bien como la asociada, la amiga, la compañera del hombre, naturalmente se interesará por la asociación y hará todo lo que pueda para hacer fructificar el pequeño hogar. Teniendo conocimientos teóricos y prácticos, empleará toda su inteligencia en llevar su casa con orden, economía y juicio. Instruida y conocedora de la utilidad de la instrucción, pondrá toda su ambición en educar bien a sus hijos, los instruirá ella misma con amor, vigilará sus trabajos esco-

lares, los colocará en aprendizaje en casa de buenos patronos; en fin, los guiará en todo con solicitud, ternura y discernimiento. ¡Cuánta será entonces la satisfacción del corazón, la seguridad del espíritu, la felicidad del alma del hombre, del marido, del obrero que tenga una mujer así! Encontrando en su mujer inteligencia, sensatez, elevadas miras, podrá charlar con ella sobre temas serios, comunicarle sus proyectos, y, de acuerdo con ella, trabajar para mejorar todavía más su posición. Halagada por su confianza, ella le ayudará en sus empresas y asuntos, con sus buenos consejos o con su actividad. El obrero, que estará él mismo instruido y bien educado, hallará un gran encanto en instruir y desarrollar a sus hijos pequeños. Los obreros, por lo general, tienen muy buen corazón, aman mucho a los niños. ¡Con qué ánimo trabajará este hombre toda la semana, cuando sepa que debe pasar el domingo en compañía de su mujer, a la que amará, de sus dos hijitas traviesas, cariñosas, juguetonas, y de sus dos muchachos ya instruidos y que podrán charlar con su padre de temas serios! ¡Con qué ardor trabajará este padre dos horas más cada día para ganar 10 francos además de su paga ordinaria, para poder regalar a sus hijitas un bonito gorro, y a sus hijos un libro, un grabado o cualquier otra cosa que sepa que les debe gustar! ¡y estos regalitos con qué arrebatos de alegría serían recibidos! ¡y qué felicidad para la madre ver este amor recíproco entre el padre y los hijos! está claro que, bajo esta suposición, la vida de familia sería para el obrero lo más deseable. Al encontrarse bien en su casa, feliz y satisfecho en la compañía de su buena y anciana madre, de su joven mujer y de sus hijos, no se le ocurriría la idea de dejar su casa para ir a *distraerse* a la taberna, lugar de perdición donde el obrero malgasta su tiempo, su dinero, su salud, y embrutece su inteligencia. Con la mitad de lo que un borracho gasta en la taberna, toda una familia de obreros que viva unida, podría, en verano, ir a cenar al campo. A las gentes que saben vivir sobriamente les hace falta muy poca cosa. Allí los niños respirarían el aire libre, serían muy felices corriendo con su padre y su madre, que se harían niños para divertirles; y, por la noche, la familia, con el corazón con-

tento y los miembros un poco descansados del trabajo de la semana, regresaría a la casa muy satisfecha de la jornada. En invierno, la familia iría a un espectáculo. Estas diversiones ofrecen una doble ventaja, instruyen a los niños mientras les divierten. De un día pasado en el campo, y una velada en el teatro, ¡cuántos temas de estudio puede encontrar una madre inteligente para instruir a sus hijos!

En las condiciones que acabo de pintar, el hogar, en vez de ser causa de ruina para el obrero, sería, por el contrario, causa de bienestar. ¿Quién no sabe cuánto triplica, cuadruplica las fuerzas del hombre el amor y la satisfacción del corazón? Lo hemos podido ver en algunos raros ejemplos. Ha ocurrido que un obrero, que adoraba a su familia y se le había puesto en la cabeza dar una educación a sus hijos, hacía, para alcanzar este noble objetivo, el trabajo que tres hombre *no casados* no habrían podido hacer. Después venía el capítulo de las privaciones. Los solteros gastan con largueza; no se privan de nada. Qué nos importa, dicen, después de todo podemos beber y vivir alegremente, puesto que no tenemos que *alimentar a nadie*. Mientras que el hombre casado que ama a su familia encuentra satisfacción en privarse por ella y vive con una frugalidad ejemplar.

Obreros, esta pequeña descripción, apenas esbozada, de la posición que gozaría la clase proletaria si la mujer fuera reconocida *la igual del hombre*, debe haceros reflexionar *sobre el mal que existe y sobre el bien que podría existir*. Esto debe haceros tomar una importante determinación.

Obreros, no tenéis el poder de abrogar las antiguas leyes y hacer otras nuevas, no, sin duda; pero tenéis el poder de protestar contra la iniquidad y lo absurdo de las leyes que obstaculizan el progreso de la humanidad y que os hacen sufrir, *a vosotros*, más especialmente. Por lo tanto, podéis, incluso esto es un *deber sagrado*, protestar enérgicamente de pensamiento, con palabras y con escritos, contra todas las leyes que os oprimen. Ahora bien, tratad de comprender bien esto: la ley que *esclaviza a la mujer y la priva de instrucción*, os oprime también *a vosotros, hombres proletarios*.

Para educarle, instruirle y enseñarle la ciencia del mundo, el hijo del rico tiene *ayas e institutrices sabias, hábiles rectoras, y en fin, hermosas marquesas, mujeres elegantes, espirituales, cuyas funciones, en la alta sociedad, consisten en encargarse de la educación de los hijos de familia que salen del colegio. Es una función muy útil para el bienestar de estos señores de la alta nobleza. Estas damas les enseñan a tener cortesía, tacio, finura, flexibilidad de espíritu, buenas maneras; en una palabra, les convierten en hombres que saben vivir, en hombres como es debido. Por poca capacidad que tenga un joven, si tiene la suerte de estar bajo la protección de una de estas mujeres amables, ha hecho su fortuna. Puede estar seguro de ser embajador o ministro a los treinta y cinco años. Mientras que vosotros, pobres obreros, no tenéis más que a vuestra madre para educaros, para instruiros; para hacer de vosotros hombres que sepan vivir, no tenéis más que a las mujeres de vuestra clase, vuestras compañeras de ignorancia y de miseria (36).*

No es en nombre de la *superioridad de la mujer* (como no faltará quien me acuse de ello) por lo que os hablo de reclamar los derechos para la mujer; realmente no. Primero, antes de discutir *sobre su superioridad*, es necesario que *sea reconocida su propia persona social*. Me apo-

(36) Acabo de demostrar que la ignorancia de las mujeres del pueblo tiene las consecuencias más funestas. Sostengo que la emancipación de los obreros es imposible en tanto que las mujeres permanezcan en este estado de embrutecimiento. Su situación detiene cualquier posible progreso. En ocasiones yo he sido testigo de escenas violentas entre el marido y la mujer. A menudo he sido víctima de ellas, recibiendo las injurias más groseras. Estas pobres criaturas, que no ven más allá de su nariz, como se suele decir, se enfurecían con el marido y conmigo porque el obrero perdía algunas horas de su tiempo ocupándose de ideas políticas o sociales. "¿Qué necesidad tienes de ocuparte de cosas que no te competen? —exclamaban—, piensa en ganar con qué comer y deja marchar al mundo como quiera".

Es cruel decirlo, pero conozco desgraciados obreros, hombres de buen corazón, inteligentes y de buena voluntad, que no pedirían nada más que consagrar su domingo y sus pequeños ahorros al ser-

yo sobre una base más sólida. En nombre de *vuestro propio interés, hombres; en nombre de vuestra mejora, la vuestra, hombres; en fin, en nombre del bienestar universal de todos y de todas os comprometo a reclamar los derechos para la mujer, y, entre tanto, que se les reconozcan al menos en principio.*

A vosotros, obreros, que sois las víctimas de la desigualdad de hecho y de la injusticia, a vosotros os toca establecer al fin sobre la tierra el reino de la justicia y de la igualdad absoluta entre la mujer y el hombre.

Dad un gran ejemplo al mundo, ejemplo que demostrará a vuestros opresores que queréis triunfar por el derecho, y no por la fuerza bruta; ¡vosotros, a pesar de que sois 7, 10, 15 millones de proletarios, que podríais disponer de esta fuerza bruta!

Y mientras reclamáis la justicia para vosotros, demostrad que sois justos, equitativos; proclamad, vosotros, los hombres fuertes, los hombres de *brazos desnudos*, que reconocéis a la mujer como a vuestra igual, y que, a ese título, le reconocéis un derecho igual a los beneficios de la UNION UNIVERSAL DE LOS OBREROS Y OBRERAS.

Obreros, quizá dentro de tres o cuatro años tengáis vuestro primer palacio, preparado para recibir a 600 ancianos y 600 niños. ¡Pues bien! proclamad en vuestros estatutos,

vicio de la causa, y que, por tener paz en sus casas, esconden a su mujer y a su madre que vienen a verme y que me escriben. Estas mismas mujeres me detestan, hablan horrores de mí y, sin el miedo a la cárcel, serían capaces de llevar su celo hasta el punto de venir a injuriarme a mi casa y pegarme, y todo esto porque yo cometo el gran crimen, dicea, de meter en la cabeza de sus hombres ideas que les obligan a leer, a escribir, a hablar entre ellos, todas esas cosas inútiles que hacen perder tiempo". ¡Esto es deplorable! Sin embargo, he encontrado algunas mujeres capaces de comprender las cuestiones sociales y que demuestran ser abnegadas.

(*) Elementos de la plebe revolucionaria urbana durante la revolución francesa. Así como los "sans culottes" correspondían, aproximadamente, al artesanado pobre, la designación de "bras nus" se aplicaba, en términos generales, al naciente proletariado de la industria capitalista. (N.d.T.).

que se convertirán en VUESTRA CARTA, los derechos de la mujer, junto con la igualdad. Que quede escrito en VUESTRA CARTA que se admitirá, en los palacios de la UNION OBRERA, para recibir allí educación intelectual y profesional, un número igual de MUCHACHAS y de MUCHACHOS.

Obreros, en 1791, vuestros padres proclamaron la inmortal declaración de los DERECHOS DEL HOMBRE, y a esta solemne declaración debéis el ser hoy en día *hombres libres e iguales* en derechos frente a la ley. ¡Honor a vuestros padres por esta gran obra! Pero, proletarios, os queda a vosotros, hombres de 1843, una obra no menor que llevar a cabo. A vuestra vez *liberad a las últimas esclavas* que aún quedan en la sociedad francesa; proclamad los DERECHOS DE LA MUJER, y en iguales términos que vuestros padres han proclamado los vuestros, decid:

«Nosotros, proletarios franceses, después de cincuenta y tres años de experiencia, reconocemos estar debidamente esclarecidos y convencidos de que el olvido y el desprecio que se ha hecho de los derechos naturales de la mujer son las únicas causas de las desgracias del mundo, y hemos resuelto exponer en una declaración solemne, inscrita en nuestra Carta, sus derechos sagrados e inalienables. Queremos que las mujeres sean informadas de nuestra declaración, para que no se dejen ya oprimir y envilecer por la injusticia y la tiranía del hombre, y para que los hombres respeten en las mujeres, sus madres, la libertad y la igualdad de la que ellos mismos gozan.

1.º Debiendo ser el objetivo de la sociedad la felicidad común del hombre y de la mujer, LA UNION OBRERA garantiza al hombre y a la mujer el disfrute de sus derechos de obreros y de obreras.

2.º Estos derechos son: la igualdad para la admisión en los PALACIOS de la UNION OBRERA, sea como niños, heridos o ancianos.

3.º Para nosotros, siendo la mujer la igual al hombre, por supuesto las muchachas recibirán, aunque de forma distinta, una instrucción tan racional, tan sólida, tan extensa en ciencia moral y profesional como los muchachos.

Obreros, podéis estar seguros de ello, si tenéis la su-

ficiente equidad, justicia, para inscribir en vuestra Carta las pocas líneas que yo acabo de trazar, esta declaración de los derechos de la mujer pasará pronto a las costumbres; de las costumbres a la ley, y antes de veinticinco años veréis escrito al comienzo del código de leyes que regirá la sociedad francesa: LA IGUALDAD ABSOLUTA del hombre y de la mujer.

Entonces, hermanos míos, y solamente entonces, la UNIDAD HUMANA se habrá CONSTITUIDO.

¡Hijos del 89, he aquí la obra que vuestros padres os han legado!

IV

PLAN DE LA UNION UNIVERSAL DE LOS OBREROS Y OBRERAS

Voy a dar aquí una ligera idea del camino que sería conveniente seguir si se quiere constituir prontamente y sobre bases sólidas la UNION OBRERA.

Que quede bien entendido que no tengo la pretensión de trazar un plan definitivo del que no habrá que apartarse en absoluto. No pienso que un plan trazado así *por adelantado* pueda nunca realizarse. Cuando se está trabajando, y solamente entonces, es posible apreciar bien los medios más apropiados para llevar a bien la empresa. Proyectar, resolver, afirmar teóricamente es, en mi opinión, dar pruebas de una gran ignorancia de las dificultades de la puesta en práctica.

Sin embargo, como es natural que quien ha concebido una idea, la capte en toda su extensión y comprenda todos los desarrollos que puede comportar, creo un deber, para allanar muchas dificultades, exponer algunas bases que podrán servir para cimentar la organización de la UNION OBRERA.

Para que se puedan encontrar con mayor facilidad los párrafos que sean necesarios consultar, he determinado numerarlos. Quizá esta fórmula parecerá un poco insólita puesto que no es mi intención redactar aquí unos estatutos, pero en esto, como en el resto del trabajo, le ruego al lector que no olvide que he querido, y, en efecto, no me he preo-

cupado más que por *el fondo*. He aprendido que para tratar bien cuestiones parecidas, hacía falta limitarse a ser clara, lacónica, y no retroceder ante ciertos detalles sin prestarse a cuidar el estilo; la elegancia de las formas literarias habría perjudicado mi propósito. Deseando *convencer*, debía emplear *la lógica*; ahora bien, la lógica es enemiga jurada de las formas llamadas *poéticas*. Por esto he evitado con sumo cuidado servirme de esta forma que gusta, pero que en definitiva *no demuestra nada*, y que deja al lector *encantado pero no convencido*.

Queriendo hacer mi idea todavía más clara, he dividido *el esbozo* de este proyecto en partes y he situado al comienzo un sumario en el que se podrá comprender de una ojeada sus puntos principales.

SUMARIO: I. CÓMO DEBEN PROCEDER LOS OBREROS PARA CONSTITUIR LA UNION OBRERA. II. CÓMO DEBE PROCEDER, DESDE EL PUNTO DE VISTA MATERIAL, LA UNION OBRERA. III. DESDE EL PUNTO DE VISTA INTELECTUAL. IV. EMPLEO DE LOS FONDOS. V. CONSTRUCCIÓN DE LOS PALACIOS. VI. CONDICIONES PARA LA ADMISIÓN EN LOS PALACIOS, PARA LOS ANCIANOS, LOS HERIDOS Y LOS NIÑOS. VII. ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO EN LOS PALACIOS. VIII. EDUCACIÓN MORAL, INTELECTUAL Y PROFESIONAL A DAR A LOS NIÑOS. IX. RESULTADOS QUE NECESARIAMENTE DEBERÁ TENER ESTA EDUCACIÓN.

I. CÓMO DEBEN PROCEDER LOS OBREROS PARA CONSTITUIR LA UNIÓN OBRERA.

1. Los obreros deben comenzar por formar en sus respectivas sociedades *de compañerismo, de unión, de socorro mutuo, etc.* (37), uno o varios comités (según el número

(37) Las sociedades de París y sus suburbios son doscientas treinta y seis, comprendiendo quince mil ochocientos cuarenta suscriptores, y que tienen en caja alrededor de tres millones. (*De la condición de los obreros de París, de 1789 hasta 1841, pág. 254*).

ro de socios) compuestos por 7 miembros (5 hombres y 2 mujeres (38), elegidos entre los *más capacitados*.

2. Estos comités no podrán recibir ninguna cotización: provisionalmente su función se limitará a hacer inscribir, en un *gran libro de registro*, el sexo, la edad, el nombre, la dirección, la profesión, de todos los que quieran convertirse en miembros de la UNION OBRERA, y el importe de la cotización que cada cual querrá suscribir.

3. Para tener derecho a inscribir su nombre en el libro, será necesario *demostrar* que efectivamente se es obrero u obrera (39). Y nosotros entendemos por obrero y obrera cualquier individuo que *trabaje con sus manos* sin importar de qué forma. De esta manera, los criados, los porteros, los mozos, los labradores y toda la gente llamada *peones*, serán considerados como obreros. Deberá exceptuarse solamente a los *militares* y a los *marinos*. He aquí el por qué de esta excepción: 1.º El Estado acude en ayuda de los militares y de los marinos mediante la *caja* de los inválidos; 2.º, los militares que no saben hacer más

(38) Si no admito en los comités un número igual de hombres y mujeres es porque se ha constatado hasta hoy que las mujeres obreras están mucho menos *instruidas* y menos *desarrolladas* intelectualmente que los hombres obreros. Pero, caro está, esta desigualdad no será más que *transitoria*.

(39) LA UNION OBRERA, procediendo en nombre de la UNIDAD UNIVERSAL, no debe hacer *ninguna distinción* entre los obreros nacionales y los obreros y obreras pertenecientes a no importa qué nación de la tierra. Así, para todo individuo considerado *extranjero*, los beneficios de la UNION serán absolutamente *los mismos* que para los franceses.

LA UNION OBRERA deberá establecer en las principales ciudades de Inglaterra, Alemania, Italia, en una palabra, en todas las capitales de Europa, unos *comités de correspondencia*, para que los obreros y obreras de todas las naciones europeas puedan hacerse inscribir en los registros de la UNION OBRERA como *miembros* de la UNION. Deberán tomarse respecto a los comités de correspondencia las mismas precauciones que para los de Francia. El importe de estas cotizaciones será enviado al comité central, y cada miembro de la UNION tendrá derecho a la admisión ya sea para él, o para sus hijos, por turno correspondiente.

que un *trabajo destructivo*, y los marinos un *trabajo de mar*, no podrían, ni los unos ni los otros, encontrar en qué *ocuparse útilmente* en los palacios de la UNION OBRERA.

4. Sin embargo, como los soldados y los marinos pertenecen a la clase obrera, y por ello tienen *derecho* a formar parte de la UNION OBRERA, se les inscribirá en un libro *aparte* bajo el título de *hermanos*. Podrán cotizar para hacer admitir *a sus hijos* en los palacios. En un tercer libro se inscribirá, bajo el nombre de *miembros simpatizantes*, a todas las personas que quieran cooperar en la prosperidad de la clase obrera.

5. En ningún caso el *mendigo de profesión* podrá inscribir su nombre en el libro. Pero los obreros que se han inscrito en la *oficina de caridad* y que reciben ayudas porque *su trabajo es insuficiente para hacer vivir a su familia*, no podrán ser excluidos. La desgracia es respetable; la pereza sola envilece, degrada, y se la debe rechazar sin piedad.

6. Con miras a la Unión, es necesario, y *es de la mayor importancia*, que los obreros se impongan como un *deber*, como una *misión*, el emplear toda la influencia de que gozan entre las obreras, sus madres, mujeres, hermanas, hijas y amigas, con el fin de comprometerlas a unirse a ellos. Tienen que entusiasmarlas y acompañarlas ellos mismos al comité para que pongan su firma en el gran libro de la Unión. Esta es una hermosa misión para los obreros.

7. Tan pronto todos los obreros y obreras estén *representados* por comités *nombrados por ellos*, estos comités elegirán en su seno un *comité central* para toda Francia; su sede será *París* o *Lyon* (aquella de estas dos ciudades donde haya más obreros). Este comité estará compuesto por 50 miembros (40 hombres y 10 mujeres) elegidos entre los *más capacitados*.

8. Que quede bien entendido que no se deberá esperar a que toda la clase obrera esté representada por comités para nombrar el *comité central*. Así, para París, bastará que esté representado un número conveniente de obreros y

de obreras para que se proceda a la elección del comité central (40).

9. A partir de que esté elegido el comité central, estará constituida la UNION OBRERA.

II. CÓMO DEBE PROCEDER LA UNION OBRERA DESDE EL PUNTO DE VISTA MATERIAL.

10. El primer acto del comité central debe ser: dar la orden a todos los comités correspondientes de hacer remitir a los notarios o banqueros designados (uno por distrito) los grandes libros de registro en los que se habrán escrito los nombres y las cotizaciones, para que cada miembro de la UNION OBRERA pueda ir a abonar en *manos seguras*, *domingo* o *lunes* por la mañana, el importe de su cotización (41).

(40) Hay en París 275.000 obreros de todas las edades y sexos; a este número hay que añadir los 50.000 constituidos por los porteros, sus mujeres y sus hijos, los criados de ambos sexos, así como los mozos recaderos. Se puede evaluar en 50.000 los obreros y las obreras, lavanderas o modistas que trabajan en su casa o van a jornal. Sumando estas cifras se obtiene por resultado de 335.000 a 350.000 obreros. (*De la condición de los obreros en París*, pág. 234).

(41) Algunas personas podrán quedar espantadas con la idea de percibir 14 millones mediante pequeñas cotizaciones de 2 francos. Sin embargo, nada sería más fácil, por ejemplo, para los obreros *con un trabajo fijo* (decididamente se puede incluir en esta categoría a la mitad) y que trabajan en empresas de patronos amigos del orden y que comprenden que del bienestar de la clase obrera depende la prosperidad del país (y, digámoslo también, estos patronos son la mayoría), estos obreros, digo, podrían entenderse con sus patronos para que entregasen a manos de los recaudadores de la UNION OBRERA los 2 francos de cotización de cada uno. De esta manera, no habría ninguna perturbación ni para el obrero, ni para el recaudador. En cuanto a los obreros que no trabajan de forma regular con los mismos patronos, queda claro que la percepción de su cotización no podrá realizarse tan fácilmente, y dará más trabajo a los recaudadores por las idas y venidas, pero, en definitiva, la cosa es *facilísima*.

Por lo demás, en este aspecto, se podrá seguir la orientación de

11. Para la contabilidad que exigirán las sumas abonadas permanentemente, se imitará, tanto como sea posible, la organización de las *cajas de ahorros*.

12. Se nombrarán, para ir a percibir las cotizaciones a los talleres y a domicilio, hombres que recibirán un salario, pero que estarán obligados a dar una fianza.

13. El segundo acto del comité central debe ser: buscar entre los miembros de la UNION, o fuera de ella, cuatro personas, hombres o mujeres, que ofrezcan garantías: 1.º de tener buen corazón y abnegación; 2.º de inteligencia y capacidad; 3.º de un conocimiento real del espíritu y de la posición material de la clase obrera; 4.º de una actividad y una elocuencia adecuadas para lograr una influencia sobre los obreros. El comité central investirá a estas cuatro personas de plenos poderes y las enviará a recorrer toda Francia. Se les dará el título de ENVIADOS DE LA UNION OBRERA. La misión de los enviados será: formar en todas las ciudades, pueblos, burgos y caseríos, comités organizados *absolutamente sobre la misma base que los de París*.

14. El comité central asignará a los enviados un sueldo anual, por esta misión, o una suma suficiente para sus viajes.

15. Con el fin de simplificar tanto como sea posible la acción administrativa, y también de hacer la vigilancia más activa y más fácil, los comités de las ciudades pequeñas, burgos y caseríos, se cartearán con las *ciudades cabeza* (42) de su departamento, y los comités de estas ciu-

lo que O'Connell y el comité director han establecido para Irlanda, y allí las percepciones presentan todavía mayores dificultades puesto que se reciben *cinco céntimos a la semana*. Las sociedades religiosas han establecido en todas partes estos tipos de cotizaciones; los fieles dan *cinco céntimos por semana, treinta al mes, etc., etc.*, y todas las pequeñas cantidades con las que los sacerdotes de todas las religiones hacen cosas tan grandes, se perciben, ya sea por los miembros de las cofradías o por cualquier sacerdote, sin la menor dificultad.

(42) La *ciudad-cabeza* será la que tenga más obreros.

dades-cabeza rendirán cuentas al comité central de las operaciones hechas por los pequeños comités.

16. En cuanto a la manera de reunir las cotizaciones y hacerlas llegar al comité central, nada más fácil. A medida que los notarios reciban fondos, los depositarán en casa de los recaudadores generales de sus ciudades, y éstos los harán llegar al comité central. De esta manera, se podrá transportar de un extremo de Francia a otro sumas considerables con muy pocos gastos (43).

17. En lo concerniente al empleo de los fondos, me abstendré, de momento, de decir nada sobre ello. Confieso que tengo el espíritu demasiado positivo para hacer cálculos sobre algo que *todavía no existe*. Provisionalmente el comité central se verá obligado a colocar los fondos que reciba en rentas pagadas por el Estado, para que no se pierda el interés del dinero.

18. Se nombrarán tres inspectores generales, cuya misión será vigilar las operaciones financieras del comité central; y, al final de cada año, publicarán a este objeto un informe que deberá distribuirse a todos los comités de la UNION.

19. Estas pocas líneas bastan, creo yo, para dar una idea de la organización material que yo concibo para la UNION OBRERA. Ahora pasemos a la parte intelectual.

III. DESDE EL PUNTO DE VISTA INTELECTUAL.

20. He dicho, en el segundo capítulo, que la UNION OBRERA debía comenzar por *hacerse representar ante el país*. Pues bien, tan pronto como haya sido constituida materialmente, deberá proceder al *nombramiento de su defensor*. Pero, se me dirá, cómo nombrar un defensor si no hay dinero en caja para pagarle. ¡Oh! en una circunstancia parecida creo que el comité central puede muy bien pedir seis meses o un año de *crédito* a su defensor. Es probable que, el primer año, no se le puedan dar 500.000 fran-

(43) Como la provincia deberá casi siempre a París, el papel respecto a esta ciudad ganará antes que perderá.

cos al defensor; pero el comité central no debe detenerse frente al obstáculo de la falta de dinero. ¿Cuál es pues el hombre que osaría negar crédito a una UNION OBRERA que lo haya elegido para defender la santa causa? Ni uno, estad seguros de ello. En seguida el defensor comprenderá muy bien que su sola nominación hará venir a la UNION OBRERA 2, 3 ó 4 millones de obreros que no vendrían sin esta nominación. Sí, porque no olvidéis que este defensor, nombrado y asalariado por la UNION, será la prueba viva de que la clase obrera está realmente bien constituida. Desde entonces, ya no se podrá poner en duda su fuerza, su poder, y una vez reconocidos su fuerza y su poder, los obreros incrédulos, indiferentes (y éstos son el mayor número), no dudarán ya, y, llenos de esperanza, vendrán a aportar su cotización. Esta es la historia del negocio que ha triunfado: *todo el mundo quiere coger acciones*; es la historia de los carneros de Panurge (*): si el pastor puede conseguir hacer pasar una docena, *el resto pasa solo*. Así pues, hay que nombrar al defensor, nombrarlo inmediatamente, y, lo repito, si se titubea, si se aplaza, la UNION se atrasaría 50 años.

21. Tan pronto haya sido nombrado el defensor, el comité central deberá hacer un llamamiento al Rey de los franceses, en su calidad de jefe del Estado; a los miembros del clero católico, como jefes de una religión que se apoya en un principio completamente democrático; a la nobleza, considerándola como lo que la nación encierra de más generoso y caritativo; a los amos de fábricas, que deben su fortuna al trabajo de los obreros; a los financieros, que deben las riquezas que poseen al trabajo de los obreros, trabajo que ha dado valor al dinero; a los propietarios, que deben su fortuna a los obreros, cuyo trabajo ha dado valor a la tierra; finalmente, a los burgueses quienes, ellos también, viven y se enriquecen por el trabajo de los obreros.

22. Estos llamamientos tendrían una doble finalidad:

(*) Panurge, personaje de las obras de Rabelais, compañero inseparable del gigante Pantagruel, hace que se precipite al mar todo un cargamento de corderos arrojando por la borda uno solo y siguiéndole todos los demás. (N.d.T.).

1.º hacer llegar sumas de dinero a la caja de la UNION OBRERA, por las donaciones voluntarias que serían la expresión de la gratitud de las clases llamadas superiores hacia la clase obrera. Estas sumas de dinero acelerarían la construcción de los palacios de la UNION OBRERA. 2.º Estos donativos y las negativas de donativos harían conocer cuáles son las clases que simpatizan con la UNION OBRERA, o cuáles desaprueban su formación. ¡Pues bien! en la época en que vivimos, es muy importante para la clase obrera saber exactamente a qué atenerse sobre la simpatía o antipatía que le profesan las otras clases de la sociedad.

23. He aquí el bosquejo de estas especies de llamamientos tal como yo los concibo. El comité central puede modificar su redacción, si lo juzga necesario.

24. LLAMADA AL REY DE LOS FRANCESES, como jefe nombrado por la nación (44).

Señor,

Los antiguos reyes de Francia contraían, al aceptar el título de Rey, la obligación sagrada de defender valerosamente la nación, de la cual eran los jefes militares, contra todo ataque enemigo. En aquellos tiempos de guerra Francia pertenecía de hecho a dos clases privilegiadas, la nobleza y el clero. Señores, barones, nobles y obispos eran los jefes religiosos, militares y civiles, ellos solos gobernaban a la plebe a su voluntad y según su capricho. Siervos, villanos, patanes e incluso burgueses, sufrían su dominación. El despotismo de estos señores hacía pesar sobre la plebe muchos dolores y sufrimientos... Sin embargo, al recibir de su dueño latigazos, el siervo recibía también pan para su alimentación, vestidos para cubrirse, madera para calentarse y un asilo para ponerse a cubierto.

Señor, hoy las cosas han cambiado. Ya no hay rey de Francia, ni barones, ni obispos. El pueblo ya no recibe

(44) Rey (del latín *rex, regis*, hecho de *regere*, regir, gobernar), aquel que, en un reino, ejerce el poder soberano (Diccionario).

Jefe, el que está a la cabeza, que manda, que dirige, que conduce, etc., etc. (Diccionario).

latigazos; es libre, y todo el mundo es igual frente a la ley, sí, pero en ausencia de la organización del trabajo, ¡está expuesto a morir de hambre!

En 1830, los representantes de la nación juzgaban que en una época de paz, de libertad, de igualdad y de trabajo, no habría ya necesidad de un jefe militar, sentenciaron la inhabilitación del último rey de Francia, y en plena Cámara de diputados eligieron un rey de los franceses (45).

Señor, al aceptar el título de *Rey de los franceses*, habéis contraído la obligación sagrada de defender los intereses de todos los franceses. Señor, así pues en nombre del mandato que habéis recibido del pueblo francés la UNION OBRERA viene a advertir a vuestra Majestad que los sufrimientos de la clase más numerosa y más útil os han sido ocultados. La UNION OBRERA no pide ningún privilegio, solamente reclama el reconocimiento de un derecho que se le ha denegado, y sin cuyo goce su vida no está segura; reclama el DERECHO AL TRABAJO.

Señor, como jefe del Estado, podéis tomar la iniciativa con una ley. Podéis proponer a las Cámaras una ley que conceda a todos y a todas el DERECHO AL TRABAJO.

Señor, al reconocer que los derechos de la clase más numerosa deben, en interés general, prevalecer sobre todos los intereses fraccionales, los únicos que hasta ahora se han hecho oír, escribiréis un deber del que ninguno de vuestros sucesores intentará alejarse; aseguraréis al trono de Julio el más firme apoyo, a Francia el mayor grado de poder y riqueza, a la nación el más hermoso carácter moral; porque la estabilidad del trono, el poder y la riqueza de Francia, la belleza moral del carácter nacional, la prosperidad de la nación entera, dependen del grado de instrucción profesional y moral de la clase más numerosa y más útil.

Como jefe del Estado, podéis dar una brillante señal de simpatía y de gratitud a la UNION OBRERA. Señor, sois propietario de varios magníficos dominios situados en el suelo francés; podríais immortalizar vuestro nombre ofre-

(45) Luis Felipe I, elegido rey de los franceses el 9 de agosto de 1830.

ciendo a la UNION OBRERA, como señal de vuestra simpatía y de vuestra gratitud hacia la clase más numerosa y más útil, uno de vuestros más hermosos dominios, para que construya allí su primer palacio. Una reina de Inglaterra ha donado su propio palacio para que los viejos marinos, que labraron la riqueza y la gloria de su imperio, tuvieran un asilo donde morir en paz (46); Luis el Grande hizo construir los Inválidos; al rey ciudadano corresponde elevar el primer palacio de la UNION OBRERA.

Señor, actuando de esta manera, daríais un grande y saludable ejemplo que, en el porvenir, cualquier Jefe de Estado se verá forzado a imitar. Este acto de generosidad será la proclamación de que el deber de los reyes es ocuparse fundamentalmente de la defensa de los intereses de la clase más numerosa y más útil.

25. AL CLERO CATÓLICO.

Sacerdotes católicos,

La UNION OBRERA viene a pedir os vuestra ayuda, vuestro concurso, vuestro apoyo.

Cansados de luchas y de reacciones violentas, los proletarios franceses buscan hoy un remedio a su miseria en la fraternidad y la UNION. Sacerdotes católicos, sed para ellos, en esta gran obra, los apóstoles de Jesucristo. Ayudad con vuestra influencia, con vuestro poder, a la clase obrera que os hace un llamamiento, y, a su vez, ella os ayudará a reconstruir vuestra Iglesia sobre bases sólidas. Sacerdotes católicos, no podéis existir más que bajo la condición de actuar en virtud del principio que representáis: la democracia. Predicando para el pueblo, seréis poderosos, venerados; mientras que, predicando para los ricos, seréis débiles y despreciados. Declararos pues, abiertamente, los defensores de la clase más numerosa y más útil. Este es vuestro deber, esta es vuestra santa misión: Sacerdotes católicos, mostraos dignos de ella.

(46) La reina Elisabeth donó su palacio de Greenwich para hacer allí un hotel de los inválidos a los marinos.

En nombre de Cristo, vuestro maestro; en nombre de los apóstoles, que han instituido la Iglesia católica predicando, con peligro de su vida, la igualdad, la fraternidad, la UNION; en nombre de los Padres de la Iglesia, que, atendiendo sólo a su deber, prohibían la entrada al templo a emperadores manchados con la sangre de sus pueblos; en nombre de los pontífices de la edad media que excomulgaban a los reyes opresores de sus súbditos; en nombre de aquellos célebres oradores, vuestros oráculos, Bossuet, Massillon, Bourdaloue, el padre Bridaine, que hacían temblar a los grandes del mundo hablándoles de los terribles juicios de Dios que conmovían su orgullo, y humillaban el fasto de los príncipes al recordarles, con voz severa, que el primer deber del cristiano es la caridad hacia los pobres; ¡en nombre de todo este pasado católico tan poderoso, tan bello, tan brillante en la historia, os pide la UNION OBRERA que de nuevo para ella seáis *sacerdotes cristianos!*

Sabemos que la palabra *Iglesia católica* significa *asociación universal*; que la palabra *comunión* significa *fraternidad universal*; sabemos que la Iglesia católica tiene como base el principio de la UNIDAD, y como objetivo la fusión de todos los pueblos, para hacer del mundo un gran cuerpo religioso y social. Sacerdotes católicos, a vosotros os toca realizar los grandes pensamientos de UNIDAD expuestos por Cristo y sus apóstoles. Pensadlo bien, no podéis llevar a cabo esta obra más que convirtiéndoos en los sacerdotes de la clase *más numerosa y más útil*. ¡Pues bien! la UNION OBRERA persigue absolutamente el mismo objetivo que la Iglesia católica. La UNION OBRERA quiere la paz, la fraternidad, la igualdad entre todos y todas, la UNIDAD HUMANA. Sacerdotes católicos, si sois realmente hombres de paz y *verdaderos católicos*, vuestro lugar está entre el pueblo. Caminad con él y a su cabeza.

Vosotros, sacerdotes, que tenéis amplias iglesias donde se reúne la población de las ciudades y de los campos; vosotros que, desde lo alto de vuestro púlpito, podéis hablar a los ricos y a los pobres, predicad pues a unos la *justicia*, y a otros la *unión*.

Tenéis que comprender bien tan sólo una cosa, que los proletarios no piden *limosna* a los 10 millones de propie-

tarios. No, reclaman el *derecho al trabajo* para, seguros de poder ganar siempre su *pan*, no ser ya envilecidos, degradados por la limosna que los ricos les echan con desdén.

Sacerdotes católicos, si queréis podéis acelerar la construcción del primer palacio de la UNION OBRERA. Para esto, no tenéis más que predicar *la unión y la fraternidad* en la humanidad y la igualdad entre todos y todas.

¡Qué hermosa misión! ¡Oh! entonces tendréis *derecho* al amor del pueblo, a su reconocimiento, a sus ofrendas, a sus bendiciones; porque entonces realmente seréis los *sacerdotes del pueblo*.

26. A LA NOBLEZA FRANCESA.

Nobleza francesa,

Nosotros, pobres proletarios, que venimos siendo de padres a hijos servidores vuestros, sabemos por experiencia que, en vosotros, se mantiene por *casta* la generosidad. Por eso la UNION OBRERA viene con toda confianza a pedirnos vuestra cooperación para edificar *su primer palacio*. Vosotros, nobles señores, que vivís en las ciudades en vuestras amplias y magníficas residencias, que poseéis en toda Francia castillos dignos de ser residencias reales, vosotros que vivís con un fausto principesco ¿os negaríais a donar unas pequeñas ofrendas provenientes *de lo que os sobra* a los trabajadores que labran vuestras tierras, tejen vuestras ricas telas de terciopelo y de seda, cultivan vuestros magníficos invernaderos, para que tengáis sobre vuestra mesa, en cualquier estación, hermosos frutos y bellas flores, cuidan vuestros bosques, vuestros caballos y vuestros perros para que podáis obtener el placer de la caza, en una palabra, trabajan 14 horas al día para que podáis gozar *a buen precio* de todas las superfluidades del lujo más refinado?

No, sin duda no os negaréis. Uno de vuestros mayores méritos es saber dar. La UNION OBRERA recibirá con gratitud las graciosas ofrendas que tendréis a bien enviarle para su primer palacio.

27. A LOS AMOS DE FÁBRICAS.

Señores y patronos,

Haciéndonos trabajar vivís vosotros y vuestras familias como banqueros ingleses. Amasáis riquezas más o menos considerables. Nosotros, trabajando para vosotros, apenas tenemos para vivir y alimentar a nuestra pobre familia. Esto está en el orden de lo legal. Observad también que no re-
criminamos; no os acusamos; solamente constatamos lo que ocurre. Por fin hoy los obreros conocen la causa de sus males, y, como quieren detenerlos, se han UNIDO.

La UNION OBRERA ha creído que debía hacer un llamamiento a la generosidad de los patronos. Ha pensado que los señores amos de fábricas, convencidos en alma y conciencia de la gratitud que deben a la clase obrera, se sentirían felices de poder ofrecerle una muestra de su simpatía. La UNION OBRERA, animada por sentimientos puramente fraternales y por intenciones completamente pacíficas, tiene razones para poder contar con el apoyo de los señores patronos. Viene también a pedirles con toda confianza su *patrocinio real* y su cooperación activa. Si los señores patronos quisieran ofrecer a la UNION OBRERA donativos, en dinero o en especie, sus ofrendas, de la clase que fueran, serían recibidas con gratitud.

28. A LOS FINANCIEROS, PROPIETARIOS Y BURGUESES.

Sería la misma carta que se acaba de leer en cuanto al fondo, con algunas variantes en la forma.

29. Finalmente el comité central debería hacer un último llamamiento, el que yo tendría más en cuenta (47), a las mujeres. Ved aquí cómo lo concibo yo:

(47) Puede juzgarse cuánto pueden las mujeres, cuando quieren, por lo que acaba de ocurrir con respecto al desastre de Pointe-à-Pitre. La reina, a la cabeza, y todas las grandes damas de la Corte

30. LLAMAMIENTO A LAS MUJERES DE TODAS LAS CLASES, DE TODAS LAS EDADES, DE TODAS LAS OPINIONES, DE TODOS LOS PAÍSES.

Mujeres,

Vosotras, en quienes el alma, el corazón, el espíritu, los sentidos, están dotados de una tal impresionabilidad que, sin saberlo vosotras, tenéis una lágrima para todos los dolores, un grito para todos los gemidos, un impulso sublime para cada acción generosa, una abnegación para cada sufrimiento, una palabra de consuelo para todos los afligidos; mujeres, vosotras que sois devoradas por la necesidad de amar, de actuar, de vivir; vosotras que *buscáis por todas partes* un objetivo para esta ardiente e incesante actividad del alma que os vivifica y os consume, os atormenta, os mata; mujeres, permaneceréis silenciosas y siempre *escondidas*, cuando la clase más numerosa y más útil, vuestros hermanos y hermanas los proletarios, los que trabajan, sufren, lloran y gimen, vienen a pedirnos, con las manos suplicantes, que les ayudéis a salir de la miseria y de la ignorancia!

Mujeres, la UNION OBRERA ha puesto los ojos en vosotras. Ha comprendido que no podría tener unos auxiliares más abnegados, más inteligentes, más poderosos. Mujeres, la UNION OBRERA tiene derecho a vuestra gratitud. Es la primera que ha reconocido en principio los derechos de la mujer. Hoy vuestra causa y la suya se convierten pues en comunes. Mujeres de la clase rica, vosotras que sois instruidas, inteligentes, que gozáis del poder que da la educación, el mérito, el rango, la fortuna; vosotras que podéis influenciar a los hombres que os rodean, vuestros hijos, vuestros criados y los trabajadores, vuestros su-

se pusieron a trabajar con sus manos con una actividad increíble. Organizaron *cuestaciones*, loterías; y, en fin, ¡las hemos podido ver transformarse en *vendedoras en las tiendas* para ejercer la caridad! (Ver el "Journal des Débats" del 30 de abril.)

bordinados, prestad vuestra poderosa protección a los hombres que no tienen a favor suyo más que la fuerza de su número y su derecho. A su vez, los hombres *de brazos desnudos os apoyarán*. Estáis oprimidas por las leyes, los prejuicios; UNIOS a los oprimidos, y por esta legítima y santa alianza podremos luchar legalmente, lealmente, contra las leyes y los prejuicios que nos oprimen.

Mujeres, ¿qué misión desempeñáis en la sociedad? Ninguna. ¡Pues bien! si queréis ocupar dignamente vuestra vida, consagra la al triunfo de la más santa de las causas: la UNION OBRERA.

Mujeres que sentís en vosotras el fuego sagrado que se llama fe, amor, abnegación, inteligencia, actividad, convertíos en *predicadoras* de la UNION OBRERA.

Mujeres escritoras, poetas, artistas, escribid para instruir al pueblo, y que la UNION sea el texto de vuestras canciones.

Mujeres ricas, suprimid todas estas frivolidades en vuestro arreglo personal que absorben sumas enormes y aprended a utilizar de forma más útil y generosa vuestra fortuna. Haced donativos a la UNION OBRERA.

Mujeres del pueblo, hacéos miembros de la UNION OBRERA. Obligad a vuestras hijas, a vuestros hijos, a inscribirse en el libro de la UNION.

Mujeres de toda Francia, de toda la tierra, empeñad vuestra gloria en convertirnos abierta y públicamente en las *defensoras* de la UNION.

¡Oh mujeres! hermanas nuestras, ¡no permanezcáis sordas a nuestro llamamiento! Venid a nosotros, necesitamos vuestro *socorro*, vuestra *ayuda*, vuestra protección.

Mujeres, en nombre de vuestros *sufrimientos* y de los *nuestros* os pedimos cooperación para nuestra gran obra.

31. El comité central podría hacer también un llamamiento a los artistas. En general, son muy generosos. Podrían aportar su cooperación para la construcción del primer palacio y decorarlo con sus cuadros y estatuas. Los artistas dramáticos y los músicos podrían dar representaciones y conciertos *en beneficio* de la UNION OBRERA, cuyo importe serviría para comprar bloques de mármol, telas,

pinturas, y todo lo que fuera necesario proporcionar a los artistas para la ejecución de sus trabajos.

32. El comité central deberá revestir con un carácter de legalidad y solemnidad la forma en que se entreguen estas especies de llamamientos. En primer lugar, *deben haberlos asumido con sus firmas todos los comités de Francia*. A continuación, el comité central irá a pie con la bandera a la cabeza (48) ante el rey. Allí, un hombre y una mujer, dándose la mano, en *señal de unión*, presentarán el llamamiento al rey. Después, un hombre y una mujer que serán portadores de un gran libro (libro de los donativos), lo presentarán al rey para que escriba en él, de su puño y letra, los donativos que quiera hacer a la UNION OBRERA. A continuación, el presidente de la UNION OBRERA rogará al rey que tenga a bien presentar a los diputados de la UNION OBRERA a la reina y a las damas de la familia real, para que escriban sus nombres y sus donativos a continuación de los del rey.

33. Al salir de la residencia real, el comité central, acto seguido, redactará una especie de informe de todo lo que se ha dicho y hecho durante esta visita al castillo. Los cincuenta miembros del comité firmarán este redactado, y se hará imprimir de inmediato el llamamiento adjuntando el informe en número 500.000 ejemplares. El comité central enviará a todos los comités de Francia un cierto número de ejemplares que serán distribuidos por igual y *gratuitamente* en toda Francia.

34. Se deberá proceder de la misma forma con todos los otros llamamientos. El comité se dirigirá al palacio arzobispal para presentar, con las mismas formas, el libro de los donativos al arzobispo de París; después a los principales miembros de la nobleza francesa residentes en París; se hará lo mismo respecto a los artistas, los amos de fábricas, los banqueros, los grandes propietarios y los burgueses representados por sus corporaciones respectivas, Cá-

(48) LA UNION OBRERA deberá adoptar en su bandera el color blanco (la *unidad*). Su divisa será: UNION OBRERA, que *reclama el derecho al trabajo y la organización del trabajo*.

maras de comercio, notarios, procuradores judiciales, etc., etcétera. En cuanto a las mujeres: como en la sociedad actual no pueden disponer de su fortuna (aparte de las viudas y solteras mayores de edad), el comité, al no poder dirigirse a ellas, les hará saber que podrán encontrar en la oficina del comité central un *libro especial* donde podrán escribir sus nombres y sus donativos.

35. Lo repito, el comité central incurriría en un *grave error* si descuidase el atraer hacia la UNION OBRERA la simpatía de todas las clases de la sociedad.

IV. SOBRE EL EMPLEO DE LOS FONDOS.

Los primeros fondos provenientes de las cotizaciones serán empleados: 1.º, para pagar los gastos hechos en la compra de los libros de registro y otros pequeños desembolsos de este género; 2.º, para alquilar un local y amueblarlo muy sencillamente, para que el comité central tenga un lugar de reunión; 3.º, para hacer frente a todos los gastos de todas las impresiones consideradas útiles; 4.º, para dar a los *enviados* las sumas necesarias para sus viajes después de hecho el cálculo; 5.º, para pagar a los recaudadores; 6.º, para asignar una cantidad al defensor; 7.º, para la compra de una propiedad de 100 a 150 hectáreas de superficie de tierra; 8.º, para la construcción del primer palacio; 9.º, para su amueblamiento; 10.º, para el aprovisionamiento completo para el consumo general *de un año*.

37. La propiedad que se comprará debe reunir como condiciones: 1.º, estar situada cerca de la ciudad sede del comité central. Como cuestión de salubridad no podrá estar alejada menos de 8 kilómetros, y por una cuestión de comodidad no podrá estar alejada más de 24 kilómetros de ella (49); 2.º, deberá estar emplazada en un bonito paraje, aireado y salubre; la tierra deberá ser *muy buena*; 3.º, tiene que haber allí *agua corriente*.

(49) Con los ferrocarriles, esta distancia no representa más que una media hora.

V. CONSTRUCCIÓN DE LOS PALACIOS.

38. Hemos llegado a una época en la que, de progreso en progreso, el estado social marcha hacia una completa transformación. La construcción de los palacios de la UNION OBRERA no precisa de una solidez como para durar siglos. Lo esencial es que los palacios sean construidos de manera que puedan ofrecer a la vez: 1.º, salubridad bajo el punto de vista del espacio, de la claridad, del sol, de la ventilación y de la calefacción; 2.º, comodidad en el sentido de la facilidad y prontitud de comunicación entre los diferentes cuerpos de edificios; 3.º, en el interior, alojamientos cómodamente distribuidos para los ancianos, los empleados y los niños; 4.º, en el exterior, talleres, escuelas y salas de ejercicios, y finalmente una granja y todas sus dependencias conforme con las necesidades de la agricultura. Es urgente que el palacio sea regado por abundantes aguas, a fin de mantenerlo constantemente con una limpieza rigurosa. La arquitectura de este palacio debe tener un aspecto noble pero sencillo. Debe presentar, por la elevación de su estilo y la belleza de sus ornamentos, un conjunto artístico, armonioso en todas sus partes. El arquitecto debe tener constantemente en el pensamiento que los niños educados en estos palacios están destinados a construir ellos mismos palacios para alojarse la humanidad; que deben convertirse en unos *artesanos-artistas*, y que, para alcanzar este objetivo, hace falta impresionar desde su juventud su corazón, su imaginación y sus sentidos mediante la visión de lo hermoso. Nada resultará mejor para hacer nacer en ellos el gusto por las artes, la pasión por lo hermoso, que vivir en medio de un ensamblaje de hermosas líneas, y tener constantemente los ojos impresionados por la elegancia y la nobleza de formas que los envuelven.

39. Estando destinado este primer palacio a servir de *ensayo*, su construcción deberá cautivar la atención del comité central.

40. Pocos *arquitectos* podrán ser encargados de esta construcción. Construir un templo, una iglesia, una mezquita, un panteón, para *dar alojamiento a una abstracción*

cualquiera... o tumbas, esto es hacer con piedras una hermosa obra de poesía. Erigir un palacio para un príncipe es hacer una oda; construir un hotel para 3.000 soldados inválidos sometidos a la disciplina supone, antes que nada, un cálculo de matemáticas; en fin, construir un monasterio para 1.200 monjes, un hospital para 4.000 enfermos, un cuartel para 2.000 soldados, una cárcel para 3.000 prisioneros, un colegio para 2.000 alumnos, estando todos estos individuos indistintamente sujetos a una regla uniforme, unas construcciones tales no exigen, sin embargo, un gran esfuerzo de imaginación por parte del arquitecto, mientras que la creación de un palacio de la UNION OBRERA presenta dificultades mucho más serias.

41. Hasta hoy las viviendas comunes han ofrecido invariablemente un carácter de uniformidad tan fatigoso y aburrido, que la idea sola de vivir en estas casas inspira a todos la más viva repugnancia. A este horror hacia la vivienda común se debe el sistema de parcelamiento; así pues es esencialísimo que el palacio de la UNION OBRERA no se parezca en nada a todo lo que se ha hecho hasta ahora.

42. La estancia en el palacio de la Unión debe ser una estancia agradable, deseable; debe provocar el deseo, de la misma manera en que el convento, el cuartel, el hospital, el colegio, provocan la repugnancia y el disgusto. Ahora bien, yo no concibo una estancia agradable más que allí donde cada individuo puede gozar del bienestar, de la actividad y del reposo, según su edad, y sobre todo de mucha libertad. Como cada uno de estos palacios debe dar asilo a 2 o 3.000 individuos de sexo, edad, oficio y gustos diferentes, es necesario que en todo lo posible cada uno pueda moverse sin incomodar a su vecino, y eso es una inmensa dificultad. Además, hay que pensar que los palacios de la UNION OBRERA serán grandes centros de actividad. Allí habrán trabajos industriales, trabajos agrícolas, instrucción moral y profesional para los niños, diversiones que servirán de recompensas y relajamiento a todos los trabajadores. La construcción de estos palacios debe pues satisfacer a un tiempo las exigencias de la vivienda interior y la vida doméstica, y las exigencias del taller, y finalmente las necesidades tan numerosas y diversas de los trabajos de la agri-

cultura. Pues no se trata solamente de hacer una vivienda, una fábrica, una granja; en ellos deben combinarse las tres de manera que sean una; efectivamente, las tres son miembros de un mismo cuerpo, y este cuerpo debe ser hermoso y muy bien proporcionado. El arquitecto deberá pues fijar con el mayor cuidado, y determinar con una exactitud rigurosa, cuáles deben ser las relaciones que enlacen entre ellas estas tres construcciones para no hacer más que una y, si quiere que el conjunto presente una armonía perfecta, tiene que dar a cada una de las partes su desarrollo completo. Ahora bien, la construcción de una amplia vivienda común, al mismo tiempo triple y una y que a la vez reúna unas condiciones de belleza, de comodidad, de libertad, capaces de satisfacer las necesidades de un número de temperamentos tan diversos, me parece un importante problema a resolver. No conozco más que un arquitecto capaz de hacer los planos del palacio de la UNION OBRERA, el señor César Daly. Por lo demás, tiene un excelente antecedente; ya ha hecho los planos de un edificio no menos difícil, los del pequeño *monasterio de niños*, según las ideas de Fourier. Los planos de este edificio están expuestos en las oficinas de «La Falange», el comité central podría ir a examinarlos.

VI. CONDICIONES DE ADMISIÓN EN LOS PALACIOS PARA LOS ANCIANOS, LOS HERIDOS Y LOS NIÑOS.

43. En todas las cosas los comienzos presentan inevitablemente inmensas dificultades; el cristianismo las ha tenido durante siglos antes de poderse establecer y hacerse aceptar; pero, ¿hay que decir que porque algo presente grandes dificultades no hay que ponerlo en práctica? Todo lo contrario, a más dificultades que vencer, más hay que apresurarse a comenzar. No le ocurrirá lo mismo a la UNION OBRERA que lo que ocurrió con el establecimiento del cristianismo. Una vez constituida, diez años después será fuerte, poderosa, y todo lo que emanará de su seno se hará con el orden y la regularidad propias de todo cuerpo que actúe en virtud de la constitución que lo rige. La misión de los instructores (así llamaré a los que se pongan a la cabeza

de la fuerza popular, la fuerza moral, *el derecho*), su misión será, durante los primeros años, extremadamente difícil. Será imposible proceder con toda la regularidad deseada.

44. Ahora supongo el primer palacio ya construido, amueblado, aprovisionado para un año. Entonces el comité central procederá a la admisión, no según la antigüedad de la fecha de ingreso, como se practicará a continuación, sino según el importe del dinero en caja.

45. Primero se admitirán en los palacios de la unión tantas personas por departamentos como corresponda proporcionalmente al número de suscriptores. Se podría, para evitar las preferencias, atropellos e injusticias, *sortear las plazas*.

46. Por ejemplo, se admitirán 600, 1.000, 1.500 o 2.000 individuos, pues a medida que aumenten los recursos se construirán nuevos palacios. De acuerdo con esta progresión, en 30 años todos los obreros y obreras tendrán la seguridad de tener a sus hijos educándose en los palacios de la unión, y de encontrar allí una cama para su vejez.

47. Por regla general, se admitirá en los palacios de la UNION OBRERA una mitad de niños (la edad de admisión será de seis años) y otra mitad de ancianos o heridos.

48. No quiero ni puedo hacer aquí ningún reglamento de admisión; estos reglamentos cambiarán conforme los recursos de la Unión aumenten; creo tan sólo que habrá que admitir con preferencia a los niños *huérfanos* o hijos de *viudas* o aquellos cuyos padres estén *heridos* o sean demasiado *ancianos*, y finalmente, admitir, como *cuestión de principio*, que en cualquier familia obrera que tenga *más de cinco hijos*, el sexto, el séptimo, el octavo y los que sigan *entrarán con pleno derecho*. En cuanto a los heridos, se admitirá con preferencia a los *viudos* y *viudas*; pero esto, ya se sabe, no es más que una ligera indicación.

VII. ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO EN LOS PALACIOS.

49. Los palacios de la UNION OBRERA ofrecerán el medio más conveniente, bajo todos los puntos de vista, para proceder a uno o varios *ensayos de organización del trabajo*. Allí, hombres, mujeres, niños, todos serán traba-

jadores; todos se encontrarán por su posición liberados de la preocupación por la vida material, podrán, sin ninguna repugnancia, trabajar según el modo que se quiera probar (50). Pero hasta el día en que se haya *acordado* el modo a seguir en la organización del trabajo, el comité central instituirá en cada palacio de la Unión un *comité director de los trabajos*. El comité se compondrá de 3, 5, 7 hombres (según el número de los habitantes del palacio) entre los *más capacitados* desde el doble punto de vista teórico y práctico. Será necesario interesar a los miembros del comité director en la prosperidad del palacio, por medio de una combinación, o bien por *una parte de los beneficios de los trabajos*, o por la seguridad de una jubilación, o con la admisión de sus hijos o por distinciones honoríficas. Esto es muy importante. Como los trabajos agrícolas se llevarán a cabo también en los palacios, los agricultores teóricos, y sobre todo prácticos, formarán parte del comité director.

50. Todos, hombres y mujeres, que sean obreros, estarán *obligados*, según su edad, sus fuerzas y su saber, a trabajar *una parte del día*, bajo la dirección de un jefe de taller; desempeñarán el papel de *instructores* y dirigirán grupos de niños (51).

(50) Con tal, sin embargo, de que este modo no sea atentatorio contra la *libertad* y la *dignidad* humanas, como, por ejemplo, la *regimentación* que propone el señor Enfantin.

(51) Espero que nadie se sienta tentado de desnaturalizar mi pensamiento y de acusarme de querer hacer, bajo el nombre de palacio, una especie de *work-houses* inglesas (casa de refugio para los mendigos, o para los pobres que se ven *forzados a trabajar en condiciones muy penosas*). Los ancianos y los niños, según cuál crean los *médicos* que sea la capacidad de sus fuerzas, trabajarán 2, 4, 5 horas, pero, en ninguna circunstancia, nunca *más de 6 horas diarias*, y sus trabajos deberán ser *variados*, de forma que sean más bien un *entretenimiento* que una fatiga.

VIII. EDUCACIÓN MORAL, INTELECTUAL Y PROFESIONAL A DAR A LOS NIÑOS.

51. El lector comprenderá que para tratar cuestiones de esta importancia, haría falta escribir *por lo menos un volumen*, y estaría muy lleno. Pero, no queriendo ofrecer a los obreros más que un librito, apenas si he podido indicar mi pensamiento.

52. Será necesario nombrar un *segundo comité director para dirigir la educación de los niños*. Se procedería, con respecto a los directores y directoras de la educación, de la misma manera que con los directores y directoras de los trabajos.

53. Para tener hombres y mujeres inteligentes, instruidos, morales, y que participen bien del espíritu de la UNION OBRERA, el comité central debe hacer grandes sacrificios. Importantes sueldos, jubilaciones aseguradas, derecho a hacer educar a sus hijos, hermosa vivienda, gran consideración; en una palabra, dar mucho a los fundadores para estar en el derecho de exigirles mucho.

54. En mi opinión, no puede haber ninguna *sana y verdadera moral* más que la que se desprende lógicamente de la creencia en un Dios *bueno, justo, que crea, y que guía* su creación con orden, sabiduría y providencia. La moral a enseñar a los niños consistiría en hacerles *comprender* la existencia de un Dios *bueno*, y la acción *siempre providencial* ejercida por Dios sobre toda su creación. El niño, educado desde la edad de seis años en una tal creencia, estaría a salvo de las supersticiones ridículas, de los terrores absurdos, de los prejuicios estúpidos, que constituyen por lo general la división de las clases populares. A continuación se les haría *comprender* que la ley de la humanidad es el *progreso continuo*; su condición, la *perfectibilidad*. Sería necesario hacer *comprender al niño*, con todas las demostraciones posibles, que nuestro globo es un *gran cuerpo humanitario* cuyas diversas naciones representan las vísceras, los miembros y los principales órganos; cuyos individuos representan las arterias, las venas, los nervios, los músculos, y hasta las fibras más firmes; que todas las partes de este gran cuerpo también están estrechamente rela-

cionadas entre ellas como las diversas partes del cuerpo humano, todas *ayudándose las unas a las otras*, y bebiendo la vida en la *misma fuente*... que un nervio, que un músculo, que un vaso sanguíneo, que una fibra, *no pueden sufrir* sin que el *cuerpo todo entero no se resienta de su sufrimiento*. Incluso cuando un pie, un brazo, o un dedo nos hace daño, *todo nuestro cuerpo está enfermo*. Nada es más fácil que hacer comprender al niño que esta *indivisibilidad* del gran cuerpo humanitario y esta *solidaridad de las naciones y de los individuos*. Si hasta ahora esta figura no ha sido introducida en la enseñanza, la culpa es de las opiniones religiosas y políticas que han *dividido a las naciones y a los individuos*.

55. Por medio de esta figura, reproducida en todas las formas, según el espíritu del alumno, los niños terminarán por comprender perfectamente que *al amar y servir a sus hermanos en la humanidad, es en definitiva a ellos mismos a quienes aman y sirven*, y que *odiando y haciendo daño a sus hermanos en la humanidad, en definitiva es a ellos mismos a quienes odian y a quienes hacen daño*.

56. Que no se me venga a decir que una moral semejante no sería más que la *legimitación del egoísmo*. Los que piensen así son personas de poco alcance, con poca vista. Amarse y servirse a sí mismo *en la humanidad* es amar y servir a la *criatura de Dios*. ¿Y acaso no es éste el sentido en el que Jesús lo entendía cuando decía: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» y, además, «No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti. Amaros y serviros los unos a los otros»? La palabra religión significa *unirse*. ¿Pues bien! yo pregunto, ¿cómo reunir a las naciones, a los pueblos, a los individuos en un mismo pensamiento para trabajar con un *objetivo común* si naciones, pueblos, e individuos se odian, se asesinan entre sí? ¿Cómo amaría un francés a un inglés, un ruso, un turco, si no comprende que va *en interés suyo* amar y servir al turco, al ruso y al inglés porque *forman todos un cuerpo con él y él con ellos*? Si el amor es el *alma* de la inteligencia, la inteligencia a su vez es la *llama* del amor. Estos dos términos unidos forman lo que yo llamaría la *comprensión y el pleno discernimiento*; mientras que uno separado del otro no cons-

tituye sino algo *espurio, incompleto, castrado*, desprovisto de fuerza, de poder, de vida.

57. Al separar el amor de la inteligencia, se ha dado un golpe mortal a la religión de Jesús. El catolicismo ha dicho: «Creed y no preguntéis nada». ¿Cuál es el resultado de ello? Las naturalezas *más inteligentes* que amantes, los sabios, los filósofos, al no encontrar en la religión católica ningún sustento adecuado a su espíritu, han *renegado* de la Iglesia lanzando sobre ella sus desdenes, desprecios e injurias. De la indiferencia han pasado a la cólera, a la indignación, y lanzando golpes redoblados, han demolido el gran edificio piedra a piedra. Por otra parte, las naturalezas *más amantes* que inteligentes, seducidas por el *poder de atracción del éxtasis*, han ido a abismarse, a perderse en el vacío. Porque amar a Dios *fuera de la humanidad*, es *despreciar e insultar* a la criatura, luego, es *ultrajar* a Dios en su manifestación.

58. Los instructores deberán pues imponerse como ley fundamental desarrollar *simultáneamente* las capacidades de amor y de inteligencia de cada niño.

59. Si se quiere conseguir este doble resultado hay que introducir en el método a seguir un resorte muy poderoso, el *porqué*. El método Jacotot reposa en parte sobre el *porqué*; sin embargo, quisiera que se le diera una acepción más amplia. Aplicar el *porqué* para la solución de las grandes cuestiones de orden moral, social y filosófico, y esto en la enseñanza *diaria* impartida a los niños de la clase popular, sería el medio de hacer avanzar la inteligencia humana a paso de gigante.

60. Así pues, en lugar de fatigar la cabeza del niño sobrecargando su memoria con una multitud de cosas inútiles, se trataría de desarrollar únicamente su entendimiento por el estudio de los *porqué* explicado en todas las cosas. Un niño instruido de esta manera, a los 12 ó 14 años, podría darse cuenta del *porqué* de todo lo que se le hiciera hacer, e incluso de todo lo que existe, al menos hasta un cierto límite. Este método de los *porqués* resulta tan superior a todos los otros, que habría que hacer bajo esta consideración *un tratado especial*, y este tratado serviría de *rudimento* en todas las salas de estudio de los palacios.

61. Los directores de la educación se entenderían con los directores de los trabajos de taller y de agricultura, con el fin de hacer marchar las tres cosas *juntas*. Haría falta consultar las obras de Fourier. La parte en la que trata de la educación industrial de los niños contiene muy buenas cosas. Dejando de lado *su sistema*, de su obra se tomaría solamente *todo lo que se creyese poder aplicar a los jóvenes alumnos* del palacio de la UNION OBRERA. También se podría tomar de Owen su método de enseñanza: se parece al que yo propongo (El Porqué).

62. Si la UNION OBRERA desea que de su seno salgan hombres y mujeres libres, tiene que enseñar a los niños que, en todas las relaciones humanas, hay que tener un gran respeto a la dignidad humana. Con miras a este respeto se les debe enseñar a no infligir jamás a los otros ni ofensa ni injuria, y a no sufrir nunca ni la menor injusticia, ni el más ligero insulto, ni de parte de sus camaradas ni de la de sus superiores. Para hacer este respeto al ser algo más palpable, quisiera que todo en la casa estuviera regido por *leyes y reglamentos escritos*, en los que *los derechos y los deberes de cada uno estuvieran definidos de manera clara y precisa*.

63. Estas leyes y reglamentos *impresos* serían distribuidos a *todos* y a *todas*, para que todos y todas no obedecieran más que *a la ley*, y nunca la *voluntad arbitraria del jefe*.

64. En ningún caso, ningún individuo podría sufrir en el palacio un *castigo degradante*. Si un niño o un anciano se comportase mal, sería *despedido* del palacio y *no podría volver a entrar en él* (52).

65. Como todo ser que se respete y respete a los demás debe manifestarlo por su corrección en el vestir, sería esencial habituar a los niños a cuidar de su persona bajo el criterio de una limpieza extremada. Quisiera que se tuviese la misma solicitud en los cuidados que se dan a sus personas que en los cuidados que se tienen con el cultivo de su inteligencia. A fuerza de sufrimientos, de priva-

(52) A este respecto se hará un reglamento donde se determinará la gravedad de los casos.

ciones, hoy la clase popular está completamente raquítica. ¡Pues bien! habría que combatir este raquitismo con todos los medios de que dispone la ciencia médica: el ejercicio, la gimnasia, etc., etc. Admitiendo al niño a los seis años (no se le admitiría pasada esta edad), todavía habría tiempo de trabajar en él; se le cuidarían los dientes, los cabellos, los pies; se corregiría su cuerpo mediante el ejercicio con trabajos apropiados a sus fuerzas; se le daría el alimento que mejor conviniere a su temperamento. Habría que hacer numerosas series. A aquéllos carne, vino; a éstos legumbres, fruta, agua. La asociación ofrece tan grandes ventajas que todo lo que nos parece *imposible* de realizar en nuestros hogares aislados, se vuelve cosa fácil en una amplia asociación.

66. Sería bueno adoptar una vestimenta que cumpla a la vez con tres condiciones esenciales, es pues necesario: 1.º, que tenga una forma y una tela que no estorbe el desarrollo corporal del niño. Por ejemplo, las muchachas no llevarán *corsé*; los muchachos nada de *tirantes* ni de *corbatas*; 2.º, que sea cómoda para el trabajo, y en absoluto poco sufrida; 3.º, que su corte sea elegante y presente un conjunto armonioso y agradable a la vista.

67. En cuanto a la educación profesional, cada niño elegirá el oficio por el que sienta mayor afición. Aparte de todos los otros trabajos que se le haría hacer, deberá ser, al salir del palacio, *obrero especializado* al menos en *dos oficios*.

68. Para interesarle en los trabajos, el niño tendrá *derecho* desde la edad de diez años a *una parte* en los beneficios de los trabajos realizados en la casa. Esta parte *aumentará cada año*, y será una suma importante cuando salga a los dieciocho años. La mitad de estos bienes le será entregada en un ajuar confeccionado en la casa, y la otra mitad en dinero.

69. Quizá se pudiera admitir *internos* sometiendoles a las mismas condiciones que a los niños de la unión. Desde los seis años hasta los diez pagarían 300 francos al año, y de los diez a los dieciocho tendrían *su parte* en los beneficios de los trabajos. Tales condiciones ofrecerían a la clase burguesa inmensas ventajas que se apresuraría a aprove-

char para sus hijos. Los pequeños rentistas, los pequeños comerciantes, los labradores, los artistas poco afortunados, etcétera, estarían encantados de poder colocar a sus hijos (con la certeza de que serían *bien educados* y tendrían una profesión) no pagando por ello más que cuatro años de pensión. Propongo esta idea porque la considero realizable y susceptible de ser útil a la clase de los pequeños burgueses, a quienes es necesario atraer ofreciéndoles todas las ventajas posibles a la causa de la clase obrera; pero esto, como el resto, es tan sólo un esbozo y merece ser examinado detenidamente.

70. También quisiera, como acto de elevada religiosidad, que cada palacio ofrezca su hospitalidad a doce personas (seis hombres y seis mujeres) a quienes se les daría el rango de *huéspedes del palacio*. La elección de estos huéspedes se haría entre los ancianos (no podrían ser admitidos antes de los 60 años) artistas, profesores, sabios, escritores sin recursos. Se admitiría con preferencia a los *extranjeros*. En todas las ceremonias los *huéspedes* ocuparán lugares de honor; esta liberalidad sería un *acto moral*, que enseñará a los niños a respetar el talento incluso dentro de la pobreza. La presencia de estos doce huéspedes, tratados con toda clase de deferencias y consideraciones, impresionaría más los espíritus de los niños, habituados a saludar al extranjero con veneración, que las hermosas peroratas en verso y en prosa suministradas por nuestros poetas y novelistas, acerca del respeto debido a la desgracia, al talento, a la edad, etc.

IX. RESULTADOS QUE NECESARIAMENTE DEBERÁ TENER ESTA EDUCACIÓN.

71. Los logros que deberá alcanzar la UNIÓN OBRERA serán incalculables. Esta unión es un *punte* lanzado entre la civilización que se muere y el orden social armónico vislumbrado por los espíritus superiores. Como primer efecto, producirá *la rehabilitación del trabajo manual*, ¡mancillado por millares de años de esclavitud! y éste es un punto de capital importancia. Desde el mismo momento en que ya no suponga *deshonor* trabajar con las manos,

en que este trabajo sea incluso un hecho honorable (53), todos, ricos y pobres, *trabajarán* porque la ociosidad es a la vez una tortura para el hombre y la causa de sus males. Todos trabajarán y, gracias a este solo hecho, reinará la abundancia para todos. Desde entonces ya no habrá miseria, y cesando la miseria, también cesará la ignorancia. ¿Qué produce las calamidades que sufrimos hoy? ¿acaso no es este monstruo de mil cabezas? ¡el EGOISMO! pero no es el egoísmo la *causa primera*, sino la *miseria* y la *ignorancia* que *producen* el egoísmo.

72. Si un campesino tiene ciruelas en abundancia en su jardín y sus vecinos tienen también tantas como para que nadie se presente a comprarlas, en esta situación, el campesino se mostrará muy caritativo; dejará a los *pobres* de la aldea comer sus ciruelas. Pero si se tiende un ferrocarril que atraviese la citada aldea, situada a treinta leguas de la capital, y esto hace posible que el campesino pueda llevar con pocos gastos sus ciruelas al mercado de mayoristas de París, donde se venderán a 12 francos el cesto, ¡ah! entonces nuestro hombre cambiaría de tono con los *pobres*. Desgraciado de aquel que, al pasar cerca del árbol, *ose recoger una ciruela*; este campesino se pondrá a *vigilar* su *propiedad* día y noche; ¡clamará contra el robo, contra el *ataque* a sus *derechos sagrados*! y hará comparecer sin piedad ante la policía correccional al viejo mendigo culpable de haber *recogido una ciruela*. Sin remordimientos, sin pudor, lo hará condenar a prisión por este robo, porque esta ciruela representa un *ochavo*. ¿Habrá que decir acaso: he aquí un campesino muy egoísta? En absoluto; y la prueba de que este hombre no *ha nacido* egoísta es que cuando tenía *demasiadas ciruelas para sí*, daba lo *sobrante* a los pobres. Si el ferrocarril se prolonga cien leguas más, y llegan a París ciruelas en tal abundancia que no se venden más que a 50 ctms. el cesto, ve-

(53) Soy completamente de la opinión de Fourier de que hay que encontrar el medio de hacer el trabajo *atrayente*; pero creo que, antes de llegar a este punto, que es el último objetivo, primero es necesario que el trabajo deje de ser *deshonroso*.

réis al mismo campesino *dejar de ser egoísta* y dejar recoger sus ciruelas a los pobres. La sociedad está exactamente en la misma situación que este campesino, es egoísta *porque es pobre en producción*. Que produzca mañana de manera que rebose de todo en abundancia y desaparecerá el egoísmo.

73. Esta inmensa producción, tan deseable como *único medio de extirpar los vicios que el egoísmo engendra*, y, por consiguiente, de *moralizar a los hombres*, esta gran producción no podrá obtenerse más que cuando todos y todas trabajen con sus manos, ¡y se vanaglorien de ello!

74. El segundo logro, y no menos importante, que traerá necesariamente la UNION OBRERA será establecer de hecho la igualdad real entre todos los hombres. Efectivamente, desde el día en que los niños de la clase obrera sean educados con cuidado y se aplique un esfuerzo para desarrollar su inteligencia, sus facultades, sus fuerzas físicas, en una palabra, todo lo que hay de bueno y hermoso en la naturaleza del hombre; desde el momento en que por su instrucción, su talento, sus buenas maneras, no exista ya ninguna diferencia entre los niños del pueblo y los de la clase rica, pregunto: ¿en qué podría consistir todavía la *desigualdad*? En nada, absolutamente en nada. Entonces no se reconocerá más que *una sola desigualdad*; pero esa hay que sufrirla, aceptarla; porque es Dios quien la *ha establecido*. A uno le otorga el genio, el amor, la inteligencia, el espíritu, la fuerza, la belleza; a otro le niega todos estos dones, haciendo de él un ser estúpido, seco de corazón y de espíritu, débil de cuerpo, de aspecto desagradable. He aquí la *desigualdad innata* frente a la que el orgullo del hombre debe humillarse, y esa desigualdad alcanza *indistintamente* a los *hijos de los reyes* y los *hijos de los esclavos*.

75. Me detengo aquí porque quiero dejar a mis lectores la dulce alegría de enumerar ellos mismos los importantes y magníficos logros que indudablemente obtendrá la UNION OBRERA. El país encontrará en esta institución tantos elementos de orden, de prosperidad, de riqueza, de moralidad y de felicidad como se pueda desear.

**RESUMEN DE LAS IDEAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO
Y CUYOS OBJETIVOS SON:**

1. **CONSTITUIR LA CLASE OBRERA** por medio de una UNION compacta, sólida e indisoluble.

2. Hacer representar a la clase obrera frente a la nación por un defensor elegido por la UNION OBRERA y asalariado por ella, para que pueda constatarse bien que esta clase tiene su derecho a existir, y que las otras clases la aceptan.

3. Reclamar, *en nombre del derecho*, contra las usurpaciones y los privilegios.

4. Hacer reconocer la *legitimidad de la propiedad de los brazos*. (En Francia, 25 millones de proletarios tienen por toda propiedad *sus brazos*).

5. Hacer reconocer la legitimidad del *derecho al trabajo para todos y para todas*.

6. Examinar la posibilidad de *organizar el trabajo* en el estado social actual.

7. Levantar en cada departamento PALACIOS DE LA UNION OBRERA donde se instruirá a los niños de la clase obrera intelectual y profesionalmente, y en los que serán admitidos los obreros y obreras *heridos en el trabajo*, y los lisiados o viejos.

8. Reconocer la urgente necesidad de dar a las *mujeres del pueblo* una educación moral, intelectual y profesional para que se conviertan en agentes moralizadores de los *hombres del pueblo*.

9. Reconocer, *en principio*, la igualdad de derechos del hombre y de la mujer como único medio de constituir la UNIDAD HUMANA.

LLAMAMIENTO A LOS OBREROS

OBREROS Y OBRERAS,

En vuestro nombre y bajo la perspectiva de vuestro bienestar y de vuestra felicidad común, vengo, hermanas y hermanos míos, a pedir os vuestro concurso, vuestro apoyo para edificar el primer PALACIO que debe recibir a vuestros hijos pequeños, a vuestros pobres hermanos heridos en el trabajo, y a vuestros ancianos padres extenuados por las fatigas.

¡Que todos aquellos de vosotros que sientan en el corazón el impulso del amor, unan sus generosos esfuerzos y cooperen, cada uno según sus medios, en la pronta realización de esta gran obra!

Y usted, Agricol Perdiguier, historiador y reformador del compañerismo; usted, Pierre Moreau, el audaz renovador del compañerismo; usted Gosset, padre de los herreros, que mejora el compañerismo; usted, Vingard, el escritor-poeta-cantante; ustedes, Poncy, Savinien Lapointe, Ponty, Duquenne, Durand, Rolly, etc., etc.

Ustedes, Elisa Moreau, Louise Crombach, Antoinette Quarré, Marie Carpentier, Elisa Fleury, etc.

Ustedes, redactores de «La Colmena», «El Taller», «El Popular», «El Artesano», «El Nuevo Mundo».

En fin, a todos vosotros, obreros-poetas, escritores, oradores, músicos, hombres y mujeres inteligentes y de buena voluntad, os hago desde aquí un solemne llamamiento. Os conmino, en nombre de nuestros hermanos, divididos

y desgraciados, en nombre del amor a la humanidad, en *vuestro propio* nombre, a predicar de palabra y por escrito: LA UNION UNIVERSAL DE LOS OBREROS Y OBRERAS.

¡Manos a la obra pues! a la obra, hermanos míos. El trabajo será duro, las dificultades numerosas; ¡pero pensad en la grandeza del objetivo!... ¡en la grandeza de la recompensa!

LA CONSTITUCION DE LA UNIDAD HUMANA *por vosotros.*

CONSEJOS A LOS OBREROS

Obreros, si queréis salir del estado de miseria en el que estáis: instruíos.

Aquellos de entre vosotros que leen, por lo general leen libros lamentables. Hay que cambiar de procedimiento: en vez de gastar vuestro dinero comprando *canciones, novelas pintorescas, cosas de fisiología*, y un farrago de necedades que no encierran *ninguna enseñanza útil*, comprad *buenos libros.*

Pero los buenos libros *cuestan caros* —me diréis— y no tenemos dinero. Uniros y, desde este momento, seréis *ricos.*

Si queréis montar una pequeña biblioteca con una docena de buenos libros (y no hacen falta *más*), ¿por qué no formáis *pequeñas asociaciones*? Por ejemplo, doce, quince o veinte obreros y obreras que se conozcan y vivan en el mismo barrio podrían *unirse* para este fin. Con una *pequeña cotización* se comprarían doce obras que, como consecuencia de esta asociación, *pertenecerían en común* a los miembros asociados. ¡Figuráos pues, con LA UNION *se pueden hacer milagros!*

En el caso de que aceptáseis esta idea, voy a señalaros las obras que os iría bien leer y *releer cada domingo, estudiar, comentar, discutir* entre vosotros, en una palabra, *conocer a fondo*, absolutamente igual a como los judíos conocen su *Biblia* y los católicos sus *misales*. En Francia, se actúa con tanta ligereza que se oye a la gente decir: «he hojeado este libro, *lo conozco*». Esta suficiencia ridícula hace que los franceses *lo sepan todo y no entiendan nada.*

Colocaría a la cabeza de la lista la obra de Eugène Buret: *De la miseria de las clases trabajadoras en Inglaterra y en Francia*. Encontraréis en esta obra un cuadro *espartoso, pero exacto*, de la miseria y del envilecimiento moral en que ha caído la clase obrera en Inglaterra y en Francia. Aunque leer este libro sea *muy doloroso*, a pesar de

ello, hay que tener el valor de hacerlo porque es esencial que conozcáis exactamente cuál es vuestra posición, de lo contrario no haréis ningún esfuerzo por salir de ella. Estudiad también la obra del señor Frégier: *Sobre las clases peligrosas en la ciudad de París*; la del señor Villermé: *Sobre las prisiones de Francia*; el libro del señor Parent Duchatelet: *Sobre la prostitución en la ciudad de París*; el del señor Gustave de Beaumont: *La Irlanda religiosa, moral y política*. En fin, dejando aquí de lado toda falsa modestia, me permitiría indicaros mis *Paseos por Londres*. He hecho este libro para instruir a los obreros, es pues muy natural que desee vivamente verlo difundir en las clases obreras. Comprad también el librito del señor Louis Blanc: *La organización del trabajo*; *La celebración del domingo* del señor Proudhon; la obra de Adolphe Boyer: *Sobre el estado de los obreros*. Hay cosas buenas en estos libritos. Además *El libro del Compañerismo* de Agricol Perdiguer..., aprenderéis en él la historia del compañerismo; veréis cuál ha sido su utilidad en los tiempos pasados, y cuán *desfasado* ha quedado hoy de las ideas nuevas. Tened el folletito de Gosset, también sobre la misma cuestión; y sobre todo comprad la segunda obra de P. Moreau: *Sobre la reforma, los abusos del Compañerismo y la mejora de la suerte de los trabajadores*. P. Moreau ha ido más lejos que los otros dos: ataca audazmente los abusos, los vicios y los aspectos ridículos del compañerismo, deja ver su *insuficiencia*. Sus puntos de vista sobre diversas cuestiones son amplios; desea LA UNION; la predica: se ve en cada página que siente que el remedio a todos los males está en LA UNION (54).

(54) Lamentándolo mucho, no puedo indicar aquí ninguna obra de Fourier como conveniente para los obreros, ni de la *Escuela Societaria*; hasta ahora la doctrina de Fourier no ha sido puesta al alcance del pueblo; ésta sería una gran obra a realizar; esperamos que los hombres que están a la cabeza de la escuela societaria comprenderán por fin la urgencia y la absoluta necesidad de *vulgarizar la ciencia de su maestro*; en mi opinión, ella misma no puede tener vida ni fuerza más que con esta condición.

A LOS BURGUESES

En tiempos de egoísmo y ceguera como los que vivimos, en los que se reclaman derechos para la clase más numerosa, todas las precauciones son pocas para ponerse a salvo de calumnias y ataques violentos por parte de gentes carentes de inteligencia o con malas intenciones. Por eso he creído sensato y prudente dirigir desde aquí algunas palabras a los señores de la burguesía. Quiero que entiendan bien que no soy una *revolucionaria*, una *anarquista*, una *sanguinaria*. (Dispenso a mis lectores de la letanía de epítetos más o menos espantosos de los que ciertos burgueses tienen la ridícula costumbre de servirse en semejante circunstancia.)

Pero antes de *defenderme* de las absurdas acusaciones que espero recibir (55), debo decir que yo distingo dos categorías de burgueses.

Hoy la burguesía se divide en dos campos muy distintos. Por un lado están los que son *sordos y ciegos*, incluso se podría añadir los *lisiados sin piernas*; porque, igual que en tiempos de Jesús, tienen ojos y *no ven*; tienen oídos

(55) El señor Pagnerre y los amigos del pueblo, no son los únicos que actúan de forma que *contradice su reputación*. Una revista que ha tomado el título de *Revista Independiente* debería, parece ser, tratándose de una cuestión grave, mostrarse completamente *independiente*; yo pensaba pues que, consecuentemente con el título de su publicación, el director sería *bastante independiente* para insertar en su revista, lo mismo que ha hecho "La Falange" (ver los números del 29 y del 31 de marzo de 1843), un capítulo de mi obra. Le escribí pues al director de la "Revista Independiente", el señor Pernet, para rogarle que publicase un extracto del trabajo que iba a publicar. Pero, ¡cuál fue mi sorpresa, mi estupefacción! El director

y no oyen; tienen piernas y no caminan. En este campo, los sordos no oyen esta enorme voz humanitaria que grita en todos los tonos que ha llegado la hora en que ya no deben haber condenados en la tierra, en que cada individuo, desde su llegada a la vida, debe tener, como miembro de la gran familia humana, su lugar en el banquete social. En este campo, los ciegos no ven el gran movimiento que lo recorre todo de abajo arriba. En este campo, los lisiados sin piernas se momifican en su inmovilidad abso-

de la *Revista Independiente* me acusaba en su respuesta de ser una revolucionaria, de querer asalariar unos defensores para derrocar al gobierno, etc., etc.

El *Diario de los Debates*, en sus días de desplantes más furibundos contra los anarquistas, no me hubiera dicho más. Y yo pregunto, ¿qué pensar de semejantes acusaciones cuando proceden de la única revista democrática que nos queda? Es como para no comprender nada. Me veo obligada, para poner mi veracidad a cubierto, a reproducir aquí un pasaje de esta extraña carta:

"...Su proyecto de unión no es otra cosa en el fondo que una asociación política. Cotizar para asalariar a unos defensores que deberán exigir el derrocamiento del orden económico actual, cotizar y asociarse para facilitar todos los medios de una propaganda revolucionaria por la prensa, la educación y la predicación. ¿no es eso hacer política y agitación y todo lo que usted quiera contra el gobierno establecido? Comience por abolir la ley contra las asociaciones y podrá llevar adelante su proyecto de unión. Hasta ese momento, me parece que todo proyecto de este género, por excelente, por realizable que usted lo muestre, no será más que una utopía. El gobierno ha hecho perseguir la asociación completamente comercial de los obreros encintadores de Saint Etienne, a fortiori no dejaría formarse una asociación que, por su finalidad y su importancia, le amenazaría mucho más".

Esta carta era como para ocasionarme vivas inquietudes acerca de la manera en que iba a ser comprendida mi idea. Si el director de la *Revista Independiente*, es decir, la expresión más avanzada de nuestra época (siempre según su etiqueta), me acusaba de ser una anarquista, Dios mío, ¿qué iban pues a decir los conservadores de cortos alcances?... La carta del señor Pernet me hizo comprender que debía explicar franca y claramente mis intenciones, y fueron estas inconcebibles imputaciones del director de la *Revista Independiente* las que me determinaron a dirigir una alocución a la burguesía.

luta, dejando ir a los otros delante, sin darse cuenta de que se quedan detrás. Todos estos pobres inválidos son como rezagados que un cuerpo del ejército abandona porque entorpecen y obstaculizan la marcha.

En el otro lado se encuentran los burgueses inteligentes. Mencionaría entre ellos a los que ven. En el campo de los que ven, se oye con emoción, con amor, vibrar la gran voz humanitaria que clama: ¡Hermanos, un lugar para nosotros! En el campo de los que ven, se ve distintamente el gran movimiento ascensional de las clases inferiores que gradualmente se elevan de escalón en escalón hacia el bienestar y la libertad. Se sigue esta marcha con interés y solicitud. Entre los que ven, hay un progreso permanente; se progresa por el pensamiento, se progresa por el trabajo, se progresa por los impulsos de una simpatía generosa.

Los burgueses que ven son los que hoy constituyen la parte racional, sensata y fuerte de la nación. Si ocurre por desgracia, como se puede temer, que los ciegos, a fuerza de meter la pata, comprometan los intereses de la nación, el país encontrará en el campo de los que ven a unos hombres inteligentes, buenos, firmes y capaces de salvar una vez más a Francia.

No es pues a los que ven a quienes me dirijo desde aquí, sería injuriarles. Por otra parte, yo misma pertenezco a este campo. Nuestra divisa es ésta: el orden, el respeto a cualquier clase de prosperidad, justicia para todos, riqueza y prosperidad general del país.

Dicho esto, ruego a los burgueses sordos, antes de que desnaturalicen y calumbien mis intenciones, que tengan a bien reflexionar detenidamente, si es posible, sobre la idea que expongo. He aquí claramente el fondo de mi pensamiento:

Por instinto, por religión, por norma, amo y quiero la justicia. Amo y quiero el orden. El amor que emana del creador y que vivifica el alma de toda criatura, este amor me hace comprender la solidaridad que une el individuo al todo. Quiero la justicia para todos porque de la justicia nace el orden general, y porque del orden general nace el bienestar, la riqueza, la seguridad, la actividad fecunda; en consecuencia, esto es la felicidad.

Unicamente con miras al *orden* quiero que la clase obrera reclame *su derecho al trabajo y su derecho a la instrucción moral y profesional*, porque del grado de instrucción de esta clase depende necesariamente un aumento de la producción, y del trabajo de la clase más numerosa depende evidentemente la riqueza y la prosperidad del país. Quiero que la clase obrera reclame *en nombre del derecho*, para que no le quede ya ningún pretexto para reclamar *en nombre de la fuerza*.

Protesto, por instinto, por religión, por norma, contra todo lo que emane de la *fuerza bruta*, y no quiero que la sociedad quede expuesta a sufrir la fuerza bruta abandonada a las manos del pueblo, ni quiero tampoco que tenga que sufrir la fuerza bruta dejada en las manos del poder. En uno y otro caso, existiría una injusticia y consecuentemente desorden.

Si no se quiere conceder al pueblo el *derecho a la instrucción y el derecho al trabajo*, ¿qué ocurrirá? Que le pueblo, amargado por el sufrimiento, *exaltado por lecturas que le muestran el horror de su posición sin indicarle ningún medio para salirse de ella* (56), se volverá cada vez más brutal, grosero, vicioso y malvado. En este estado, el pueblo será para las clases ricas un *enemigo temible*, y la seguridad general, la prosperidad del país estarán constantemente amenazadas. ¿Quién osaría pensar sin aterrorizarse en la perturbación espantosa que puede resultar para el país del odio y la animosidad de diez a doce millones de obreros sin instrucción, sin dirección moral, sin *garantía de trabajo*? Abandonados de esta manera, los obreros se convierten, dentro de la sociedad francesa, en un cuerpo formidable del que podría disponer el primer intrigante político que quisiera enturbiar el orden; y lo mismo que los esclavos en la sociedad romana, los obreros siempre irían a alinearse bajo el estandarte del Catilina que atacase la sociedad.

Sí, pido que la clase obrera se constituya en corpora-

(56) Las obras del señor Lamennais y tantos otros se sitúan en el mismo orden de ideas.

ción, se haga representar en la Cámara, y, aunque ciertos espíritus retrógrados puedan encontrar esta medida *muy revolucionaria*, yo sostengo, y voy a demostrarlo, que ésta es, por el contrario, una medida de *orden*.

Pacientes, abandonados y sin guía, los obreros están exactamente en la misma situación que un hombre aquejado de una grave enfermedad y sin médico para cuidarle. En esta cruel situación, el enfermo se inquieta, se agita y toma al azar todos los remedios que el primer chariatán que pasa por la calle viene a ofrecerle. Estos remedios, en lugar de aliviarle, todavía agravan más su mal, y cuanto más sufre y se debilita, más charlatanes se presentan que quieren hacerle tomar sus drogas. Pues bien, el pueblo está absolutamente en la misma situación que este enfermo. Si se le niega la posibilidad de elegir, *para defender sus intereses y reclamar sus derechos*, un *defensor legal*, hombre probo, abnegado y concienzudo, ¿qué ocurrirá? Que los intrigantes de todos los partidos irán a proponerle defenderle, y como no se podrá actuar legalmente y a la luz del día, se formarán *sociedades secretas*, en las que, tal como hemos visto después de 1830, los obreros miembros de dichas sociedades, en vez de ocuparse de los verdaderos intereses del pueblo, *se dejan engañar* y son *víctimas* de algunos *cabecillas políticos*. En estas sociedades se urden complots, conspiraciones, motines, asesinatos. Se enturbia la tranquilidad pública, la prosperidad del país se detiene; el poder se espanta y, actuando bajo la impresión del miedo, hace leyes de *terror* que agravan todavía más el mal. Entonces existen los dos aspectos, *brutalidad e injusticia*. De esto nace el desorden, el sufrimiento, la miseria, el dolor *para todos*. Esta es la explicación de lo que ha ocurrido después de 1789. Supongamos ahora que se conceda al pueblo lo que pide para sí, un defensor. Desde este momento ya no habrá más sociedades secretas, ni motines. Tan pronto como el pueblo sabe que un hombre honorable se ha encargado de defenderle y que se ocupa de ello activamente, espera con paciencia y se queda tranquilo (57).

(57) Ver en la obra del señor G. de Beaumont sobre Irlanda

Pedir un defensor para la clase obrera es como querer reemplazar a los charlatanes *anónimos* por un médico de la facultad, con nombre célebre; es querer sustituir por el *derecho* el reino de la *fuerza bruta*. Conceder a la clase obrera el derecho a elegir entre los hombres honorables un defensor digno de su causa, sería actuar con *prudencia* y con *orden*. El director de la *Revista Independiente* se retractará, creo que la suya fue una opinión concebida a la ligera, o al menos será el único, espero, en ver al defensor de la UNION OBRERA como un *asalariado* cuya misión sería simplemente *derribar al gobierno*. Si el señor Pernet perteneciera al grupo de los burgueses que ven, comprendería que los obreros *no encontrarían ninguna ventaja en el derrocamiento del gobierno*. Después de 1789 *se han derrocado muchos gobiernos, ¿y qué han ganado los obreros con estas revoluciones? ¿No se han hecho éstas siempre a sus expensas? ¿No son ellos quienes se pelean? ¿No son ellos a quienes se mata?* Después, a la pelca sucede el desorden, se retiran los capitales, el comercio ya no marcha, faltan puestos de trabajo y el obrero muere de hambre. ¡Bonita ventaja para él hacer revoluciones! No, señores, no, no quiero que los obreros *asalarieren* un agente *revolucionario*, un *perturbador del orden público*, muy lejos de esto, lo que yo quiero es que paguen generosamente a un hombre de corazón y de talento que tenga como misión *impedir las revoluciones, porque las revoluciones son contrarias a la libertad y a los verdaderos intereses del pueblo*.

Acabo de manifestar aquí la pura verdad acerca de mis sentimientos; ahora, si gustan los *sordos* y los *ciegos* poner el grito en el cielo contra mis *doctrinas revolucionarias*, entonces no me quedará más que decir: «Dios mío, perdónales, porque no saben lo que se hacen».

lo que relata a este respecto. Antes que O'Connell hubiera tomado la defensa de la causa irlandesa, se producía en Irlanda una revolución *cada seis meses*, y ante cada revolución el gobierno inglés reaccionaba apretando todavía más las cadenas de la desgracia del pueblo. De manera que los esfuerzos que éste hacía con la ayuda de la fuerza bruta para salir de la esclavitud, le sumía de nuevo en ella más violentamente que nunca.

Estaban ya tiradas las dos primeras hojas de mi libro cuando he recibido del señor Poncy la *canción* que le había pedido: en vez de ponerla *al comienzo*, me veo obligada a ponerla al final. La carta que acompañaba la canción de la UNION añade aún un nuevo mérito a esta preciosa donación. Demuestra que el poeta es *realmente un obrero albañil*, y que el obrero albañil es un *gran poeta*.

Señora,

Le pido perdón por responder a su carta con tan largo retraso. Pero trabajo a tres leguas de la ciudad, en una isla en la que construimos un lazareto. Allí vivo apartado de la literatura, de la política, de la actualidad. Vivo con algunos genoveses, el cielo y el mar. Esto es todo. Añada a esto que trabajo todo el día como un condenado, y que el trabajo manual no me deja más que muy poco tiempo libre por la noche para consagrarlo a mis trabajos literarios, y tengo suerte cuando el sueño no se apodera de mí. Las cartas no me llegan más que con los barcos cargados de materiales, a menudo más de quince días después de su llegada a Tolón. Esto ha ocurrido con la suya. Ahí le mando mi trabajo; estoy persuadido por adelantado de que no le gustará. No es un *canto* lo que esperaba de mí, sino una canción: *la Marsellesa* de la UNION OBRERA. Yo no sé hacer canciones. Cuando lo he intentado, me han salido unos versos forzados, y la cadencia de las estrofas era ridícula. Vinçard le habría hecho mil veces mejor que yo esta canción de Unión. Sin embargo, he querido demostrarle mi buena voluntad agradándola a usted y siendo útil a mis hermanos.

LA UNION

AL PUEBLO

¡Hermanos míos, es hora de olvidar los odios
de que los pueblos se unan bajo una sola bandera!
El camino de la salvación va a allanarse para nosotros.
La gran libertad que la humanidad sueña,
como un nuevo sol, radiante, se levanta
sobre el horizonte del porvenir.
Para que este sol nos inunde de claridad;
para que cada día su fuego divino fecunde
nuestros corazones, donde el Padre eterno sembró la verdad,
¡hay que acabar la obra que Dios comenzó;
es necesario que nuestros sudores y nuestro amor inmenso
den a luz la fraternidad!

La UNION ha de mantener tu llama;
¡Oh pueblo! ¡enarbola a los ojos de todo el mundo su ori-
[flama!

Este es tu estandarte, tu única divinidad.
Permanece unido. La UNION te dará la fuerza,
y la fuerza, la libertad.
La UNION, la armonía, ¡en este mundo todo proviene de
[ellas!

¡Oh hermanos míos, ved a las pobres golondrinas,
en alas de la primavera, volver hacia nuestros cielos!
¡Ved cuánto amor cabe en estos dulces pájaros,
para mantenerse juntos sobre el océano,
cuando la tempestad se abate sobre ellos!

¿Qué importan los relámpagos, el hacha y los truenos
a éstos grandes bosques poblados de robles centenarios?
Sobre sus troncos apretados se quieban los austros;
y estos vastos bosques, viejos como el mundo,
desafiando el viento de los inviernos que los desrama,
reverdecen cada primavera.

¡Ved cuando el mar quiere echar atrás sus orillas!
Llama a los escuadrones salvajes de las olas;
las olas, a su llamada, acuden con la frente en alto.
Sobre el tenebroso acantilado caen todas juntas,
y bajo su choque poderoso el acantilado tiembla
y se desploma al segundo asalto.

Ved a las flores, las pobres flores de las llanuras,
de miel y de perfumes sus corolas están llenas;
su cáliz vive de aire, de rocío y de amor.
Sobre sus frentes puras irradia largo tiempo una aureola,
mientras que toda flor que se aísla de sus hermanas,
nace y muere, se marchita en un día.

¡Oh hermanos míos! sigamos estos sublimes modelos.
Unamos nuestros esfuerzos como las golondrinas,
como los bosques, las olas, como las pobres flores;
unamos nuestros esquifes para atravesar la vida,
este mar tempestuoso en el que toda alma es perseguida
por un largo cortejo de dolores.

¡Qué nuestros corazones, iluminados por estos poderosos
[ejemplos,

adoren la UNION y se conviertan en sus templos!

El pueblo por fin va a alcanzar su madurez.

Los derechos que le han robado aún hay que tomarlos;
mas la SANTA UNION está aquí para devolvérmolo todo:
¡Gloria, honor y libertad!

Hermanos, entonemos todos juntos el himno de la concordia,
a nuestros cantos inspirados que todas las voces se acorden,
nuestros gloriosos esfuerzos serán bendecidos por Dios,
desde las llanuras del poniente a las del alba,

mil ecos responderán desde las cuatro esquinas del globo.

¡Permanezcamos unidos! ¡Permanezcamos unidos!

¡Oh! repitamos este canto como una sola voz;

cuanto más lo cantemos, más sublime será.

Sobre los robles de los montes, en la penumbra de los
[barrancos,
el ruiseñor amado del cielo, el pájaro poeta,
tiene un solo himno que cantar, mas cuanto más lo repite,
más divinos son sus acentos.
Estemos, estemos unidos para afrontar nuestros sufrimien-
[tos.

Dios realizará nuestras santas esperanzas.
La sangre de los oprimidos como un cráter bulla.
Con la UNION por coraza y las virtudes por espadas,
marchemos hacia el porvenir donde se extienden todos nues-
[tros sueños;

¡Marchemos, el triunfo está al final!

Ch. PONCY
Obrero albañil